



*La más
Bella
de Todas*



CONTENIDO

CAPITULO I PETALOS DE ROSAS, BESOS Y PASTEL.....	7
CAPITULO II DRAGONES Y CABALLEROS.....	20
CAPITULO III ESPEJITO ESPEJITO	28
CAPITULO IV FLORES DE MANZANA	36
CAPITULO V UN TRUCO DE LUZ.....	46
CAPITULO VI LAS HERMANAS EXTRAÑAS.....	50
CAPITULO VII ESPEJOS Y LUZ	60
CAPITULO VIII EL HOMBRE EN EL ESPEJO	73
CAPITULO IX EL CREADOR DE LESPEJOS	78
CAPITULO X EL RESQUEBRAJAMIENTO DEL ALMA.....	86
CAPITULO XI DESPEDIDAS.....	95
CAPITULO XII LA REINA EN SOLEDAD	101
CAPITULO XIII ENVIDIA.....	113
CAPITULO XIV INOCENCIA ENCANTADA	121
CAPITULO XV UN REGRESO.....	131
CAPITULO XVI TORMENTO	140
CAPITULO XVII OTRA DESPEDIDA	143
CAPITULO XVIII ENFERMEDAD DE LOS SUEÑOS.....	146
CAPITULO XIX UNA HORRIBLE POSESION	154
CAPITULO XX EL CAZADOR.....	160
CAPITULO XXI LA BRUJA Y LA MANZANA.....	164
CAPITULO XXII LA ANCIANA, EL CLARO Y LA CABAÑA	168
CAPITULO XXIII EL ACANTILADO	175
EPILOGO	179

Serena Valentino



La Más Bella de Todas

La historia de la joven princesa y su cruel madrastra, La Reina Malvada, es ampliamente conocida. A pesar de algunas variaciones de una narración a otra, la historia sigue siendo la misma: La Reina estaba celosa de la belleza de la niña, y estos celos culminaron en el atentado de La Reina de contra la vida de la dulce e ingenua niña.

Otro relato del que se habla mucho menos es el que explica qué hizo que La Reina se volviera tan despreciativamente vil. Aún así, algunos han intentado adivinar la razón. Quizás la verdadera naturaleza de La Reina era la de una bruja malvada y su apariencia hermosa y grácil era un disfraz que se usaba para engañar al Rey. Otros afirman que La Reina podría haber odiado a la niña por su parecido con la primera esposa del Rey. En su mayoría, La Reina está pintada como una mujer moralmente aborrecible que nunca amó a otro ser durante el curso de su miserable vida.

De hecho, las teorías sobre qué causa exactamente la vanidad obsesiva y la rabia celosa de La Reina son demasiado numerosas para catalogarlas. Este libro relata una versión de la historia que no se ha contado hasta ahora. Es una trágica historia de amor y pérdida, y contiene un poco de magia. Es una historia de La Reina Malvada...

UNA HISTORIA DE LA REINA MALVADA



Dedicado con amor a mi padre, quien me dijo que era hermosa, incluso

Cuando yo no me veía del mismo modo.

—S.V.





TRADUCCIONES MIDCYRU

Este libro ha sido traducido por y para fans por “EQUIPO MIDCYRU” con el único fin de entretener y hacer llegar a más personas estos fantásticos cuentos, la labor ha sido realizada sin fines de lucro, con la única misión:

“QUE LA LECTURA NO ENCUENTRE OBSTACULOS”

Recuerden siempre apoyar al autor comprando su obra.

EQUIPO DE TRADUCCION

NATALIA/HILLA

JOSUE/KILAR

ANA/ LA HUERFANITA

ALE/@Δαφνη

CLAIRE VASQUEZ

EDICION, DISEÑO Y CORRECCION

GRAVITY53

DANNY/@ADRYM

Muchas gracias, sin ustedes, nada de esto habría sido posible

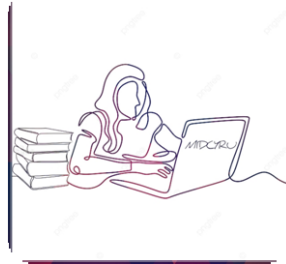


CAPITULO I PETALOS DE ROSAS, BESOS Y PASTEL

Las flores de los manzanos en el patio del castillo germinaban con el más claro de los pétalos rosados y brillaban con adornos plateados relucientes, reflejando el sol brillantemente.

Guirnaldas de glicinas y gardenia estaban colocadas sobre el pozo de piedra al pie de la gran escalinata del castillo, que estaba sembrada de pétalos de rosa y rojo. Cien asistentes, vestidos con las mejores prendas de color azul oscuro con ribetes plateados, estaban a lo largo de la puerta principal del castillo, listos para recibir a los invitados a la boda real que ahora comenzaban a entrar en el patio. Parecía que el mundo entero estaba ahora reunido junto al viejo pozo, esperando ver a la hermosa nueva novia del Rey, una distinguida belleza que parecía surgir mágicamente de la leyenda y el mito, la hermosa hija de un renombrado fabricante de espejos. El patio estaba lleno de la realeza de los reinos vecinos, todos esperando que comenzara la boda.

La Reina estaba sola en su habitación, mirando su reflejo en el espejo, que la miraba con bastante nerviosismo. Ninguna mujer podría tener su vida tan completamente cambiada y no esperar cierto nivel de ansiedad. Se casaría con el hombre que amaba, se convertiría en madre de su hija y sería Reina de estas tierras. Reina.



Debería estar feliz, pero algo en el espejo que sostenía la llenaba de una horrible sensación de pavor que no podía explicar.

Verona, la dama de honor de La Reina, se aclaró la garganta para anunciar su presencia y luego se apresuró a entrar en la recámara. Los ojos brillantes de Verona, el color del cielo, brillaban de felicidad. La dama brillaba con una luz que parecía provenir directamente de su corazón, iluminando su piel clara y destellando su cabello de leche y miel.

La Reina sonrió débilmente mientras Verona la abrazaba. La Reina nunca había estado rodeada de tanta belleza. Tampoco había conocido la felicidad. No hasta que ella vino a esta corte. Y ahora, aquí estaba una mujer a la que amaba como a una hermana.

Blanca Nieves siguió a Verona hasta la recámara de La Reina. Ella era una encantadora criaturita de tres o cuatro años, con un alegre rebote en su paso y un inextinguible destello de felicidad centelleando en sus ojos. Su piel era más clara que una nevada virgen, sus labios diminutos y carnosos más rojos que el rubí más profundo, con el pelo tan negro como las plumas de un cuervo. Era como una delicada muñeca de porcelana que había cobrado vida, especialmente este día, con su pequeño vestido rojo de terciopelo de seda.

Verona sostuvo a Nieves de su pequeña mano, con la esperanza de que disuadiera a la niña de jugar con las cuentas de su delicado vestido.



—Nieves, querida, deja de jugar con las cuentas, arruinarás tu vestido antes de que comience la boda.

La Reina sonrió y dijo —Hola mi linda niña pajarito; luces encantadora el día de hoy.

Nieves se sonrojó y se escondió detrás de las faldas de Verona, mirando a su madrastra.

— ¿No se ve bonita tu nueva madre hoy, Nieves? — Verona dijo. Nieves asintió con su cabeza.

—Entonces, díselo, querida— Verona persuadió mientras se inclinaba, sonriéndole a la tímida niña.

—Tú luces muy bonita, también, Mamá— dijo Nieves deritiendo el corazón de La Reina.

La Reina abrió los brazos a la niña y, con el suave aliento de Verona, Nieves avanzó para aceptar el abrazo de La Reina. Nieves era una niña como un pajarito, una criatura tan encantadora; tironeó del corazón de su madrastra, como si la belleza de la niña la lastimara profundamente. Cuando tomó a Nieves en sus brazos, se sintió invadida por un amor que nunca había conocido. Pensó que el peso de ese amor podría hacer que su corazón estallara, y en un lugar secreto enterrado en lo profundo de su corazón deseaba de alguna manera poder absorber la belleza de esta niña, para que ella misma fuera realmente hermosa.

—Se ve bastante sorprendida, mi Reina— dijo Verona, sonriendo con complicidad, como si hubiera visto en el corazón inseguro de La Reina.

La Reina se examinó de nuevo en el espejo y vio algo de su madre mirándola. Recordó el día en que El Rey había comentado su



parecido. Quizás tenía razón. Era posible que se pareciera a su madre, pero nunca antes la había visto, de pie allí con el mismo vestido de novia que su madre había usado el día de su boda.

El vestido era de un rojo profundo, y de alguna manera los años no le habían apagado el brillo. Estaba bordado con un espléndido diseño de mirlos y adornado con cristales negros ahumados que brillaban a la luz.

El corazón de La Reina dio un salto y luego se hundió rápidamente. Qué maravilloso hubiera sido tener a su madre aquí con ella hoy. Qué maravilloso habría sido tenerla allí.

La Reina conocía a su madre solo por el cuadro que decoraba la casa de su padre. Pero cuando era niña, lo miraba fijamente, asombrada por la belleza de la mujer, profundamente enamorada de ella y anhelando su abrazo. Se imaginaba a esta madre que nunca conoció tomándola en sus brazos, bailando en círculos, las joyas que adornaban sus vestidos captaban la luz mientras reían.

La Reina se separó de su ensueño para mirar a Nieves, que estaba jugando con las borlas de las cortinas en el otro extremo de la habitación. A pesar de toda la alegría en sus ojos y su corazón, La Reina conocía los sentimientos de pérdida de la pobre niña. Debe haber habido un vacío dentro de la chiquilla, un sentimiento inconsolable.

La Reina frunció el ceño, sabiendo que no había nada que pudiera hacer para reemplazar a la primera esposa del Rey. ¿Cómo podía Nieves amar a otra mujer tanto como a su propia madre?

¿Cómo, especialmente, podía cuidar de alguien como la Reina, cuya vida hasta ahora había sido, en el mejor de los casos, una serie de logros mediocres rodeados de aburrimiento y tristeza?



Mientras la niña jugaba y Verona la atendía, la mente de La Reina se desvió aún más, hasta el día en que conoció al rey en la tienda de espejos de su padre. La reputación de su padre como experto artesano había crecido tanto, y su artesanía tan respetada, que el propio rey sintió que era su deber visitar a quien había sido llamado el mejor artesano de todas las tierras.

Después de examinar la mercancía de su padre y de que le regalaran un espejo, lo llevaron afuera, donde La Reina estaba sacando un balde de agua de un pozo viejo. El Rey ordenó a sus asistentes que se detuvieran.

— ¿Quién es esta chica? — preguntó El Rey

—La hija del fabricante de espejos, Sire— respondió un asistente.

El Rey se acercó a ella y la tomó de la mano. Ella jadeó y dejó caer el cubo a sus pies, empapando sus botas hasta las medias.

La Reina miró nerviosamente, esperando una dura reprimenda, tal vez incluso encarcelamiento en sus mazmorras. Pero El Rey simplemente sonrió. Y luego le habló. Ella pensó que se estaba burlando de ella cuando le dijo lo hermosa que era.

De todas las creaciones de su padre, ella era la mejor.

—Por favor, no me digas esas cosas, Su Majestad— dijo torpemente, haciendo algo entre una reverencia y una cortesía mientras luchaba por evitar sus ojos azul pálido.

— ¿Y por qué no debería? Debes ser la doncella más hermosa de esta tierra. No, seguramente eres la más bella de todas las tierras que he conocido. No es de extrañar que tu padre haga espejos para reflejar tu belleza.



La Reina había luchado por no mirar a la cara al hombre que gobernaba todo, desde su reino hasta el pozo del que estaba sacando agua.

Luego, tan rápido como había llegado, se fue. Cuando se aventuró a partir, prometió un regreso rápido. La Reina estaba desconcertada y confundida. ¿Cómo era posible que El Rey se sintiera así con ella? De todas las doncellas de la tierra.

Ella.

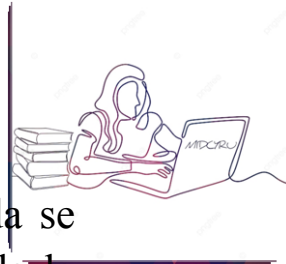
El padre de La Reina sonrió.

—Claramente lo has hechizado, hija— dijo mientras La Reina observaba cómo el convoy del Rey se alejaba, desapareciendo al descender por debajo de una colina, solo para resurgir en la siguiente pendiente, aparentemente más pequeña y ciertamente más lejos.

Esa noche se sentó en su pequeña habitación libre y miró por la ventana el cielo salpicado de estrellas. ¿Podría El Rey estar pensando en ella esa noche? pensó mientras miraba las estrellas, imaginando a su madre mirándola, volando a través de la oscuridad; las joyas de su vestido resplandecían, camuflándola entre el manto de luces celestiales que titilaban en el cielo nocturno. Se imaginó que volaba junto a su madre, contemplando los soles moribundos y viendo a otros cobrar vida. Estaba rodeada de polvo de estrellas luminiscente, flotando en la oscuridad salpicada de brillante iridiscencia. Fue el recuerdo del Rey lo que la trajo de regreso a su humilde habitación.

Estaba segura de que él no volvería por ella.

Poco después de la partida del Rey, La Reina sufrió una nueva pérdida: su padre.



En los días posteriores a la muerte de su padre, su propia vida se llenó de luz. Fue como si al dejar este mundo, él se llevó toda la oscuridad con él y la dejó en un lugar donde podría encontrar, si no amor y felicidad, al menos algo más de lo que había tenido hasta ahora.

El día en que murió su padre, antes de que llegara la noticia al rey a cualquier otra persona del país, La Reina sacó a la luz cada uno de sus espejos. Colgó los más pequeños de un arce gigante en sus terrenos. Era extraordinario. Los espejos se balanceaban con la brisa, captando la luz del sol y reflejándola de las formas más magníficas e inusuales. Rayos y rayos de luz bailaron sobre las hojas de arce. Los reflejos, como pequeños duendes juguetones, salpicaban la casa y los jardines.

Pronto, viajeros de todas partes vinieron a ver el hermoso tributo que le estaba haciendo a su padre.

Incluido El Rey.

—Tus ojos brillan intensamente a la luz reflejada en los espejos de tu padre— dijo El Rey, de pie bajo un sol deslumbrante.

La luz brillante brillaba en sus ojos oscuros, volviéndolos de un color caramelo claro. El Rey le dijo que estaba encantadora. Un terror se apoderó de ella. Encantadora.

¿Y si su belleza fuera solo eso, como había dicho su padre, un encantamiento? ¿Debería ella engañar a un hombre tan amable y amoroso? ¿O era posible que realmente poseyera algún tipo de belleza?

El Rey entró en su casa y, sin saber qué hacer, ella lo siguió.



— ¿Es este un retrato tuyo? — preguntó El Rey, mirando la única decoración en el espacio habitable de la pequeña casa.

— Esa era mi madre, señor. Nunca la conocí.

— El parecido es asombroso.

— Ojalá fuera tan hermosa como ella.

— Te ves casi exactamente como ella. Debes verlo.

La Reina se limitó a mirar el retrato con asombro, deseando que sus palabras fueran sinceras, pero incapaz de tomarlas como un halago de alguien que debía haber necesitado algo de ella. ¿Quizás la propiedad de su padre? ¿Los espejos restantes? Fuera lo que fuera lo que El Rey quería, no podía haber sido ella.

Pero con el tiempo, y muchas visitas, parecía que ella era todo lo que El Rey quería. Su vida comenzó a parecer un sueño: ligera, etérea e impresionante. La gente del Rey la abrazó. Alrededor de las hogueras al son de la melodía del arpa de un juglar, todo el reino, e incluso más allá, cantaba la hermosa hija del reconocido fabricante de espejos, que había robado el corazón del Rey.

Verona interrumpió los pensamientos de La Reina, regresándola al presente. — La corte, de hecho, el reino, está lleno de multitudes que desean vislumbrar a su nueva Reina. Será mejor que empecemos nuestro camino.

La Reina sonrió.

— Y qué buen trío haremos caminando en procesión—, comentó mientras tomaba de las manos a Verona y Nieves y se dirigía a la celebración de la boda.



Verona no había exagerado. Una gran multitud se reunía afuera, y La Reina pudo ver esto a través de las pequeñas ventanas que salpicaban la pared mientras descendía la escalera de caracol. Entre la multitud, La Reina reconoció al tío más querido del Rey, Marcus, quien la vio a través de la ventana y sonrió. Era un hombre corpulento, descuidado y de aspecto alegre. La Reina recordó que su esposa, Vivian, se había enfermado recientemente. Y, sin embargo, estaba aquí por su sobrino. Estaba de pie con su querido amigo, el Cazador de la corte, que era un hombre apuesto, bien formado, con ojos, cabello y barba oscuros.

Había reyes y consortes de todas partes. Y las tres primas extrañas del Rey, que vestían de manera extraña y estaban muy juntas. Sonrieron al unísono e inclinaron la cabeza pensativamente, como una. La Reina observó su extraño comportamiento cuando pasó por otra ventana, esta con forma de una gran letra **X**.

Todo el castillo estaba cálidamente iluminado con velas, resplandecientes y etéreas, evocando imágenes de la fiesta favorita de La Reina “El solsticio de invierno”.

Había tantas velas encendidas que la habitación estaba caliente. Demasiado caliente. La cara de La Reina se sonrojó y su cabeza dio vueltas. Su corazón latía con fuerza mientras caminaba por el pasillo hacia su Rey. Esperó junto al viejo pozo, que había ordenado trasladar desde la casa del Fabricante de Espejos al patio del castillo, para recordar siempre dónde vio por primera vez a La Reina. Con la ayuda de Verona, La Reina se estabilizó y centró su atención en su Rey, que sonreía brillantemente. Era atractivo, pero más aún con su atuendo formal, con su cabello oscuro y ojos claros. Su espada reluciente colgaba a su costado y sus botas altas brillaban a la luz de las velas.



La Reina se sintió como si flotara en un sueño. Mujeres con rostros pintados de blanco como sábanas y mejillas y labios del color de las rosas rojas la miraban mientras pasaba junto a ellas. Intentó no leer las miradas en sus rostros, en lugar de eso, enfocó su mirada en su novio.

Pero seguramente le sonreían condescendentemente cuando pasó, algunos de ellos con pequeños bultos de jazmín en las manos, el olor embriagador y un poco abrumador. No solo estarían celosos de su matrimonio, sino que también pensarían: ¿Por qué ella? De todas las damas del reino, ¿por qué esta campesina? Habría susurros acusándola de encantamiento y ojos malvados que la maldijeran.

Finalmente llegó al Rey, que estaba junto al pozo, y él la tomó de la mano. Tal vez sintió su mareo y sus rodillas dobladas. Pero su corazón finalmente desaceleró los latidos cuando lo miró a los ojos. Comenzó la ceremonia. Verona y Nieves se apartaron a un lado. El oficiante dio un paso adelante. El Rey y La Reina intercambiaron palabras de amor, promesas, anillos y finalmente un beso.

Felicidad

La multitud estalló en vítores y si El Rey no la hubiera atrapado, La Reina se habría derrumbado. Hubo una ráfaga, luego una lluvia de pétalos de rosa iluminados por rayos de luz que entraban por las vidrieras, proyectando un encanto sobrenatural sobre todo el castillo. Ella estaba enamorada. Hermosa. La Reina.

Todas las personas con las que se encontró comentaron su belleza. Trató de no dejar que sus cumplidos la confundieran. Pero cuando lo pensó, hizo que su cabeza ya se mareara. El día pasó girando en una neblina rosada. Su mano debió haber sido besada mil veces y nunca bailó tanto en toda su vida, ni siquiera de niña con su abuela.



Oh, abuela. Cómo deseaba estar aquí para verla ese día. Recordó algo que Abuela le había dicho en la cocina de su padre una mañana soleada mientras comía fresas con crema.

—Eres hermosa, querida, de verdad. No lo olvides nunca, incluso si no estoy aquí para recordártelo.

— ¿Aquí no? Pero, ¿a dónde irías?

—Para bailar con tu madre en los cielos, querida. Un día te unirás a nosotras, pero no por muchos años más.

—No, Abuela, ¡quédate aquí y baila conmigo ahora! No quiero que te vayas.

— ¡Jamás!— Y así bailaron, girando en círculos, riendo y disfrutando del sol que entraba por las ventanas. Ésa era una de las muchas formas en que Abuela alegraba su espíritu: fresas, crema y baile. Debía hacer eso con Nieves pronto. La idea la hizo sentirse ligera y protegida. Ella estaría feliz con El Rey y su hermosa y delicada flor de niña. Ella haría de la niña su propia hija y la amaría. Ella le diría lo hermosa que era todos los días de su vida, y bailarían juntas y reirían como madre e hija. Serían madre e hija.

Caminó hasta el borde de la pista de baile, donde Nieves y Verona estaban paradas mientras veían a todos los señores y damas bailar en círculos, como flores flotando en una hermosa brisa de verano. La Reina tomó a la niña en brazos, la tomó en brazos y la introdujo en el colorido remolino de vestidos de dama. Bailó con la niña, apretándola con fuerza contra su pecho, sintiendo esa oleada de amor de nuevo mientras bailaban en lo que parecía ser un jardín vivo de color y sonido.



El Rey se unió a ellas y la nueva familia se rió hasta altas horas de la madrugada, mucho después de que los invitados finales se hubieran marchado o se hubieran retirado a sus habitaciones dentro del castillo.

Agotados y mareados después de muchas horas de banquete y baile, El Rey y La Reina llevaron a su niña dormida a su dormitorio.

—Buenas noches, pajarito— dijo La Reina mientras besaba a Nieves.

La mejilla de la niña se sintió tan suave como la seda en los labios de La Reina. Dejó a la niña con sus sueños. Estaba segura de que estaban llenos de encantadoras damas dando vueltas en círculos y vestidos coloridos y estandartes arremolinándose a su alrededor.

El Rey tomó a su nueva esposa de la mano y la condujo a su habitación. El sol, que ahora entraba a través de las cortinas, proyectaba un brillo de otro mundo. Se quedaron allí un momento mirándose el uno al otro. Felicidad.

—Veo que has abierto mi regalo— dijo El Rey mirándose al espejo.

El espejo era de forma ovalada y estaba bellamente ornamentado, dorado, con diseños serpentinos alrededor del perímetro y coronado con un grabado de un tocado apropiado para una reina. Era casi perfecto. Pero algo en eso la hizo sentir la misma inquietud que la había sacudido antes de la ceremonia. Su pecho se apretó y la habitación de repente se sintió opresiva y confinada.

— ¿Qué te pasa, mi amor? — preguntó El Rey. La Reina se movió para hablar, pero no pudo. — ¿No te gusta? — preguntó, luciendo cabizbajo.



—No, mi amor, es... solo estoy... cansada. Tan cansada— murmuró finalmente.

Pero no podía apartar los ojos del espejo.

El Rey la tomó por los hombros y la acercó a él, besándola.

— Por supuesto que estás agotada, mi amor. Ha sido un día terriblemente largo.

Ella le devolvió el beso, intentando desterrar todo miedo de su corazón. Ella estaba enamorada.

Felicidad.

Ella no permitiría que nada arruinara este día.



CAPITULO II DRAGONES Y CABALLEROS

En la cuarta noche después de la boda, La Reina finalmente tuvo a su pequeña familia para ella sola. Los invitados a la boda y la familia extendida habían regresado a sus propios reinos. La Reina acababa de despedirse del tío abuelo del Rey, Marco, esa mañana, después del desayuno. Era un hombre divertido, tan ancho como alto. Rechoncho, robusto y bien formado para un hombre de su edad. Era amable y claramente amaba a su sobrino, por lo que no podía envidiarle el tiempo extra en el castillo. El Rey, junto con su tío y el cazador del castillo, habían pasado días en el bosque cazando faltas y presas para los banquetes de la noche.

—Es posible que no me vuelvas a ver, niña— había dicho el tío Marcus al despedirse de La Reina.

— ¡Me aventuro al sur en busca de dragones! Es un negocio arriesgado, dragones de pantano, pero no tan peligroso como los dragones de cueva, ¡te lo juro! ¿He contado alguna vez mi encuentro con la gran bestia zafiro? ¿La criatura más hermosa y mortal que he acechado? ¡Casi me quema la barba de inmediato!

El tío Marcus estaba muy animado cuando hablaba de dragones; gesticulaba salvajemente y recreaba el chamuscado de su barba.

— ¿Y qué piensa lady tía Vivian de sus aventuras, tío? — preguntó la Reina

— ¡Oh, ella tiene ideas locas! — él dijo.



— ¿Ella? ¿Y cuáles podrían ser esas? preguntó La Reina.

—Ella piensa que todo es elegante. ¿Puedes imaginar? ¡Fantasía, en verdad! ¡Ella cree que tengo miedo de quedarme ocioso y aburrido en su compañía!

La Reina volvió a reír. Había llegado a amar a este hombre y sus locas historias de dragones acechando en cuevas húmedas y sus grandes campañas para robar sus tesoros.

—Bueno, de todos modos, lamento que no haya podido asistir a la boda, tío. Debemos pedirle que nos visite tan pronto como esté lo suficientemente bien para viajar.

—Oh, puedes estar seguro de que tu tía Vivian se abalanzará sobre ti en poco tiempo. Supongo que se hará cargo de la casa.

La Reina lamentó verlo partir. Pero estaba feliz de tener a su esposo e hija para ella sola, incluso si el castillo parecía demasiado silencioso después de tantas festividades.

Organizó una cena familiar en uno de los comedores más pequeños. La Reina prefería las habitaciones más pequeñas del castillo. La hacían sentir más como en casa. Ella no era una reina aquí. Ella era esposa y madre. Ella era ella misma.

Las paredes de piedra estaban cubiertas con lujosos tapices que representaban imágenes de caballeros en batalla o hermosas doncellas contemplando su propia belleza en estanques reflectantes. La chimenea era el foco más grandioso de la habitación. Era dos veces más alto que cualquier hombre y estaba decorado con el rostro de una mujer tallado en la piedra blanca más fina, sus ojos, abatidos y serenos, hacían que la habitación se sintiera protegida. El cálido fuego hizo que el comedor se sintiera acogedor. La Reina a veces se



preguntaba si la belleza de la piedra blanca se había inspirado en la ex esposa del Rey, la madre de Blanca Nieves. Se preguntó si estaría allí para vigilar la casa, vigilar a La Reina, para asegurarse de que fuera una madre y esposa digna. La Reina nunca le preguntó a su marido, por miedo a abrir sus viejas heridas. Él había amado mucho a la madre de Nieves, La Reina lo sabía, y ella hizo todo lo posible por convencerse a sí misma de que eso no disminuía su amor por ella.

Antes de la cena, El Rey le dio a La Reina una pequeña caja llena de los escritos de su primera esposa. La caja estaba tallada con un corazón y un candado de espada. Y El Rey le dijo a La Reina que una vez había contenido la exigua dote de su primera esposa.

—Cuando supo que se estaba muriendo, Rose decidió documentar su vida para que Nieves la conociera un poco—, le susurró a La Reina, —quiero que compartas esto con Nieves cuando crea que está lista—.

Le alegraba el corazón que su esposo le confiara esta tarea. Pero también la preocupaba. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Podría asumir tal responsabilidad? ¿Y si Nieves se enamoraba tan profundamente de su madre a través de sus cartas que comenzaba a resentirse con La Reina?

—Por supuesto, — dijo La Reina.

Esta noche, La Reina lució un sencillo y elegante vestido de cintura imperio, de color rojo oscuro, bordeado con cintas negras. Llevaba el pelo largo y oscuro recogido en la cabeza en un aro de trenzas entrelazadas con cintas rojas y joyas, y sus ojos oscuros brillaban a la luz del fuego mientras sonreía al ver a su hija entrando en el salón de la mano del Rey. Nieves llevaba un vestido azul profundo, que



resaltaba el color rosado de sus regordetas y pequeñas mejillas. El Rey vestía una de sus túnicas negras menos formales, pero aún hermosas, con adornos dorados.

—Ah. Mi amor—, dijo El Rey, sonriendo mientras entraba a la recámara.

La nueva familia se sentó a una excelente comida de pan de romero horneado, mantequilla dulce, quesos abundantes, cerdo asado y batatas cubiertas con ajo y aceite de oliva.

— ¡Extraño al tío abuelo Marcus!— Nieves dijo entre bocados de pan empapado en salsa. La Reina había cortado el pan de Nieves en formas interesantes, empapándolas en salsa con la esperanza de inspirar el apetito de la niña. Nieves era un comensal quisquilloso.

—Vamos, pajarito, ¿no comerás cerdo? — instó La Reina.

—Me siento mal por el cerdito, mamá—, dijo Nieve.

—Muy bien, mi niña — suspiró La Reina.

— ¿Qué es lo que más extrañas de tu tío, Nieves? — preguntó su padre.

—Quiero saber más sobre los dragones, papá—, dijo Nieves, con los ojos encendidos, mientras enderezaba la espalda y fingía ser una de las raras razas de respiradores de hielo de las que había hablado el tío Marcus.

El Rey sonrió con picardía. — ¿Oh, quieres? Bueno, tal vez deberíamos jugar un juego de dragones y caballeros.

Nieves saltó de su asiento, lo derribó y salió disparada hacia el extremo más alejado del pasillo. — ¡Intenta atraparme, dragón! —, gritó El Rey mientras se paraba en su silla y con un rugido gigante



saltó y corrió detrás de su hija mientras ella gritaba con carcajadas. La tomó en sus brazos y la asfixió con besos.

— ¡Sálvame, mamá! ¡El dragón me está atrapando!

La Reina se rió. Consideró a la hermosa mujer de piedra. Ella la estaba mirando, sonriendo a todos. La Reina sintió esta lluvia de aprobación y la hizo más feliz de lo que solía estar.

— ¿Les pido a los sirvientes que traigan nuestros postres al salón de la mañana? Podemos sentarnos junto al fuego y contar historias hasta la hora de dormir, si quieres—, dijo La Reina.

— ¡Oh si! — dijo Nieves. El comedor podría haber sido acogedor, pero el salón de la mañana era aún más acogedor. Había muchos cojines y pieles calientes colocadas delante del fuego. Las paredes estaban construidas principalmente con paneles de vidrio y las puertas se abrían a un hermoso jardín lleno de hermosas flores en tonos de rosa, rojo y violeta. Durante las horas de la noche se iluminaba con velas y antorchas.

Los tres se acurrucaron juntos en la sala de la mañana comiendo fresas con crema. Se había desatado una tormenta y la lluvia golpeaba las ventanas. Los ojos de Nieves parecían pesados y El Rey le dijo que era hora de acostarse.

— ¡No, papá! ¡Solo una historia más, por favor! — Suplicó Nieves.

—No me quedan historias esta noche, niña. Continuaremos mañana.

—Mamá, cuéntame una historia sobre dragones, por favor—.

La Reina miró a su marido con nerviosismo. El Rey se encogió de hombros.



Incapaz de negarle nada a su pajarito, La Reina dejó a un lado sus inhibiciones y obedeció: —Una vez, hace mucho tiempo, una mujer triste, solitaria y muy mal percibida encantó a una joven princesa a un sueño profundo por su propia seguridad...—

— ¿Por qué estaba triste, mamá? — Nieves interrumpió.

La Reina lo pensó por un momento y dijo, —Creo que fue porque nadie la amaba,

— ¿Por qué? — preguntó la niña.

—Porque ella no se amaba a sí misma. Temía el rechazo porque no se parecía a nadie que hubiera conocido. Estaba tan llena de miedo que se aisló. Los únicos compañeros de esta triste mujer eran mirlos en huelga que se elevaban en los cielos alrededor de su casa, posados en árboles y cornisas, reuniendo información para tener noticias del mundo exterior. Así se enteró del bautizo de la princesa. Nadie entendió por qué la mujer estaba tan enojada por no haber sido invitada al bautizo. Pero verás, mi pajarito, ella sabía algo que los padres de la niña y las hadas madrinas no sabían.

—Pensé que me ibas a contar una historia sobre dragones, mamá— volvió a interrumpir Nieves.

—Lo haré, querida. Porque ya ves, esta no era una mujer común, podría convertirse en un dragón, y cuando lo hizo, era una criatura feroz y aterradora —.

— ¿De verdad? — Los ojos de Nieves se estaban cerrando, pesados por el cansancio.

—De hecho, pero nos estamos adelantando a la historia...—



Antes de que pudiera continuar con el relato, Nieves se había quedado dormida en sus brazos. El Rey tomó a su esposa de la mano y la miró con ternura. La luz del fuego parpadeó sobre su rostro, transformándolo de un Rey en algo más parecido a un ángel.

—Ya te has convertido en una madre para ella. Y te adoro aún más por eso. Lamento estar lejos de ti tan pronto después de que nuestros invitados se hayan ido, mi amor —, dijo con una mirada sincera.

— ¿Lejos? — preguntó La Reina, desconcertada.

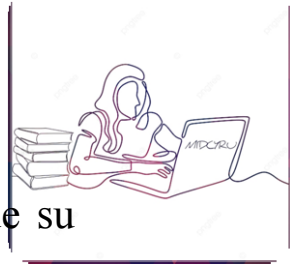
—Mi Reina, no soy un Rey que envía a mis hombres a morir en la batalla sin compartir ese riesgo. Si estamos luchando por algo, alguna causa digna, entonces debería valer mi vida tanto como la vida de mis hombres.

La Reina pensó que esta era una ética honorable y valiente. Pero no alteró el hecho de que la idea de su marido en el campo de batalla la paralizaba de terror. ¿Y cómo podría ser que preferiría estar en batalla con su vida en juego, cuando era rey y podía elegir estar en casa con ella? ¿Estaba eligiendo su deber sobre su amor por ella? ¿Y no deberían ella, y Nieves, ser lo más importante en su vida? Y, entonces, un pensamiento más preocupante entró en su mente, tal vez las palabras de amor que le había dicho desde que su noviazgo había sido falso y no quería nada más que escapar de ella, incluso si eso significaba una muerte segura.

—Tendremos que aprovechar al máximo nuestro tiempo juntos, entonces—, dijo, abatida.

— ¿Y qué harás mientras estoy fuera? ¿Cómo pasarás tus días? — él preguntó.

—Creo que llevaré a Nieves al bosque a recoger flores silvestres.



Y si no se opone, me gustaría que la niña visitara la tumba de su madre.

El Rey guardó silencio. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Era extraño ver a un hombre tan grande, todavía con semblante pétreo, disolverse en tal estado. — ¿Lo siento, me sobrepasé...? — comenzó La Reina.

—No, amor, no lo hiciste. Significa tanto para mí que deberías querer que Nieves sepa de su madre. Eres una mujer extraordinaria. Tienes un corazón hermoso, cariño. Y te amo más de lo que jamás sabrás.

La Reina besó al rey en la mejilla y se apartó de él. —Y yo a ti.

Esperaremos ansiosamente tu regreso.



CAPITULO III ESPEJITO

ESPEJITO

La Reina pasó los meses siguientes familiarizándose más con su nuevo hogar. Con El Rey ausente, Nieves ocupó gran parte del tiempo de La Reina. Las dos hicieron un picnic en el bosque, y La Reina le enseñó a la niña un delicado bordado. Le contó historias de dragones mientras se acurrucaban junto al cálido fuego en la recámara de La Reina, donde Nieves dormía mientras El Rey estaba desplegado. Los dos también pasaron muchas tardes soleadas visitando la tumba de la madre de Nieves.

El mausoleo estaba rodeado por un hermoso jardín cubierto de rosas rastreras, glicinas, jazmines, madreselva y gardenia, todos los favoritos de la primera esposa del Rey.

El olor era casi embriagador. La Reina se sentaba con Nieves durante horas, le contaba las historias de su madre que había aprendido de las cartas que le había traído El Rey y leía algunas en voz alta.

— ¿Mi primera madre era muy bonita? — Preguntó Nieves.

—Creo que lo era, mi querida. Le preguntaré a tu padre si hay algún retrato que pueda mostrarte. Estoy segura de que era muy hermosa—. Nieves parecía angustiada. — ¿Qué pasa, cariño?

Nieves ladeó la cabeza como lo haría un conejito al oír un ruido. Congeló el corazón de La Reina. —Bueno, mamá, ¿cómo puedes estar segura de que era hermosa?



La Reina sonrió a la niña precoz. —Bueno, mi pajarito, eres la criatura más hermosa que he visto, así que es lógico...

Nieves parecía contenta con esta deducción. —Cuéntame más sobre ella, por favor, Mamá. ¿Cuál era su color favorito? ¿Cuál era su postre favorito?

—No estoy segura, Nieves, ella puede hablar de estas cosas en sus misivas. Pero sé que era una mujer muy capaz. Adoraba los caballos y esperaba enseñarte a montar cuando tuvieras edad suficiente. ¿Te enseño a montar, pajarito?

— ¡Oh, sí, mamá! ¡Amo los caballos!

— ¿Sí? No lo había sabido.

— ¿Cuál es tu color favorito, mamá? ¿Es rojo? Creo que debe ser rojo, lo usas con mucha frecuencia.

—Sí, tienes razón, pajarito.

— ¿Y el mío, mamá? ¿Sabes?

—Creo que... azul—.

— ¡Sí, mamá!

— ¿Recogemos algunas flores para llevarnos al castillo? Parece que va a llover pronto. Deberíamos aventurarnos a casa antes de empaparnos.

—Sí, mamá. Recojamos flores. ¡Flores rojas y azules! —

Recogieron flores cuando empezó a llover. Llegaron a los escalones del castillo empapados de verdad, con ramitas de flores en los



pliegues de sus faldas. Pero eran felices, y sus ropas empapadas hicieron poco para enfriar su estado de ánimo.

Verona las estaba esperando cuando regresaron al castillo, ambos riendo con el vértigo del día. — ¡Dios mío! ¡Mírense las dos! Están mojadas hasta los huesos. Será mejor que salgan de estas cosas mojadas. Tengo listos los baños calientes. Apúrense—, dijo Verona, tomando las flores de las bellezas empapadas por la lluvia.

— ¿Flotarías las flores en cuencos con agua y las distribuirás por el castillo, Verona? — pidió La Reina. La Reina pensó que llenar el castillo con las fragancias favoritas de la madre de Nieves podría hacer que se sintiera como si su madre estuviera cerca de ella. Cómo La Reina deseaba saber dónde fue enterrada su propia madre.

—Por supuesto, mi Reina — respondió Verona. Luego la hizo pasar a la recámara de La Reina, donde le habían preparado el baño.

La Reina pasaba la mayor parte de su tiempo en una parte remota de la habitación donde podía acomodarse en lo que estaba segura que era el asiento más cómodo del reino: un sillón acolchado con forma de trono tapizado con cojines de terciopelo y lujosos adornos. La silla estaba colocada cerca de la chimenea, al lado de una alcoba que almacenaba sus manuscritos iluminados más queridos. Con su esposo fuera, ella había estado terminando la mayor parte de sus días allí, y volvería a hacerlo esta noche. Pero primero, un baño.

Verona salió y La Reina se metió en la relajante bañera. El agua humeante derritió una escarcha que pareció cubrir todos los huesos de La Reina. A pesar de la lluvia y los escalofríos resultantes, había tenido un día agradable con Nieves.



Aun así, extrañaba terriblemente al Rey. Reflexionó mientras observaba cómo se elevaban los remolinos de vapor. La recámara era enorme. Las paredes de piedra estaban cubiertas con tapices detallados de rojo, oro y negro que colgaban de varillas adornadas con molduras colocadas en soportes de hierro. Los tapices no solo embellecían la habitación, sino que mantenían el frío gélido del exterior.

La gran chimenea estaba flanqueada por dos enormes estatuas que parecían tener alma. Cada uno retrataba a una mujer hermosa y bestial alada, ambas con rostros severos y remotos; sus ojos abatidos miraban hacia abajo desde una altura imponente.

Un golpe silencioso en la puerta de la recámara hizo que La Reina se moviera. —Verona, ¿supongo? — dijo La Reina.

—Soy yo—, respondió Verona desde detrás de la puerta. Mi señora, me tomé la libertad de sugerirle a la cocinera que prepare algunos de los platos favoritos de Nieves para la cena de esta noche. La chica parece un poco hosca—.

La Reina no respondió.

—Ella extraña a su padre—, continuó Verona, —como tú, estoy seguro. Lleva varios meses fuera —.

La Reina consideró las palabras de Verona por un momento, luego rompió su silencio. Ninguna de nosotras prosperaría tan bien sin ti, Verona. Te agradecemos y te amamos por eso—.

—Gracias, Majestad. ¿Necesitará más ayuda? ¿Más agua caliente? ¿O quizás su toalla de baño?

La Reina ya había comenzado a salir de su bañera, envolviéndose en la enorme y suave toalla, que había sido calentada en un pequeño



aparato de carbón junto a ella. —Ya salí, querida. Puedes entrar—, dijo La Reina.

Como su asistente, Verona habría tenido el deber de bañar a La Reina. Pero La Reina insistió en que nadie la viera sin la cara pintada y el pelo peinado. Recientemente, sin embargo, se había sentido mucho más cómoda con Verona y había permitido que la mujer la viera sin maquillaje ni adornos.

Verona se movió incómoda, sin duda porque sabía cómo se sentía La Reina de que otros la vieran antes de que se maquillara.

—Estoy segura de que El Rey estará en casa pronto, mi señora—, dijo Verona, mientras cambiaba pequeñas baratijas en la habitación, fingiendo organizarlas, aunque podría haber estado intentando no mirar el rostro sin pintar de su reina. —Mientras tanto, quizás usted y Nieves se beneficiarían de una aventura.

—Ah, ¿tienes una escapada en mente, mi hermana? —preguntó La Reina, con una leve sonrisa en los labios. —El Festival de la Flor de Manzana. Sus súbditos estarían encantados si asistiera. Sería un evento aún más conmovedor tener a su reina y princesa allí para coronar a la doncella de la Flor de la Manzana—.

La Reina consideró esto. Todavía, después de todas las ceremonias, festivales y asistentes, no se sentía muy cómoda en medio de grandes multitudes. Prefería mantenerse para sí misma. Y luego recordó a la niña.

—¿Te unirías a nosotras, cierto? —preguntó La Reina a Verona.

—De hecho, mi Reina—, dijo Verona, sonriendo alegremente y olvidándose de no mirar el rostro de La Reina.

—Asistamos, entonces.



—Gracias, mi señora—, dijo Verona, haciendo una reverencia.

— ¿Me podría excusar para hacer los arreglos?

—Por supuesto, cariño. Puedo arreglármelas sola— dijo La Reina de espaldas a Verona, mirando el rostro de su dama de honor a través del reflejo de su espejo.

Pero cuando Verona se retiró, La Reina notó algo que la perturbó enormemente, incluso la aterrorizó. Justo cuando Verona había cerrado la puerta de la recámara y La Reina se encontraba sola, algo pareció moverse detrás de ella en su espejo, el que El Rey le había regalado el día de su boda. Algo, tal vez alguien, estaba dentro con ella. Pero no pudo haber sido así. Inspeccionó la habitación. Ella estaba claramente sola. Verona había cerrado la puerta cuando salió de la habitación y, como era habitual, la cerró cuando entró. No había ninguna posibilidad de que alguien hubiera entrado a hurtadillas. Aun así, estaba segura de haber visto aparecer una cara en el espejo, justo por encima de su hombro.

Se miró en el espejo y luego registró la habitación. Cualquiera que la hubiera visto habría pensado que se había vuelto loca. Pero necesitaba asegurarse de que estaba realmente sola. Y después de examinar minuciosamente la habitación, esa fue la conclusión a la que llegó.

Debe haber sido un truco de la luz.

Se acomodó en su silla favorita para calmar su corazón acelerado. El calor del fuego la calmó y pasó los dedos desnudos por la alfombra de piel de oso a sus pies. Debía estar perdiendo la cabeza por el dolor.

Ojalá supiera cuándo regresaría su marido, si fuera posible.



Sus ojos se volvieron pesados y comenzó a quedarse dormida. Pero no pudo dormir, todavía insegura de estar sola. Se puso de pie y caminó de nuevo hacia el espejo. Solo una última mirada. Una mirada más y luego podría calmarse. Se inclinó hacia el espejo para examinarlo más de cerca. Quizás había sido amañada o encantada.

—Buenas noches mi Reina—.

La Reina intentó gritar, pero no pudo sacar un sonido de su garganta apretada. Instintivamente golpeó el enorme espejo y lo golpeó contra la pared de piedra. El espejo se estrelló contra el suelo de mármol. Pero por un momento La Reina estuvo segura de haber vislumbrado el semblante destrozado de la cara de un hombre que la miraba a través de los fragmentos reflejados, con la cara rota y rota. Luego se desvaneció tan rápido como había aparecido.

—Su Alteza, ¿qué pasó? ¿Estás bien?— preguntó un asistente detrás de la puerta. Por su falta de aliento, La Reina se dio cuenta de que se había precipitado allí.

La Reina intentó recuperar el aliento.

—Estoy, bastante bien, gracias. Simplemente rompí un espejo—, respondió La Reina, sintiéndose un poco mareada.

—Muy bien—, dijo el asistente. —Lo limpiaremos—.

Cuando el asistente comenzó a alejarse, La Reina lo escuchó decir algo más. Podría haber jurado que escuchó pronunciar el nombre de su padre.

El asistente regresó con otros para limpiar el desorden. La Reina vio como sus asistentes salían corriendo de la habitación con los pedazos rotos. Entonces, la cosa maldita se fue.



Aun así, sus pensamientos estaban plagados de imágenes del hombre en el espejo mientras se dirigía a cenar. El castillo estaba más tranquilo sin las carcajadas y la energía infantil del Rey. Incluso el pequeño comedor parecía imponente y vacío sin él. Y Verona tenía razón: Nieves parecía malhumorada con su padre ausente. En un intento de animar a la niña, La Reina dijo: —Tengo una sorpresa para ti, mi pajarito. Asistiremos al Festival de la Flor de la Manzana pasado mañana—. Nieves sonrió y parecía que la belleza de piedra sobre la chimenea también sonreía.

Si La Reina pudiera decidirse a hacer lo mismo



CAPITULO IV FLORES DE MANZANA

—**M**amá—, preguntó Blanca Nieves mientras ella, Verona y La Reina subían al carruaje que los llevaría al festival, —¿es casi la hora de que cambien las hojas?

—Sí, querida—, respondió La Reina. Blanca Nieves parecía desconcertada. — ¿Pero no salen los manzanos después del invierno?

La Reina sonrió.

—La mayoría lo hace, pajarito. Pero, las flores de manzano en el valle de De Flor de la Manzana son diferentes. Nadie sabe a ciencia cierta por qué florecen en otoño. Pero algunos dicen que hace mucho tiempo una joven se perdió en el bosque. Era tarde en el año, cerca del solsticio de invierno, y la niña tenía frío, estaba asustada y hambrienta. Se acurrucó debajo de un grupo de manzanos en el bosque, y por alguna extraña magia, el aire a su alrededor se volvió más cálido y los árboles florecieron y dieron frutos. La niña estuvo caliente y alimentada durante todo el invierno. Y cuando llegó la primavera, sus padres llenos de alegría la encontraron, pensaban que la habían perdido por el frío y las heladas —. Blanca Nieves pensó en esto por un momento. Y luego se sentó en el carruaje y sonrió.

—No me gustaría estar separada de ti y papá, mamá. Pero me encantan las manzanas, ¡y sería tan agradable comerlas durante todo un invierno!



La Reina y Verona se miraron y sonrieron ante la inocencia de la niña.

La Reina miró hacia afuera del carruaje para notar mucha fanfarria y anticipación antes de su llegada. Se sintió culpable por no avisar debidamente a los aldeanos de su asistencia. Después de todo, ella había anunciado que asistiría al festival solo dos días antes. Por lo general, no se imponía a ellos con tan poco aviso, pero estaba desesperada por un respiro de la penumbra del castillo.

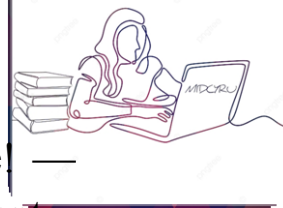
Sin embargo, parecía que su falta de aviso previo no sofocó la emoción de los aldeanos, y cuando las tres bellezas salieron del carruaje, una masa de súbditos con flores de manzano en la mano vitoreó a La Reina y su grupo. Los pétalos flotaban en el aire, como un sueño, colocándose alrededor, uno sobre otro. La Reina notó lo llamativos que quedaban los pétalos de color rosa claro en el cabello oscuro de Nieves, y se dijo a sí misma que debería hacer un vestido del rosa más claro para Nieves. Sonrió a sus súbditos y, luego tomó asiento para ver las festividades. Nieves masticaba tartas mientras miraba a las muchas jóvenes hermosas que se presentaban ante La Reina con la esperanza de convertirse en la Doncella de la Flor de la Manzana de este año.

—Eres más guapa que cualquiera de esas chicas, mamá. ¿No te parece, Verona? —, preguntó Nieves.

Pero Verona se distrajo con un mensaje que le acababa de entregar un joven portero. La Reina notó la carta en manos de Verona y se inclinó para preguntarle qué decía.

Verona dobló la carta. Entonces su rostro se iluminó. Le susurró a La Reina.

— ¡Mi señora, El Rey estará en casa esta noche!



— ¿Estará? ¡Tenemos mucho que preparar antes de que llegue! —
La Reina quería volver corriendo al castillo en ese mismo momento, pero se había comprometido con este evento y no podía defraudar a Nieves ni a la gente del reino.

—Envía una carta con el portero a los otros sirvientes—, susurró La Reina a Verona, —Diles que deseo hacer la fiesta más grandiosa del regreso del Rey.

Y cuando el Festival de la Flor de la Manzana terminó y la Doncella de la Flor de la Manzana fue elegida, La Reina hizo todo lo posible para no pensar en el regreso de su esposo. Decidió organizar un magnífico banquete de cochinitillo asado, el favorito de su marido, y para ella y Nieves, faisán al vino con setas. La mesa se hundiría bajo el peso de las fuentes de exquisitas peras confitadas, albaricoques glaseados, papas rojas asadas con romero y jarras de sidra caliente con especias y vino. Todos en el castillo comerían bien para celebrar el regreso del Rey.

La Reina, incapaz de contener la buena noticia por más tiempo, le contó a Nieves sobre el regreso de su padre durante el viaje en carruaje a casa. Y cuando regresaron al castillo, el Gran Salón ya estaba lleno de velas encendidas, fuegos cálidos y una conversación amistosa. Nieves se apresuró a subir con Verona a limpiar y vestirse para la llegada de su padre. La Reina, por su parte, hizo lo mismo: fregarse y perfumarse frenéticamente, pintarse la cara, peinarse. Y todo el tiempo ella lucía una brillante sonrisa.

Cuando llegó a la corte, Nieves ya estaba allí, se veía tan pequeña y delicada sentada en su silla de respaldo alto en este gran salón.



Antes de que se completaran los preparativos, antes de que La Reina pudiera tomar asiento, se oyó un estruendo de cuernos. Nieves sabía lo que eso significaba, se lanzó de su asiento y corrió hacia la entrada del castillo. La Reina la siguió, su velocidad restringida por su vestido formal.

El Rey irrumpió en el salón. —Entonces, ¿cómo han estado ocupando mis bellezas su tiempo mientras yo estuve fuera? —preguntó. Una gran ovación estalló en el castillo. Nieves saltó a sus brazos, hizo girar a la niña y la besó.

Había regresado de los campos de batalla como un hombre diferente. La Reina notó una cicatriz sobre su mejilla derecha. Su cabello no estaba tan arreglado como normalmente lo estaría, y su barba se había vuelto áspera y andrajosa. Y no era solo su apariencia física lo que había cambiado. Sus ojos estaban abrumados por el dolor y la confusión. Quizás arrepentido. Aun así, debajo, La Reina podía ver el brillo azul brillante que tanto amaba.

Una emoción que La Reina nunca antes había sentido brotó en su interior. Era algo que no podía explicar, algo entre profunda tristeza y puro éxtasis. Su labio comenzó a temblar y podía sentir la presión de las lágrimas pesando sobre sus ojos. Corrió hacia El Rey y lo abrazó a él y a la niña.

—Te he echado mucho de menos—, dijo.

— ¡Mamá coronó a la Doncella de la Flor de la Manzana! ¡Oh, papá, se veía tan hermosa con flores de manzano en el pelo!

— ¿Era la doncella tan hermosa entonces? — preguntó El Rey.

Nieves hizo una mueca amarga como si su padre debería haber sabido que ella estaba hablando de su madre y no de la Doncella de



la Flor de la Manzana. —Me refiero a mamá, ¡era la chica más bonita de allí! ¡Ella debería haber sido la Doncella de la Flor de la Manzana!

—Oh, estoy seguro de que era la más hermosa. Suena como si hubieran tenido días encantadores sin mí, queridas mías, lamento haberlas hecho extrañarme.

— ¡Está bien, papá! Pero he tenido un pensamiento. Si te hicieras amigo de los dragones, papá, podrías volar a casa más rápido. O tal vez incluso podrías aprender a convertirte en un dragón, como la dama del cuento de mamá.

El Rey y La Reina se rieron de las dulces palabras de su hija y luego se unieron a sus invitados que ya habían comenzado a celebrar.

Entonces, de repente, una explosión sacudió el castillo. Gritos de terror brotaron del salón de banquetes y los asistentes se apresuraron a encontrar seguridad en cualquier rincón del salón que pareciera despejado.

— ¡Blanca Nieves! — gritó La Reina, incapaz de encontrar a la niña entre la multitud aterrorizada, o entre el humo espeso que llenaba la habitación. — ¡Nieves!

Los gritos de batalla surgieron de los hombres que habían regresado tan recientemente. Y estaban increíblemente vestidos y armados más rápido de lo que cualquier hombre podría vestirse para un día normal. La Reina estaba confundida.

¿Qué estaba pasando?

De inmediato, la gran puerta de madera del vestíbulo se derrumbó. La Reina gritó, aterrorizada por lo que estaba pasando. — ¡Blanca Nieves! — volvió a gritar, pero la niña no respondió.



Hombres a caballo, vestidos de azul real, irrumpieron en el salón, pero los hombres del Rey parecían estar reteniéndolos, por ahora.

Entonces, La Reina sintió que una mano fuerte la agarraba del brazo y la apartaba. Jadeó, luego se volvió para ver quién la había agarrado. ¡El Rey! Y sostenía en sus brazos a una aterrorizada Blanca Nieves.

—Ven—, dijo.

La Reina sintió que se desmayaba, pero la siguió lo mejor que pudo.

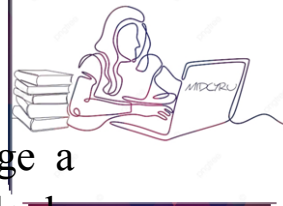
— ¿Quiénes son? — le preguntó a su marido mientras la conducía por uno de los pasillos del castillo, donde los hombres seguían vistiendo trajes para la batalla.

—El ejército enemigo de nuestra batalla más reciente. Deben habernos seguido de regreso a casa. Lamento haberte puesto a ti y a Blanca Nieves en peligro de esta manera.

Nieves siguió temblando y mantuvo la cabeza hundida en el hombro de su padre, mirando hacia arriba de vez en cuando para ver si los hombres seguían atacando, si el humo aún llenaba los pasillos. Gritos y gritos de batalla resonaron por todo el castillo. Cuando El Rey abrió la puerta de una mazmorra, tomó una antorcha y rápidamente hizo bajar a La Reina y a Nieves por una escalera de caracol. La mazmorra estaba húmeda y fría, y en la oscuridad La Reina tuvo dificultades para encontrar el equilibrio. El Rey palpó el suelo de la mazmorra y localizó una trampilla.

—Toma esta antorcha—, le dijo a La Reina. Desciende estas escaleras, y en la parte inferior encontrarás un pequeño bote de remos que te llevará fuera del castillo y a un lugar seguro.

— ¡Te unirás a nosotras! — dijo La Reina.



—Te protegeré de la manera que mejor conozca. ¡Ahora coge a Nieves y vete! respondió El Rey, y luego salió corriendo de la mazmorra una vez más.

La Reina abrazó a la niña temblorosa y se dirigió al barco que El Rey prometió que estaría esperando. La Reina colocó la antorcha en una abrazadera en el barco y abordó. Blanca Nieves se abrazó a ella, y La Reina tuvo dificultades para remar en el bote y sostener al niño al mismo tiempo. ¡Pero tenía que hacerlo! Y ella lo hizo.

Pronto el bote salió del castillo y descendió por un pequeño río hacia la marisma que rodeaba el castillo. Una ráfaga de aire frío los golpeó y La Reina abrazó a Blanca Nieves. La Reina llevó el bote a un área que estaba densamente cubierta de pasto pantanoso, y las dos se sentaron temblando entre las plantas mientras el cielo se iluminaba rojo y naranja a su alrededor. Tanto La Reina como la niña empezaron a agacharse cada vez que sonaba una explosión.

—Mamá, ¿papá va a estar bien? — Preguntó Nieves, con los dientes temblorosos. —Siempre lo está, ¿no es así?

Pero La Reina no estaba segura de lo que sucedería esta noche.

Pronto las explosiones amainaron y la tierra alrededor del castillo quedó en silencio. La Reina envolvió su capa alrededor de ella y de la niña para abrigarse. Blanca Nieves se quedó dormida y La Reina permaneció despierta toda la noche en vigilia. Y luego, sintió una mano en su hombro.

El Rey.

—Venid, mis amores—, dijo, y vadearon a través del pantano helado y regresaron al castillo.



Los pasillos parecían un desastre, pero el castillo se había mantenido bien. El Rey le dijo a La Reina que habían luchado contra los invasores.

— ¿Volverán? — ella preguntó.

—No— dijo El Rey con confianza.

— ¡Su Majestad! — llamó una voz desde el otro extremo del pasillo.

— ¡Verona! — respondió La Reina, y las dos mujeres se acercaron y se abrazaron.

—Estoy tan feliz de verla bien—, dijo Verona.

—Y yo a ti— respondió La Reina.

—No sufrimos bajas. Ninguna. Su marido es un rey justo y un guerrero— El Rey bajó la mirada al suelo.

—Ven ahora, a nuestra habitación para descansar— dijo El Rey.

—Verona, por favor, lleva a Blanca Nieves a su habitación y atiéndela allí.

—Sí, Majestad— respondió Verona.

La Reina y El Rey se dirigieron a su recámara. La Reina no podía soportar el olor a madera quemada y azufre que impregnaba el castillo. Pero una vez que regresó a su habitación, el aire que soplaba desde el suelo ayudó a amortiguar el hedor. Y luego notó algo mucho más terrible que cualquier cosa que hubiera sucedido la noche anterior.

Allí, sobre la repisa de la chimenea, estaba el espejo que había roto, ahora completamente reparado e intacto. ¿Pero cómo? No pudo apartar los ojos de él. Se desorientó por la confusión y el terror.



—Verona me escribió para informarme del espejo roto. Estaba profundamente entristecido, así que encargué a los mejores artesanos del reino la tarea de repararlo. Por supuesto, incluso sus poderes palidecen en comparación con los de tu padre. Quise sorprenderte con su origen en nuestro día de la boda, querido corazón. Pensé que le gustaría algo que te recordara a tu padre. Es obra suya; seguramente ya lo habrás reconocido—.

La Reina luchó por encontrar su voz, por hacerla agradable y no llena del terror que se apoderó de ella. —Gracias, querido. Eres tan considerado—. Besó a su marido y trató de alejar todo miedo de su corazón. —Estoy tan feliz de que estés en casa, mi amor—, dijo. El Rey bajó los ojos. —Te vas de nuevo, ¿no?— Él asintió. — ¡No puedes! ¡No tan pronto!

— ¡Viste lo que pasó anoche! Los reinos invasores podrían derribarnos en cualquier momento si no los derribamos. Prefiero encontrarme con ellos lejos de aquí, donde no puedan hacerte daño. Debo mantenerte a ti y a Nieves, a todos nosotros, a salvo.

— ¡Mantennos a salvo aquí! — gritó La Reina. —Mis hombres harán eso—, respondió El Rey.

— ¡Has estado fuera tanto tiempo que temo estar perdiendo la cabeza! — Su corazón claramente se estaba rompiendo. —No, mi amor, simplemente estás cansado y agotado—.

La Reina quería tanto compartir lo que había visto en el espejo con su marido. Pero la consideraría loca, o peor aún, poseída por espíritus malignos. Aun así, parecía ser la única opción si lo convencía de que se quedara en el castillo.



—Vi la cara de un hombre en ese espejo que me diste, mi amor. ¡Él me habló!

— Oh, cariño— dijo El Rey, pareciendo estar preocupado por su cordura.

— ¡No me mires de esa manera! Si no te hubieras ido tan a menudo, no me acosarían esas visiones—, dijo, paralizada por el pánico.

—No te estás volviendo loca, mi amor. Simplemente estás agotada. Eres la mujer más fuerte que conozco, pero incluso tú tienes tus límites. Quiero que descanses mañana. Pasaré el día con Nieves y luego tú y yo tendremos la velada para nosotros solos —.

—Lo siento mi amor. No debería haberte culpado. Por favor, saca esto de tu mente, querido. Te prometo que todo estará bien—, dijo La Reina.

El Rey abrazó a La Reina con fuerza y ella rompió a llorar en sus brazos. Allí se consoló e imaginó que así es como debe sentirse un niño cuando está siendo protegido por sus padres. Entonces, la gran Reina se durmió en brazos del Rey, sollozando.



CAPITULO V UN TRUCO DE LUZ

En los días posteriores a la partida del Rey, La Reina comenzó a sentirse más sola de lo que se había sentido en cualquier momento desde que había llegado al castillo. No podía compartir sus horribles pesadillas con nadie. Ya era bastante difícil para ella revelar su visión al Rey. Si se lo mencionaba a alguien en quien confiaba menos, estaba segura de que la acusarían de bruja y la quemarían en la hoguera.

Esto hizo que el hecho de que estuviera plagada de imágenes del rostro del hombre fuera aún más terrible. Pensó en deshacerse del espejo, pero eso simplemente despertaría sospechas. Estaba segura de que El Rey había descartado su visión como producto de una mente agotada. Pero también sabía que los demás en el castillo, incluida Verona, eran conscientes de que el espejo era un regalo sincero del Rey. ¿Cómo explicaría ella reprender tal regalo?

Decidió cubrirlo con gruesas cortinas de terciopelo, con la esperanza de que mantenerlo fuera de su vista también lo alejara de su mente y evitaría que la afectara. Cuando Verona la interrogó, La Reina explicó que esperaba que las cortinas preservaran el espejo protegiéndolo de los elementos. Una mentira razonable, que Verona aceptó sin dudarlo.

Aun así, La Reina estaba plagada de sueños sobre el hombre que vio en el espejo. Lo aplastaría con los puños desde adentro, el vidrio se rompería y volaría en todas direcciones. La Reina enterraría su



rostro en el hueco de su brazo mientras el vidrio la cortaba. Su sangre se derramó por el suelo, mezclándose con los fragmentos dentados de vidrio. A veces, en estos terrores nocturnos, un hombre salía arrastrándose del espejo, contorsionando grotescamente su cuerpo, cayendo al suelo, luego agarrando un gran trozo de espejo roto, agarrándolo con tanta fuerza que se cortó la mano mientras perseguía a La Reina hacia los rocosos acantilados.

Se despertaba todas las noches con sudores fríos, el corazón latiendo con fuerza, a menudo con el sonido de sus propios gritos. Algunas noches se despertaba con dolor, convencida de que sus pies estaban ensangrentados por correr escaleras abajo que estaban cubiertas de pedazos rotos de espejo, cada fragmento reflejaba una imagen horrible de La Reina, que no se parecía a su versión hermosa, sino una demacrada, cubierta de verrugas y envejecida.

Comenzó a preguntarse si los demonios habían invadido su alma. Acosada por la ansiedad frente al espejo y una profunda tristeza por no tener a su marido a su lado, comenzó a sentir miedo de salir de su dormitorio. Cada mañana, Verona llegaba con agua fresca de rosas con la esperanza de convencer a La Reina de que se quitara el camisón.

—Le prometo que se sentirá mucho mejor si se viste para el día, mi Reina. No es saludable permanecer en casa tanto tiempo. Se ve demacrada y no ha comido bien durante semanas. Ojalá me dijeras qué le preocupa.

La Reina se sintió herida por las palabras de Verona. Ella miró a su sirvienta con ojos hundidos. —No puedo, Verona. Pensarías que estoy loca.

—No me atrevería.



La Reina quería desesperadamente compartir sus visiones con alguien. Y junto a su Rey, de todas las personas del reino, ella confiaba más en Verona. Decidió que no podía seguir más sin compartir la visión en el espejo. Si Verona traicionaba su confianza, La Reina simplemente negaría la historia. Después de todo, ¿a quién le creería el reino... a su Reina o una sirvienta?

—Poco antes de que El Rey se fuera, vi el rostro de un hombre en mi espejo. Él me habló.

— ¿Que dijo él?

La Reina estaba tan sorprendida por la tranquila reacción de Verona que ni siquiera podía recordar ahora lo que había dicho el hombre.

— ¿Lo ha visto desde entonces? — Verona preguntó. La Reina negó con la cabeza.

Verona se acercó al espejo y abrió las cortinas. Los ojos de La Reina se abrieron de terror, pero Verona le lanzó una mirada tranquilizadora. Ella reveló el espejo. No había nada en él más que un reflejo de la habitación.

—Mire, mi Reina, no tiene nada de qué preocuparse. Pudo haber sido cualquier cosa, un truco de la luz, agotamiento; hay tantas explicaciones.

La Reina no sabía si debía encontrar consuelo en las palabras de Verona o caer en una mayor inquietud. Ahora, El Rey y Verona habían descartado su visión como una amenaza imaginaria. ¿No equivalía eso a una locura?

—Usted, mi reina, es la mujer más atrevida que conozco—, continuó Verona. — Ahora, por favor, salga de la cama y salga al



sol con su hija. Está asustada con su padre lejos. Debe pensar en ella—. Verona tenía razón, por supuesto. Nieves necesitaba cuidado.

—No creo que tengamos que decirle a Nieves sobre esto, Verona—.

—Por supuesto que no, mi Reina. Lo mantendré entre nosotras. Pero hágame una promesa: la próxima vez que algo le pese tanto, venga a verme. Espero que me considere su amiga—.

—Como mi hermana, dulce Verona—.

La Reina se levantó de su cama y, al hacerlo, se vio en el espejo maldito, cansada y agotada. Verona también se veía en el espejo, tan hermosa y serena como siempre.



CAPITULO VI LAS HERMANAS EXTRAÑAS

Esa misma mañana, un mensajero entregó un aviso de que tres de las primas lejanas del Rey llegarían a la mañana siguiente. La Reina, típicamente equilibrada, estaba irritada por el aviso irrazonablemente corto. ¿Por qué incluso enviar un mensajero? Aun así, El Rey valoraba a la familia por encima de todo y dejó en claro que sus parientes siempre eran bienvenidos en el palacio. La letra inconexa pero lírica estaba compuesta por tres manos diferentes y estaba firmada por tres mujeres: Lucinda, Ruby y Martha.

Aunque habían asistido a la boda, La Reina había escapado de sus miradas, lo que la incomodaba, y se las arregló para no hablarles.

Esta vez, no habría forma de evitar a las hermanas. ¿Serían tan intrigantes en persona como su carta había sugerido que serían?

Las trillizas indistinguibles salieron de un carruaje tirado por caballos negros. Sus caras largas estaban pintadas de un blanco espantoso, sus mejillas estaban sonrojadas con el rosa más brillante y el centro de sus labios estaba pintado de un rojo vivo, lo que creaba un efecto de cuenco diminuto. Parecían muñecas rotas, alguna vez amadas pero olvidadas. Su cabello era de un negro brillante con mechaz blancas y adornadas con plumas rojas. Parecían las más extrañas de las bestias y caminaban de una manera que recordaba a los pájaros picoteando.

Sus vestidos eran del color berenjena, tornasolados, cambiando de negro a morado oscuro según la luz. Estaban ceñidos con fuerza en



el busto y la cintura, pero demasiado voluminosos en las faldas, creando un efecto de campana. Sus diminutas botas negras puntiagudas asomaban desde la parte inferior de sus vestidos como criaturas deslizándose en busca de presas. Se quedaron de pie, los tres juntos, de los brazos entrelazados, mirando a La Reina de la misma manera que ella recordaba del día de su boda, cuando los presentaron brevemente.

Sus rostros eran imposibles de leer, no parecían ni complacidos ni insatisfechos.

— Bienvenidas, primas. ¿Cómo fue su viaje? Me atrevo a decir que deben estar agotadas después de tantos días de viaje—.

Martha habló primero —Estamos bastante...

Ruby se hizo cargo, —Descansadas, prima...

Y Lucinda terminó, —Gracias.

Verona habló, — ¿Quieren que les muestre sus habitaciones y envíe a una chica para que les ayude a desempacar? Estoy segura de que están ansiosas por refrescarse después de su larga excursión

Solo Lucinda respondió: —De hecho

Las extrañas hermanas se tambalearon detrás de Verona, sus diminutos pies haciendo clic en el suelo de piedra mientras charlaban entre sí.

—No puedo imaginarlo — dijo una

—Insondable, de verdad—, dijo otra.

—¡Inconcebible!



Verona solo escuchó pequeños fragmentos de su conversación y se preguntó de qué estarían discutiendo. Resistió el impulso de mirarlás mientras imaginaba las expresiones en sus rostros, pellizcados con disgusto, como si hubiera olido algo podrido. Verona sonrió débilmente; la idea de que el castillo estuviera habitado por estas peculiares mujeres la divertía y la perturbaba a la vez.

—Aquí estamos, Lucinda, esta es su habitación. Ruby y Martha, tengo habitaciones para ustedes en el otro pasillo—, dijo Verona.

Lucinda simplemente dijo: —No...—, continuó Ruby, —Es Aceptable—.

—No, no—, finalizó Martha, —en lo más mínimo—.

— ¿Desea un cambio? — fue todo lo que Verona pudo decir. Las tres hermanas miraron a Verona con frialdad. — ¿Le pasa algo a su habitación, Lucinda? — Verona preguntó. Respondieron como una sola: —Preferimos dormir juntas—.

—Ya veo, por supuesto. Entonces haré que una de las recámaras más grandes esté lista. Mientras tanto, ¿les gustaría tomar el té en la sala de la mañana?

Lucinda dijo: —Eso sería...—

Ruby terminó, —Encantador—, y Martha agradeció a Verona mientras las llevaba al salón de la mañana. La habitación estaba impregnada de luz y el té se colocó en la mesa del centro, donde Nieves esperaba pacientemente para encontrarse con sus primas.

Verona le indicó a la criada que arreglara las sillas para que las hermanas pudieran sentarse juntas frente a Nieves. Asintieron con apreciación hacia Verona mientras tomaban asiento. La escena parecía una macabra fiesta de té organizada por un hermoso



querubín y a la que asistían muñecos descuidados vestidos con atuendos funerarios.

—Si puedes servir, Nieves, tengo que ocuparme de la nueva habitación de tus primas—, dijo Verona. Nieves sonrió. Le gustó la idea de interpretar a la dama.

—Y señoras, ¿podrían disculparme? Debo irme—, dijo Verona, haciendo una leve reverencia y luego saliendo de la habitación.

Tan pronto como Verona se perdió de vista, las hermanas pusieron sus manos sobre la mesa, abrazándose, mirando a Nieves expectantes.

Nieves sirvió el té para sus primas, feliz de haberlo logrado sin derramar una sola gota.

— ¿Quieren crema y azúcar? — Preguntó Nieves.

—Sí por favor— Las hermanas respondieron en armonía. — Cuentanos, Nieves...

— ¿Cuánto te agrada...

—...tu nueva madre? — preguntaron.

—Me agrada mucho— respondió Nieves.

—Ella nunca es...

— ¿Cruel contigo?

— ¿Ella no te encierra...

—...para protegerse de tu belleza?—

Nieves estaba confundida. —No. ¿Por qué haría eso? —



Las hermanas se miraron y sonrieron. — ¿Por qué de hecho...—
respondieron al unísono, luego estallaron en una carcajada. —...ella
no es la típica madrastra?

— ¿De los libros de cuentos de hadas entonces?

—Encantador.

—Aunque un poca aburrido...

—Si nos preguntas...

— Esperábamos...

—... un poco de emoción, algo de intriga.

— ¡Entonces haremos lo nuestro! — dijeron juntas. —Sí, haremos
lo nuestro—. Y se rieron incontrolablemente, agudos y con maldad.
Nieves también se rió nerviosamente. Las tres hermanas dejaron de
reír y volvieron sus ojos acerados hacia Nieves. Podrían haber sido
estatuas que se habían dejado en el viento y la lluvia durante
demasiados años, el clima les había dejado grietas en la cara. Nieves
no pudo evitar sentirse un poco asustada por ellos.

—La escondería—, dijo Ruby.

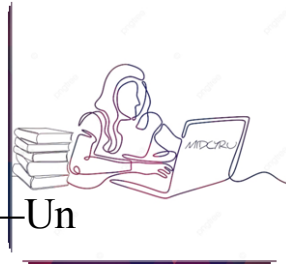
—Como yo—, dijo Lucinda. —No lo haría. La cortaría en pedazos y
haría una poción con ella.

—Oh, sí, y la beberíamos todas...

—En efecto. Ella nos haría hermosas y jóvenes de nuevo.

—Necesitaríamos un cuervo

—Plumas y corazón de paloma...



—Por supuesto, y no olvides...— Y todas dijeron al unísono: —Un mechón del cabello de su madre muerta—.

Nieves se agarró a los brazos de su silla con miedo. Sus ojos se agrandaron y su labio comenzó a temblar. Se puso de pie y se alejó de las hermanas lo más que pudo. Y luego, para su gran alivio, Verona volvió a entrar en la sala de estar.

—Señoras, su habitación está lista. Puedo mostrárselo ahora, a menos que todavía estén disfrutando de su té y pasteles.

Las tres hermanas se pusieron de pie como una sola, hicieron una reverencia a Nieves y siguieron a Verona a sus habitaciones donde sus baúles las esperaban.

Las hermanas inspeccionaron la habitación.

—Bastante agradable.

—Sí, esto servirá.

—Podemos desempacar nosotras mismas. Te puedes ir.

Se rieron cuando Nieves pasó velozmente por su habitación con las manos cubriéndose la cara. Verona vislumbró a Nieves y rápidamente se disculpó para seguir a la niña, pero captó algunas de las charlas de las hermanas cuando se fue.

Lucinda dijo: — ¿Crees que deberíamos llevar a Nieves?

— ¿Al bosque? Si. — Las hermanas se miraron la una a la otra con sonrisas maliciosas y volvieron a reírse a carcajadas.

Nieves estaba presa del pánico y tenía poco sentido cuando trató de contarle a su madre y a Verona lo que había sucedido durante el té.



—Oh, creo que solo te estaban tomando el pelo, cariño. Son bastante excéntricas—dijo La Reina.

—Perversos sentidos del humor si me preguntas, mi Reina, tejiendo cuentos de pociones—, dijo Verona, luciendo horrorizada. — Nieves, ¿de verdad te dijeron que te iban a cortar en pedazos?

Nieves asintió, frunciendo el ceño terriblemente.

—Bueno, no creo que lo dijeran en serio. No podrían haberlo hecho. Quizás Nieves pueda cenar contigo esta noche, Verona, para que yo mismo pueda cenar con estas interesantes damas y conocer su naturaleza. — Y miró a Nieves. —Les diré, querida mía, que no se burlen de ti tan cruelmente; No lo permitiré. No te preocupes, pajarito

Nieves pareció aliviada.

Verona pidió una palabra a La Reina, y La Reina le permitió. — Puede que Nieves no sea más que una niña asustada, mi reina, pero también escuché a las hermanas hablando entre ellas cuando salí de su habitación. Mencionaron llevar a Nieves al bosque. Teniendo en cuenta lo que Nieves ya nos ha dicho de ellas, le aconsejo que vigilemos de cerca a las hermanas, porque no confío en ellas.

La Reina suspiró profundamente. —Gracias, Verona. Aprecio tu lealtad y el amor que tienes por mi hija.

Aquella noche, en el salón más pequeño, La Reina había preparado una espléndida cena para ella y las hermanas, mientras Nieves cenaba con Verona. Las mujeres comieron con moderación, picoteando su comida como pájaros. No dijeron nada la mayor parte de la noche, hasta que Ruby rompió el silencio.

—Me temo que asustamos a Nieves con nuestras burlas



—. Martha continuó: —A veces podemos dejarnos llevar.

Y Lucinda dijo: —Oh, sí, no pretendíamos hacer ningún daño, ya ves.

Y luego dijeron juntas: —Amamos a nuestra pequeña prima.

Lucinda prosiguió: —Verás, pasamos la mayor parte del tiempo solas. Solo nos tenemos a nosotras mismas como compañía. Y nos divertimos con la narración.

Ruby continuó: —Oh, sí, a veces nos dejamos llevar.

Entonces Martha dijo: —Lo sentimos mucho.

La Reina sonrió. —Pensé eso. Estoy tan feliz de escuchar esto. Me entristecía la idea de tener que regañar a tres miembros de la familia del Rey. Ahora parece que hay poca necesidad de hacerlo, aparte de aconsejarles que estén al tanto de sus extraños cuentos e historias, y que no los cuenten ante mi hija. Entonces, díganme, señoras, ¿qué distracciones les agradaría mientras están aquí?

Las tres respondieron al unísono: —Un picnic con Nieves.

La Reina se rió. —Quizás se refieren a un picnic en las nieves. ¡Es casi invierno!

—Sí, pero no hay mejor momento...

—Para visitar los bosques...

—Que cuando los árboles están agonizando...

— ¡Y destellando sus colores brillantes!

—Y si hace demasiado frío...

—Entonces siempre está el valle de la Flor de la Manzana



— Un picnic, así que eso es lo que Verona debió haber escuchado a las hermanas cuando hablaron de llevar a la niña al bosque. —Qué idea tan maravillosa—, dijo La Reina, —Y se puede arreglar fácilmente. Creo que le encantaría tener una salida; qué hermoso día será ese. Deberíamos convertirlo en un gran evento y vestirnos para la ocasión; se sentirá como una señorita adecuada.

Lucinda parecía decepcionada por algo, pero antes de que La Reina pudiera preguntar qué, fue distraída por uno de los sirvientes que entró en la habitación con un mensaje en una pequeña bandeja de peltre.

—Disculpen, señoras— dijo La Reina mientras rompía el sello de cera de la carta. Sus ojos se abrieron, su rostro resplandeció, y luego estalló de júbilo, — ¡Oh! De hecho, es una noticia maravillosa. Estoy tan satisfecha. — Se volvió hacia las hermanas. —¡El Rey estará en casa en quince días! —

Las tres hermanas sonrieron y dijeron: —A tiempo para el solsticio de invierno—.

La Reina estaba perpleja.

— ¿Perdóneme? — ella preguntó.

—Asumimos que mantendrá las tradiciones aquí en su nuevo hogar—dijo Lucinda.

Ruby continuó: —Hemos escuchado historias tan hermosas de cómo su familia hizo un espectáculo tan encantador de las vacaciones.

La Reina se sorprendió de que las extrañas hermanas hubieran escuchado tales historias de su familia. Pero no tuvo tiempo de prestarle atención.



El Rey volvía.

—No había pensado en celebrar de esa manera—, dijo. —Sin embargo, creo que, dado que El Rey regresa a tiempo, deberíamos convertirlo en un festival. Me gusta bastante la idea. ¡Qué maravilloso regreso a casa sería, y él estará muy complacido de tener aquí a sus queridos primos, digamos que se quedará para las festividades!

Las tres extrañas hermanas respondieron juntas, a través de sonrisas amplias y extrañas.

—Por supuesto que lo haremos, querida.



CAPITULO VII ESPEJOS Y LUZ

Todo el castillo estaba ajetreado preparando el solsticio de invierno. Los sirvientes estaban nerviosos haciendo que todo estuviera perfecto para el regreso del rey, y la Reina veía cada detalle.

—Creo que deberíamos tener el plato favorito del rey por su puesto, y algo más delicado para las señoritas, faisán en salsa de champiñones y vino. Eso sería encantador, ¿no crees? Maravilloso, y algunas patatas dulces asadas con romero, y creo que el rey vendrá a la cocina personalmente para agradecerte si hicieras peras en salsa de brandy.

El cocinero sonrió mientras la Reina continuaba.

—Y si es que puedes, una torta de seis capas con chocolate, avellana y queso crema; un poco rico, pero podemos servir anís después...

Verona entró a la habitación viéndose un poco desordenada, mechones cayendo sobre su cabeza, y sus mejillas manchadas con lo que parecía ser ceniza.

—Lamento interrumpirle mi Reina, pero me gustaría discutir las decoraciones. ¿Me estaba preguntando si tenía algo en mente?

La Reina alejó su vista de la lista que estaba revisando con el cocinero y le sonrió a Verona

—De hecho sí. Tengo varios baúles en mi dormitorio privado llenos con decoraciones que mi padre hizo para mi madre muchos años antes de que yo naciera.



Verona se veía aliviada.

—Que encantador mi Reina. ¿Desea que empiece a desempacarlos entonces?

La Reina lo pensó por un momento y dijo— Me encantaría tu ayuda, Verona, junto con algunos de nuestros sirvientes más capacitados. Los espejos deben ser limpiados antes de que sean colgados por supuesto, pero prefiero desempacarlos yo misma si no te molesta.

—Entiendo completamente mi Reina.

Entonces la Reina miró al cocinero y dijo— Si me disculpas, te dejo con el menú que te escribí. Si tienes cualquier pregunta la podemos discutir más tarde.

—Por supuesto mi Reina —respondió él.

Y con eso, la Reina siguió a Verona hacia sus dormitorios privados. Nadie en el castillo tenía la llave para este dormitorio más que la Reina y Verona. Mientras la Reina sacaba la llave del bolsillo dentro de su blusa, sintió un cosquilleo de nerviosismo. Deslizó la llave en la cerradura, la giró, y abrió la puerta suavemente.

Terror.

La habitación contenía todas las cosas de su madre y de su padre: los últimos espejos de su padre, el retrato de su madre, también decoraciones que estaban empacadas amorosamente en cajas, probablemente hechos por las manos de su propia madre un año antes de que la Reina naciera. El Rey hizo que movieran los objetos al castillo cuando él y la Reina estaban casados.

Ella nunca había tenido una razón para entrar a esta habitación y, la verdad, lo había intentado evitar. Estaba lleno de fragmentos de su



vida pasada. Ahora sentía como si estuviera entrando en una cripta fría y oscura. Notó que Verona tembló también.

La Reina abrió el baúl y una rafaga de recuerdos volaron sobre ella. El baúl olía a la casa de su padre. Es extraño el cómo un olor puede llamar a tantas memorias, prácticamente transportandote en el tiempo... el olor del taller, el rancio y mohoso olor de su antigua casa.

Dejó esos pensamientos de su cabeza a un lado y desenvolvió los pequeños espejos, notando una cara que se veía como a su madre mirándola de vuelta.

Verona notó la incomodidad de la Reina y decidió hacer una charla banal.

—Se ve parecida a su madre, casi pensé que ese retrato era suyo.

—El Rey dijo eso cuando visitó por primera vez el taller de mi padre hace unos años. Yo no lo veía así entonces, pero ahora lo veo. Casi pensé que me estaba viendo de vuelta en estos espejos.

Verona sonrió. Ella pensó para sí misma cuán afortunada era Nieves de tener a la Reina como su madrastra. Y la celebración de invierno haría a la chica muy feliz. Si sólo esas horribles hermanas no hubieran decidido quedarse para el solsticio. Verona se sintió incómoda en la presencia de las hermanas, y se preguntaba cómo es que la Reina no se sentía igual. ¿Por qué las había invitado a quedarse para la celebración? Verona temía el sonido de sus faldas ruidosas y de sus voces parloteando mientras bajan al comedor en la mañana. Sus risas agudas y molestosas, sus susurros con sonrisas tontas, y su hábito de terminar los pensamientos y frases de la otra, era mucho para que Verona pudiera soportarlo.



Ella casi deseaba que las hermanas cruzaran la línea de alguna forma, que hicieran algo que justificara que la Reina les pidiera que se fueran. Uno no podía evitar enfocar toda su atención en ellas cuando estaban en la habitación, ellas eran así... mórbidamente atractivas. Verona a veces se encontraba a sí misma viéndolas con fascinación, curiosidad y repulsión, esperando que su cara no la traicionara cuando las hermanas la pillaran mirándolas con una repulsiva admiración.

Nieves entró a la habitación, interrumpiendo los pensamientos de Verona.

—Lucinda dice que vamos a poner velas y espejos en los árboles como lo solía hacer la Abuela en las vísperas del solsticio, Madre. ¿Eso es verdad?

—Es verdad, mi pequeña. —dijo la Reina— Puedes ayudar si quieres.

Nieves sonrió y dijo— Me encantaría, Madre. Dejeme decirle a mis primas que no puedo tomar el té con ellas y volveré inmediatamente.

La Reina notó que Verona se veía molesta por algo mientras veía a la niña correr lejos.

—¿Qué pasa, Verona?

Verona hizo una expresión divertida moviendo sus labios hacia un lado, se veía como si estuviera pensando las palabras correctas.

—Habla con confianza por favor, mi amiga. No te censes en mi presencia.

—Bueno, mi Reina, estas hermanas son... bueno, peculiares.

La Reina estaba de acuerdo.



—Odio ser exagerada pero, cual es el problema con esas mujeres? Se ven un poco trastornadas.

—La Reina apenas pudo contener su risa mientras decía— Pienso que deben haber tenido una crianza muy protegida, eso las hizo ser un poco raras.

Verona se rió— ¡En verdad muy protegidas! ¿Tal vez en un sótano frío?

La Reina estalló en risas.

—Se ven como si nunca hubieran visto la luz del sol

La Reina nunca supo que Veron hablara mal de alguien, y ahora la amaba aún más por ser franca con ella.

—¿Por qué se pintan las caras blancas? Es molesto. ¡Se ven como si unas muñecas ridículas hubieran sido traídas a la vida por un alquimista loco!

La Reina se rió de nuevo— Detente, Verona. No vas a querer que Nieves te escuche, va a volver en cualquier momento.

Las dos mujeres se rieron como dos niñas pequeñas mientras la Reina desenvolvía las decoraciones del solsticio, los espejos reflectaban la luz proveniente de las ventanas curvas en sus caras felices.

Las semanas pasaron rápido y pronto la víspera del solsticio de invierno estaba sobre ellos. Nieves decoró los terrenos y el castillo entero estaba lleno de luz de velas. La Reina imaginó cuán hermoso se vería cuando el Rey entrara al castillo. Debe verse como un castillo mágico de los cuentos de hadas... un sueño luminoso flotando frente a un mar de oscuridad. Todos los árboles estaban



lentos de velas reflejadas en los pequeños espejos colgando en las ramas, emitiendo una hermosa luz, haciendo que el castillo y sus terrenos se veían de otro mundo.

Blanca Nieves se veía cautivada. Era la primera vez desde que esas raras hermanas habían llegado que la niña se veía completamente tranquila. La Reina se preguntaba dónde estaban las primas del Rey, ellos habían esperado una quincena para esta noche, y ahora no estaban por ningún lugar.

—Nieves, ¿sabes dónde están tus primas? —preguntó la Reina.

Snow se veía cansada— Lo siento, Madre, pero no quería arruinar nuestra fiesta.

—Creo que deberías decirme pequeña —dijo la Reina, más seria de lo que le había hablado a Nieves en su vida.

—No estoy segura de dónde están. Estaban actuando raras cuando salimos a dar un paseo hoy, Madre, diciendo cosas aterradoras otra vez... me persiguieron, gritando cosas horribles de mi primera madre y usted... Luego ellas hablaron de frutas encantadas... manzanas que podían poner a una niña dormir para siempre... peras que hacen que te marchites y mueras... ¡Luego ellas dijeron que me iban a cortar en pedazos y cocinarme en un estofado!

Los labios de Nieves comenzaron a temblar, y luego rompió en llanto. Colapsó en el regazo de su madrastra, sollozando.

—Sólo corrí y corrí hasta que no las podía seguir escuchando, pero seguí corriendo y cuando finalmente miré hacia atrás ya no estaban ahí. No le dije porque tenía miedo de arruinar su día.

La Reina abrazó fuertemente a Nieves y la meció.



—No te preocupes, querida. Haré que alguien las encuentre y se las lleven del castillo. Creo que debemos esperar hasta después de la celebración para decirle a tu padre, ¿no crees? —la Reina le hizo señas a Verona.

—Verona, querida, haz que los sirvientes busquen por el castillo a las hermanas, si no son encontradas entonces haz que el cazador y unos pocos de sus compañeros vayan al bosque y vean si las pueden localizar, quiero que sean traídas frente a mí inmediatamente. Uno de los hombres debería quedarse para vigilar en caso de que vuelvan a venir hacia acá.

—Sí, mi Reina —dijo Verona, y corrió hacia el castillo.

La Reina devolvió su hacia Blanca Nieves.

—Lo lamento mucho. Nunca debería haber confiado en esas malvadas mujeres y haberlas dejado solas contigo. ¿Me perdonas?

—Oh, Madre, esas hermanas son tan malvadas. No es tu culpa.

—Hablaremos más de esto mañana, mi pequeña, pero intentemos sacarlo de nuestras mentes por ahora. ¡Mira! Veo los caballos de tu padre justo en el horizonte. Quiero que tenga una hermosa bienvenida, querida. Sólo voy a decir esto una última vez hasta que lo discutamos mañana... prométeme, Nieves, si algo como esto vuelve a suceder, me lo vienes a decir inmediatamente, ¿entendiste? Tengo que saber que vendrás conmigo en todo momento, especialmente cuando alguien intente dañarte. Estoy aquí para protegerte, querida; sin importar qué, debes confiar en que siempre puedes venir hacia mí.

—Lo haré, Madre, lo prometo.



La Reina besó a su hija en la mejilla. Ella ya estaba molesta con las hermanas por arruinarle este día, pero por alguna razón no podía reunir la rabia que deseaba. Tal vez era por la alegría de la celebración. El padre de la Reina había dejado de celebrar el solsticio después de que su madre falleciera. Le habría encantado poder experimentar esto cuando era niña. La verdad es que una parte de ella envidiaba a Nieves.

—Mira, mi querida niña, observa lo hermoso que se ve el castillo, tu padre va a estar muy feliz —dijo la Reina en un intento de distraer a la niña de sus malvadas primas.

Nieves miró hacia el castillo. Rayos de luz fantasma flotaban a través de las ventanas. Nieves jadeó.

—¿Cómo está haciendo el castillo eso, Madre? —preguntó la niña.

—Un espejo muy especial —respondió la Reina— Mi padre lo hizo con pedazos de vidrio biselado. Es un cilindro que contiene una vela dentro y que proyecta las formas en la pared.

—Oh, ¿puedo ir al salón y verlo? —dijo emocionada la niña.

—Por su puesto, pequeña, puedes escaparte por un momento antes de que vayamos al gran salón para cenar, pero asegúrate de hacerlo rápido.

—Lo haré, Madre, lo prometo. ¡Oh, pero mira Madre, mira! ¡Padre está aquí!

La Reina y Nieves resplandecían de alegría cuando vieron al Rey acercarse. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras desmontaba su corcel y las abrazaba a las dos, primero besando a su esposa y luego tomando a Nieves en sus brazos, levantando a la niña en el aire y besando sus dos pequeñas mejillas.



—Oh, las extraño mucho a las dos —dijo. Él otra vez se veía diferente. Cada vez que volvía de una batalla era un poco menos de sí mismo... y un poco más al mismo tiempo. La experiencia parecía hacer ambos destrozar su alma y enriquecer sus conocimientos de los demonios que tenía este mundo.

Toda la familia entró al castillo junta tomados de las manos y caminaron hacia el gran salón, el cual estaba adyacente al salón. Nieves recordó que su madre le había dado permiso para ver el salón, deslizó su mano fuera de la de su padre y entró al que parecía ser otro mundo. Ella se quedó parada en el centro de la habitación cerca de la mesa de piedra que tenía el espejo cilíndrico situado sobre él. Tilley, una de las damas favoritas de Nieves, estaba parada cerca, girando el cilindro cuando empezó a ir más lento.

—Hermoso, ¿no crees? —dijo Tilley

—¡Lo es! —dijo Nieves, cautivada por las imágenes de los soles, las lunas, las estrellas brillando a través de las paredes del salón. Se imaginó cuán hermosas se verían todas las damas en sus vestidos más tarde, girando en círculos siguiendo la música.

Entonces de pronto las puertas del salón se abrieron de golpe y entró el Rey. Él se veía enfurecido. Nieves nunca lo había visto ni una pizca de enojado, y ahora... esto.

—¡Nieves! ¿Qué significa esto? —le escupió.

—Madre dijo que podía ver el salón antes del festín... —dijo Nieves, sus ojos tristes suplicándole a su padre para que entendiera.

Su enojo no bajó lo más mínimo.

—Nunca habría pensado que tuvieras esta crueldad, Nieves!



Entonces, mirando a hurtadillas por las largas puertas del corredor, Nieves las vio... Lucinda, Martha y Ruby, sus vestidos cubiertos de barro, andrajosos y desgarrados, sus cabellos un espantoso desastre con pequeñas ramas y hojas. Habían pedazos rosados de piel mostrándose donde la pintura blanca se había salido de sus caras, a veces a través de la carne. Y Martha había perdido una de sus botas relucientes, revelando una calceta con rayas verdes y plateadas que tenían un agujero en su pulgar, el cual estaba intentando desesperadamente esconder detrás de su otro pie.

—¡No puedo creer que pudieras hacer tal cosa! —dijo el Rey.

Martha se estaba ahogando con profundos sollozos mientras hablaba— Ella es horrible, una niña malvada...

—¡Engañándonos para que cayéramos en ese agujero! —continuó Lucinda— Ella lo planeó todo, lo sé...

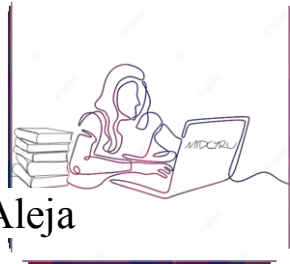
—¡Lo sé, nos odia! —añadió Ruby, quien estaba intentando en vano sacar ramas de sus rizos.

—¡Mira lo que la niña nos hizo! ¡Debe ser castigada! —coincidieron las raras hermanas en unísono.

El Rey miró de su hija a sus primas y dijo— ¡En efecto debe serlo! —y tomó a su hija del brazo— Vas a ir a tu habitación y no vas a volver a aparecer hasta que te llame, ¿entendiste?

La cara de Nieves reflejaba un terror puro. Trató de protestar, pero el Rey no la dejaba dar explicaciones— ¡No discutas conmigo, Nieves! No tendré a mi hija actuando tan lamentablemente. Eres una princesa...

Justo entonces entró la Reina, enfurecida y se abalanzó hacia su esposo.



—¿Qué estás haciendo en nombre de los dioses? —gritó— ¡Aleja tus manos de ella! ¡Quitalas!

El Rey se veía sorprendido— ¿Disculpa? —preguntó.

—Tal vez en el campo de batalla y los cañonazos hicieron que te cueste escuchar. Sueltala. ¡Y luego explicame por qué estás tratando a tu hija... a *nuestra* hija... de esta manera!

Entonces la Reina notó a las hermanas. Fijó su mirada en su dirección, y ellas se achicaron intentando escabullirse antes de que la Reina pudiera volcar su ira hacia ellas.

—En cuanto a ustedes señoritas, —ladró la Reina— ¡van a abandonar este castillo de inmediato! Haré que empaquen sus pertenencias y que las envíen en carruajes tan pronto como sea conveniente. ¡No las voy a tener entre estas paredes ningún momento más!

La voz de Lucinda más aguda que nunca— ¡Esto es un escándalo! Somos las primas del Rey, y no vamos a...

La Reina no le dio ni a ella ni a ninguna de las otras dos que podrían haber terminado su pensamiento, una oportunidad para hacerlo.

—Guardias, lleven a estas mujeres directamente al carruaje afuera. Deben conducirlos para asegurarse de que lleguen a sus casas sin ningún percance. Si se les ocurriera alguna artimaña, cuento con ustedes para que le pongan un fin a ello.

—Ahora, señoritas, les recomiendo que dejen estas instalaciones antes de que mi esposo escuche lo que han estado haciendo. Primas o no, tal vez descubran que él tiene menos misericordia en su corazón del que les he mostrado esta noche. Ahora abandonen mi



vista antes de que lo piense mejor y haga que las lancen a un calabozo para que se pudran donde pertenecen.

El Rey vio algo en su mujer que nunca había visto, y parecía impresionarlo y aterrorizarlo por igual. Mientras los guardias tomaban a las hermanas y le ponían esposas, Ruby murmuró— ¿Es absolutamente...

—Necesario? ¿Tal vez haya otro lugar por el que podamos salir...
—continuó Lucinda.

—De esta habitación? No deseamos que nos escolten a través del gran salón —finalizó Martha.

La Reina sonrió hacia las hermanas con maldad y dijo— De hecho *sí* hay otro lugar... —las hermanas se veían aliviadas. La Reina continuó— Sin embargo, pero mejor prefiero que todos las vean como las mujeres malvadas y deplorables que son.

Las hermanas se veían derrotadas y agacharon sus cabezas mientras los guardias les mostraban el camino. Mientras las hermanas eran llevadas, eran recibidas con miradas recriminatorias de los demás invitados. Las damas susurraron detrás de sus manos enguantadas mientras veían cómo se llevaban a las hermanas a través de la sala. Ruby casi se desmaya, abrumada de vergüenza, mientras que Lucinda se veía firme con su mentón en alto como si no estuviera completamente humillada en los ojos de todo el reino. El Rey parecía completamente confundido cuando los modales de la Reina no cambiaron cuando le habló a él luego de que las extrañas hermanas fueran retiradas.

—Besa a tu hija y dile cuanto la amas —le ordenó la Reina.



El rey parpadeó. Él era el Rey. Su palabra era ley. Pero había algo en la voz severa de su esposa... había algo en ella que lo obligaba a obedecerla.

—No tengo tiempo de explicarte, esposo. Debes confiar en que hice lo correcto; lo discutiremos luego.

—Por su puesto, cariño —dijo el Rey, haciendo de todo excepto inclinarse para suplicarle a su esposa.

—Ahora dile a ella que lo sientes por tratarla tan mal, y vamos al gran salón y recibamos a nuestros huéspedes.

El Rey obedeció otra vez, y la Reina se giró, azotando su capa como un remolino mientras se fue de la habitación y se reunió con sus nerviosos huéspedes en la celebración.



CAPITULO VIII EL HOMBRE EN EL ESPEJO

Era casi el amanecer en el solsticio antes de que los huéspedes se retiraran y que el Rey y la Reina pudieran retirarse a su recámara. La Reina, cuyo semblante no se había ablandado durante toda la noche, dirigió su enojo a su esposo una vez más.

—No puedo imaginar qué fue lo que te dijeron esas brujas para que trataras tan horrible a Nieves.

El rey agachó la cabeza.

—Hablé con Nieve y le garanticé mi amor por ella. Le dije que estaba profundamente arrepentido y me perdonó, ¿por qué no puedes tú hacer lo mismo? —dijo él.

Los ojos de la Reina se llenaron de lágrimas.

—Querida, qué pasa? Por favor dime —le suplicó el Rey.

La Reina vio directamente a los ojos del Rey— Nunca pensé que te vería poner una mano sobre nuestra hija.

El Rey se veía completamente reducido.

—No la dañe, mi amor, te lo juro.

—Dañaste su corazón —dijo la Reina, derrumbándose por completo— Conozco esa mirada, ese pequeño rostro con el corazón roto. Es el mismo... es la misma cara... que yo veía una y otra vez en los espejos de mi padre cuando era pequeña. Oh, él era un



hombre cruel. Una real bestia. Y pensar que mi madre, mi querida y hermosa madre, estaba casada con él. Él me odiaba. Oh, sí, él lo hacía, y me lo decía. —Fea, inservible, niña estúpida— él decía. Esas palabras lastiman más que los moretones y las cicatrices de cualquier dolor físico que él me causó. Por lo menos esas heridas sanaban.

La Reina colapsó en el piso, sentándose ahí en el paraíso de castillo con su cara enterrada en sus manos.

Ella miró hacia el Rey, quien la miró hacia abajo vergonzosamente.

—Por favor, perdóname querida —dijo el Rey— Mencionaste el campo de batalla anteriormente. Tienes razón sí te cambia. Te convierte en algo más que un hombre... pero al mismo tiempo te cambia en algo menos que ello. No era yo mismo.

La Reina vio que esto era verdad. Ella lo vio en sus ojos, escrito en las cicatrices de su cara, y en lo rebelde de su cabello desarreglado.

—Iré a ver a Nieves —dijo el Rey, claramente procesando todo lo que acababa de aprender de la vida temprana de la Reina.

—Por su puesto querido, dale un beso de mi parte. Me voy a cambiar para dormir.

El Rey besó a la Reina, dejándola sentada en la orilla de la cama con dosel. Él la besó de nuevo y fue a posar sus ojos sobre la niña durmiente, sin duda con la esperanza de calmar su conciencia llena de culpa.

La Reina estaba totalmente agotada. Se recostó en la cama de plumas, sin energía para cambiarse a su camisón. Ella lanzó un largo suspiro, frotando sus sienes.



—Buenas noches, mi Reina.

Ella se sentó derecha de inmediato, esperando que fuera uno de los guardias con noticias de las hermanas. Pero nadie había entrado a la habitación, por lo menos no se veía como que alguien lo hubiera hecho.

—Por aquí, mi Reina.

Dirigió su mirada al lado opuesto de la habitación, donde parecía proceder la voz.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—Sí, mi Reina.

—Muéstrate entonces. Y declara tu asunto, hombre.

Ella se acercó a la chimenea.

—Sobre ti, mi Reina. No hay necesidad de que tema, mi Reina.

La Reina miró hacia arriba, alrededor de la recamara, incluso dentro de la ardiente chimenea, pero no podía ver a nadie.

—Soy tu esclavo —dijo la voz.

— ¿Mi esclavo? Este reino no tiene esclavos.

—Es mi deber entregarle noticias del reino, todo lo que desee saber; puedo ver lejos, puedo mostrarle todo lo que desee.

—¿Puedes?

—Lo veo todo, mi Reina, dentro de los corazones y las mentes de cada alma en el reino.



—Dime entonces, ¿Dónde está el Rey?

—Con su hija.

—Acabas de oírlo decir eso antes de que se fuera de la habitación.
¿Qué está pasando en estos momentos?

—Él está llorando. Está totalmente avergonzado de su trato hacia la niña y el cómo la hirió profundamente a usted.

La Reina se sintió mareada.

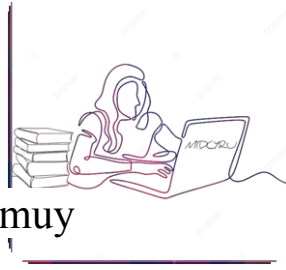
— ¿Cuál es el truco barato? Debes haber estado en la habitación todo el tiempo. Haber escuchado todo lo que dijo el Rey. ¡Ahora muéstrate!

—Por favor no se asuste, mi Reina, estoy aquí para ayudarle en todo. No soy el hombre que considera que soy en sus sueños, no la puedo lastimar.

— ¿Sabes de mis sueños?

—En efecto, mi Reina. Y aunque ha estado viendo alrededor de toda la habitación, no ha mirado en el único lugar en donde sabe que me puede encontrar.

El corazón de la Reina pareciera que se había detenido, y toda la sangre de su cuerpo se sentía como si estuviera corriendo hacia su cabeza. Ella corrió y quitó las cortinas del espejo de su padre. Aunque más o menos esperaba lo que iba a encontrar allí, no estaba preparada para el shock de ver una cara viva y moviéndose frente a ella en el espejo. Sus ojos se agrandaron de terror y miraba boquiabierta. Era una aparición petrificante... una cabeza sin cuerpo que se veía como una grotesca máscara. Una columna de humo



místico daba vueltas alrededor de sus vacíos ojos y su boca muy abierta; su rostro macabro se veía triste.

— ¿Quién eres? —jadeó la Reina.

— ¿No me reconoces? Querida, ¿ha pasado tanto tiempo? ¿Los años que nos separaron causaron que me olvidaras... hechicera?

En ese momento la cara de la Reina se puso blanca.

Ella reconoció el rostro en el espejo, inmediatamente perdió toda su habilidad para mantenerse de pie y colapsó.

Pero antes de que cayera en la oscuridad, escuchó dos palabras finales saliendo de la boca del rostro en el espejo— Mi hija...



CAPITULO IX EL CREADOR DE LESPEJOS

Escuchando el golpe, el Rey se apresuró hacia la recámara de la Reina. Encontró a la Reina despierta pero agitada, acostada en el piso de piedra. La Reina estaba temblando, agarrando la cortina que ella había sacado del espejo.

Ella miró hacia arriba, pero el hombre en el espejo ya no estaba ahí.

El Rey la intentó alcanzar, pero ella se alejó con miedo.

— ¿Qué pasa mujer? ¡Háblame!

—Lo siento tanto... mi amor... no quería... asustarte —dijo la Reina aturdida, intentando respirar— Yo sólo... debo haberme desmayado.

La Reina estaba mareada. No podía encontrar su propia voz para explicar más lo que había pasado, lo único que consiguió decir fue— El espejo...

El Rey miró el objeto.

—El espejo de tu padre. Por supuesto. Esto es el porqué has tenido aversión hacia él. Si lo hubiera sabido todo lo que me acabas de decir, nunca habría hecho que lo trajeran a nuestro hogar.

La Reina se esforzó en hablar otra vez— Rómpelo, por favor —logró murmurar.



Sin vacilación el Rey sacó el espejo de la pared y lo estrelló contra el piso. Vidrios rotos cubrieron el piso de la recamara como si fuera polvo de estrellas esparcido en un cielo sin luna.

La Reina suspiró, aliviada, aunque no convencida completamente de que el espejo estuviera destruido para siempre. Ella reunió toda su fuerza para hablar.

—El día antes de que lo conociera, mi señor, temía visitar a mi padre en su taller. Ver mi rostro reflejado de vuelta una y otra vez sólo me recordaba lo desagradable que era... un hecho del cual no necesitaba ser recordada. No había día en mi niñez en que mi padre no me dijera lo poco atractiva que era, cuan fea, y eso es lo que ví en mí.

Mi madre era hermosa; supe eso por el retrato que colgaba en la pequeña y sucia casa de mi padre. La única fuente de hermosura en mi vida era ese retrato, y lo miraba por horas preguntándome por qué no era tan hermosa como ella. No entendía por qué mi padre estaba contento con vivir en una deteriorada casucha, cuando podía permitirse vivir en cualquier parte que deseara. Sin importar cuánto restregaba, no podía deshacerme de ese rancio y mohoso olor. No podía imaginarme a mi madre... tan hermosa... viviendo en esa casa, y fantaseaba que de alguna forma esa casa, también debía haber estado de luto por la muerte de mi madre. Me imaginaba que mientras ella estaba viva probablemente era una pequeña y cómoda cabaña en donde los pájaros se podían posar para alimentarse en los alfeizares, en donde las flores florecían por todas partes. Pero luego de su muerte, todo lo que estaba dentro de la casa estaba enmohecido y deprimido, todo excepto las cosas de mi madre, las cuales mi padre había escondido. A veces yo iba a revisar sus bules y me ponía sus vestidos y sus joyas. Vestidos hermosos con



intrincados abalorios y joyas que brillaban como estrellas. Pareciera ser que ella amaba cosas hermosas y delicadas, y yo me preguntaba, ¿si es que ella estuviera viva, me amaría también, siendo fea?

—Las historias del amor de mi padre hacia mi madre eran conocidas a lo largo de los terrenos. Historias del creador de espejos y su hermosa esposa eran contadas por todo los reinos como un mito antiguo tejido con hilos de amor y dolor. Mi padre hacía hermosos espejos con todas las formas y tamaños, encantadores espejos que inspiraron a grandes reyes y reinas a viajar por colinas y valles sólo para comprar uno de sus hermosos y encantados tesoros.

—Mi madre amaba el solsticio de invierno, y mi padre hacía el mayor espectáculo para la ocasión. Él hacía pequeños espejos con las formas de coles, lunas y estrellas y los colgaba en los árboles del terreno. Velas también decoraban los árboles, emitiendo la luz más magnífica de todas reflejada en los espejos, para que su casa fuera vista desde kilómetros de distancia... una ciudad pequeña y mágica iluminada brillando en un mar de oscuridad invernal. Él era visto comentando la belleza del brillo que había creado alrededor de su casa cada invierno, diciendo que era pálida en comparación a la belleza de su esposa; su cabello negro azabache, piel suave y ojos brillantes como el ónix.... Las cosas que suelen inclinarse hacia las orillas, dándole una calidad como de gatuna. Cómo deseaba que alguien me amara de la forma en que mi padre amaba a su esposa, tan inspirado en su belleza que creó tesoros intrincados para que ella pudiera verse reflejada en ellos. Pensé que nunca conocería el amor, o nunca sabría lo que es sentirse hermosa. Y luego le conocí en el espejo del taller de mi padre.

—Cuando se aventuró y prometió volver, dejándome sola y aturdida, la reacción de mi padre hizo que mi corazón se aceleró con



pánico —claramente lo has hechizado hija. Él pronto te vera como la vil bruja que eres— me decía él. Yo intentaba convencerlo de que no era una bruja. No sabía ningún encantamiento. Eres muy vieja hija, fea, eres común todos los días en todo sentido.

—La muerte de mi madre fue resultado de mi nacimiento, y estaba segura de que mi padre me culpaba por ello, viendo mi parecido con ella como un irritante insulto aludido al dolor de su pérdida. Mi padre nunca habló de la noche en que murió mi madre, pero escuché pequeños fragmentos de la historia y los junté en mi imaginación, como reflejos en uno de sus espejos rotos.

—Me imaginé a mi madre retorciéndose en agonía. En mi mente la veía agarrando su estómago con dolor, gritándole a su esposo que la ayudara mientras que la partera la cuidaba. Mi padre impotente, su cara blanca y espantosa, llena de temor mientras mi madre estaba ahí acostada sin vida y dando luz, sus ojos llenos de asco cuando miraban a través de la pequeña criatura que le quitaba a su preciado amor de su vida. Mi padre debe haberme odiado desde ese día. Cada vez que veía mi rostro era con disgusto.

—Una vez (debe haber sido cuando tenía cinco o seis años), yo estaba parada en el patio, los rayos de sol en las copas de los árboles. Yo estaba sosteniendo un puñado de flores silvestres cuando mi padre se me acercó.

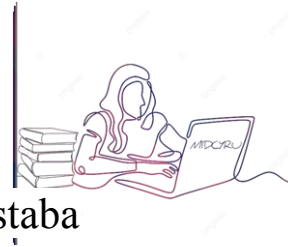
— ¿Qué estás haciendo con esas flores niña?— él me preguntó, su cara estaba deformada con ira contenida. Le dije que quería llevarle flores a mi madre. Él me miró con una expresión en blanco y dijo cruelmente —¡Tú ni siquiera la conociste! ¿Por qué ella querría flores de tu parte?— Recuerdo estar tan triste, tan sorprendida como para responder —Ella era mi madre, y la amo—



—Él sólo me miró de esa forma en que yo me había acostumbrado... esa mirada que me decía que si le decía algo más él me golpearía. A veces él me pegaba aún si estaba en silencio. Ese día, yo me quedé ahí con las flores agarradas, mirándolo con mis labios temblorosos, mis ojos a punto de llorar, pero tan agobiada con diferentes emociones como para expresarlo simplemente llorando. Él me quitó las flores de mi pequeña mano. Luego se dio la vuelta y se fue caminando del patio. Esperaba que dejara las flores en la tumba de mi madre, pero estoy segura de que nunca lo hizo.

—Me prometí a mí misma que no dejaría que los demonios de mi padre manchen mi alma. Juré que iba a empezar una nueva vida contigo. Quería olvidarlo y ser feliz contigo y mi pequeña. Prometí que haría sentir a Nieves como si fuera mi propia hija que la amaría de la forma que deseaba que me hubiera amado mi padre... que le diría a Blanca Nieves cuán hermosa es cada día de su vida, y bailaríamos juntas riendo. Y, a diferencia de mi padre, llevaría a Nieves visitar la tumba de mi madre y usaría las cartas que me confiaste para decirle cómo era su madre.

—Decidí que nunca iba a pensar en los espejos otra vez. Él pertenece a la oscuridad ahora. El día que mi padre murió fue como si mi vida estuviera en llamas, como si su descenso a la oscuridad me trajera a un mundo brillante en donde finalmente podía encontrar amor y felicidad. Esa misma hora, saqué todos los espejos al patio de nuestra casa y los colgué en el árbol gigante que había allí. Era el espectáculo más notable que alguna vez ví, los espejos moviéndose con la brisa, atrapando los rayos de sol y reflejándolos de una forma magnífica. La visión de eso me quitó el aliento. Los ciudadanos también pensaron que era hermoso. Ellos creyeron que era un tributo a mi padre, y les dejé creer eso. Ellos no tenían que saber el horrible



hombre que era, no tenían que saber que por primera vez yo estaba yendo hacia la luz, que ya no estaba constantemente en la oscuridad con las dudas. Esa era la verdadera razón que tenía para celebrar.

—Nadie sabía cuánto él me odiaba, lo completamente inhumano y cruel que era su alma. Un alma... ha! Me pregunto si alguna vez tuvo una. Debe haberla tenido en algún momento. Su amor por mi madre era tan grande. Tal vez su alma murió con ella la noche que ella dejó este mundo.

—Aún así, lo que sea que haya quedado en él era pura maldad. Cuando estuve en su lecho de muerte, cuidándolo, tratando de mantenerlo con vida porque, en mi corazón sabía que era lo correcto... tratar a la persona que es sangre de tu sangre así. Sin embargo, él no tenía nada más que odio y palabras amargas para mí, —Él nunca volverá por ti, lo sabes. Siempre has sido una chica fea. ¿Qué *rey* quisiera algo contigo?— Yo estaba ahí cuando él dejó este mundo. Estaba a su lado. Sosteniendo su mano para que no estuviera solo cuando hiciera el viaje hacia lo desconocido. Y el momento antes de que muriera, sus ojos casi sin vida me miraron. Yo estaba llena de locura, lista para creer que me iba a dar las gracias. En vez de eso me dijo —Nunca te amé, hija—. Y entonces cerró sus ojos y dejó este mundo.

El Rey estaba sentado en silencio. Reposaba su mentón en sus manos cruzadas mientras se mecía hacia adelante y hacia atrás, contemplando lo que acababa de aprender. Luego se arrodilló frente a la Reina y la abrazó.

—Desearía que estuviera vivo hoy, —dijo el Rey— para poder matarlo con mi propias manos por todo lo que te ha hecho.



La Reina miró a su esposo, a quien conocía por estar lleno de amor. Por incluso amar a sus enemigos. ¿Realmente la amaba tanto como para traicionar sus propias creencias?

Este era el hombre al cual ella amaba por sobre todos los otros. Tocó sus manos, callosas y con cicatrices por las batallas y el peso de la artillería y el peso de las espadas. Entrelazo sus manos con las de él, deslizándose entre sus brazos, luego lo besó suavemente en los labios. Su boca que antes había sido suave ahora estaba agrietada e irritada por la exposición de los elementos. Tenía sabor a sudor y, pensó la Reina, a sangre.

¿Por qué, se preguntó, las cosas debían cambiar? ¿Por qué no podría haber congelado el tiempo el día en que se casó, y vivir felices por siempre con Nieves y el Rey? ¿Por qué no podía crear paz en la tierra para que su esposo no tuviera la necesidad de dejarla otra vez?

Ella se preguntó esto mismo el siguiente mes, mientras aún tenía al Rey con ella. Pero el treinta y uno de enero el Rey se fue otra vez.

—Papa, te voy a extrañar —dijo Snow.

—Prometo volver a casa pronto, mi Nieves. Siempre lo hago, ¿no es así?

La pequeña niña asintió.

—Te amo, y te extrañaré, querida —dijo el Rey con un largo suspiro.

— ¡También te amo Papa!



El Rey besó a su hija y la abrazó dándole vueltas, lo que hizo que ella se riera— Las extrañaré a ambas con todo mi corazón. Ambas estarán conmigo.

La Reina y Nieves se quedaron paradas en el patio y vieron como se aventuraba el Rey y sus hombres por las montañas llenas de nieve en sus caballos. Sus antorchas brillaban en la oscura noche de invierno, y el aire era el tipo de frío que te congelaban tus ojos... el tipo de frío que prácticamente podías ver. El ejército del Rey se hizo cada vez más pequeño, como hormigas subiendo por una montaña de azúcar.

Entonces se sumergieron lejos del horizonte y el Rey se había ido.



CAPITULO X EL RESQUEBRAJAMIENTO DEL ALMA

Para la Reina los días se sentían como meses y las semanas como años mientras el Rey estaba lejos. El castillo estaba tan silencioso. Extrañaba los días en que estaba lleno de la alegre risa de Nieves cuando era perseguida por su padre que le gruñía, quien intentaba ser un dragón o un brujo.

Pronto, se dijo a sí misma, pronto él volvería, y con él la vida una vez más llenaría las paredes del castillo.

Pero por ahora, el castillo bien podría estar sin vida. La Reina se sentó en cómodo trono junto a la chimenea en su habitación, perdida en uno de sus manuscritos favoritos “La Canción de Rolan”. Pero todo le recordaba al Rey, así que lo dejó a un lado y llamó a uno de sus sirvientes para que le preparara un baño.

Más rápido de lo que esperaba, hubo un golpe en su puerta.

—Su Alteza, Su Majestad... —dijo la tímida y temblorosa joven en la puerta. La Reina no la había visto antes y supuso que debía ser una nueva sirvienta.

—Cálmate, querida, soy una Reina, no una bruja —dijo la Reina sonriendo.

—Sí, bueno, esto... —la chica sostuvo un largo paquete envuelto que era casi tan alto como ella— esto llegó para usted hoy. Los



guardias lo examinaron, y parece que no posee ningún ... ningún peligro...

La niña puso el paquete en el piso y miró a la Reina, quien miraba el paquete escépticamente.

—De donde procede? —preguntó la Reina.

—Llegó con esta nota —dijo la niña, sosteniendo un pergamino envuelto, el cual se movía como si fuera una hoja meciéndose en el viento en las manos temblorosas de la niña— No estoy... no estoy informada de lo que dice aquí, así que no estoy consciente de sus... orígenes.

La Reina rápidamente tomó el pergamino y lo desarrolló.

El pergamino era mucho más largo de lo necesario, y contenía la frase

PARA SU HOSPITALIDAD

La Reina alzó una ceja.

— ¿Dices que no sabes lo que contiene? —preguntó la Reina.

—No lo sé, Su... Su Majestad —dijo la niña en voz baja— pero los guardias han confirmado que es inofensivo —le recordó a la Reina.

La Reina se quedó quieta por un momento, luego continuó— Muy bien, entro déjalo aquí.



La niña forcejeó con el largo paquete, el cual estaba envuelto en lienzos con formas desiguales y andrajosas, haciendo imposible determinar la real forma o tamaño de lo que sea que hubiera dentro. Unos hombres entraron para ayudarle, se necesitó cuatro hombres para entrar el paquete en la recámara de la Reina.

— ¿Necesita algo más, mi... mi Reina? —preguntó la niña.

La Reina negó con la cabeza, la niña hizo una reverencia y rápidamente dejó la habitación, seguida por los hombres.

La Reina paseó frente al paquete. Podía ser de parte de cualquiera de los invitados que asistieron a la celebración del solsticio. Una muestra de gratitud y buena voluntad. Los guardias lo habían revisado después de todo.

Entonces porqué estaba tan reacia a abrirlo?

La Reina se quedó mirando el regalo que estaba extrañamente envuelto. Volvió a leer el pergamino. Entonces se endureció a sí misma y rompió los lienzos en sus costuras.

—Buenos días, mi Reina —dijo el rostro en el espejo, mirándola desde detrás de los lienzos desgastados.

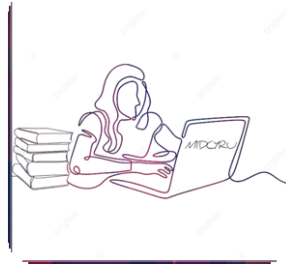
Sonrió con una malvada y astuta mueca.

La Reina gritó y se alejó del espejo.

—Ha estado sola —dijo Slave

— ¿Qué es lo que quieres, demonio? —respondió la Reina.

—Ha estado pensando en su esposo, queriendo su compañía. Pero yo soy todo lo que necesita, mi Reina —dijo Slave.



— ¿Qué me podrías ofrecer, ser malvado? —le soltó la Reina.

—Como le dije, puedo ver todo el reino. Puedo decirle cuáles son las memorias favoritas de su hija, o de su hermana Verona... podría revelarles sus secretos más profundos. Pero es en su esposo en quien ha estado pensando principalmente estos días, ¿no es así? Puedo decirle dónde está, qué es lo que ha estado haciendo. Déjeme decirle... Ah, sí, lo más reciente que puedo ver de él es hace unos días anteriores a este. Hmm... ¿me pregunto por qué es eso? Él está sobre su corcel. Su espada está alzada en lo alto. ¡Oh! Una flecha casi le da en su mejilla. Parece que lo rozó. Sí, hay sangre, una gran cantidad, cayendo por su mandíbula. Y una gran cantidad de ruido. Pero él es orgulloso y valiente. Un verdadero guerrero. Está sangrando, pero continúa peleando. Va a estar a salvo. Arman un gran jaleo en el campo de batalla, ¿no es cierto? Oh, no, ¿qué es eso? Un hombre con una lanza, viene directo hacia él desde atrás. Creo que su esposo no ve al atacante. Si sólo pudiéramos advertirle. Si sólo pudiéramos evitar de alguna forma que la lanza entre en su espalda y lo atravesara y que el arma emergiera de su pecho... para prevenirlo...

— ¡Demonio! —Gritó la Reina— ¡Detente de inmediato! ¡Dices estas mentiras como si fueran una verdad absoluta!

Slave sonrió un poco a propósito, y fijó su mirada en la Reina.

— ¡No! —Gritó ella, tomando un jarro de vidrio cerca de ella que contenía aceites y ungüentos, y lo estrelló contra el espejo— ¡Mentiras! —gritó la Reina.

Verona llegó corriendo a la habitación. Sus ojos estaban rojos y su cara estaba cubierta de lágrimas. — Mi Reina —dijo Verona con voz temblorosa. Luego lanzó sus brazos alrededor de la Reina y se



meció en el piso junto a ella— ¿Ya ha escuchado las noticias entonces? ¿Las terribles y espantosas noticias?

La Reina miró a los ojos llorosos de Verona.

Verona continuó— Su cuerpo está siendo transportado ahora mismo.

La Reina se cubrió su boca con una mano temblorosa, sus ojos muy abiertos, mirando a Verona con incredulidad.

Él no podía estar muerto, lo había visto hace unos pocos meses. Estaba herido, sí, herido y volvía a casa para curar sus heridas. Slave en el espejo era un mentiroso! Y los mensajes en el campo de batalla nunca eran confiables. Alguien siempre se equivocaba. Él estaba herido, pero no era nada serio. Y estaba volviendo con ella. Aquí. Casa. Ahora.

— ¡No, él está viniendo a casa! Él está volviendo a casa! —era todo lo que podía decir la Reina.

Verona sacudió su cabeza. La cara de la Reina, el pelo y sus ropas estaban empapados de lágrimas que pertenecían a ella y a Verona. El dolor en su pecho apretaba su agarre mientras absorbía lentamente la realidad de la muerte de su esposo.

¡Se fue!

Nunca lo volvería a ver, nunca escucharía su alegre risa, nunca iba a estar sentada junto al fuego y verlo jugar a los dragones con Nieves, o que le contara historias de brujas que vivían en el bosque.

— Puedes retirarte — le dijo la Reina a Verona con la suficiente compostura que pudo reunir.

Verona puso sus manos en los hombros de la Reina



— Por favor déjeme quedarme con usted.

— No, Verona, necesito tiempo para mí.

El momento en que Verona se fue de la habitación la Reina sintió el gran peso del dolor y la ira. Ella no podía respirar. Seguramente no sobreviviría a este dolor. Uno no podía ser herido tan profundamente y seguir viviendo pensó; era inimaginable pasar el resto de sus días en esta agonía, sin su adorado amor a su lado.

Era mejor morir.

¿Pero qué pasaría con Blanca Nieves?

¿Y cómo podría si quiera enfrentar a la niña? ¿Decirle estas horribles noticias? La destrozaría... claramente le rompería el corazón. La Reina se paró con rodillas débiles y, aferrándose a las paredes y a las barandillas, bajó lentamente las escaleras, las cuales parecían moverse bajo ella.

Afuera en el patio estaba sentada Nieves en el pozo. La Reina sintió una inusual punzada al verla. Nieves miraba cómo los pájaros azules comían migas de pan en la pared del pozo. Se veía atrapada en su propio mundo, un mundo en donde su padre estaba lejos, pero aún estaba vivo.

La Reina estaba plenamente consciente de que le estaría cambiando la vida de la niña para siempre, rompiendo su mundo con unas pocas palabras: tu padre está muerto.

Reprodujo esas palabras en su mente mientras se acercaba a la niña. Su hija. Ahora sería todo lo que Nieves tenía en el mundo.



Cuando finalmente se acercó a la niña no pudo decir las palabras en voz alta; si lo hacía lo hacía realidad, y no podía soportar una realidad tan dura. Quería ser fuerte para Nieves, pero pronunciar estas dolorosas palabras causaría que se rompiera por completo.

Así que enterró su dolor muy dentro de ella. Se atragantó con las palabras mientras las forzaba fuera de su garganta.

Nieves, quería, mi pequeña, tengo algo que decirte.

Nieves levantó la mirada de los pájaros azules que estaba alimentando y le sonrió a su madre— ¡Hola, Madre! —dijo Nieves, sonriendo intensamente.

La Reina se esforzó para mantener la compostura mientras se sentó junto a la niña en el borde del pozo. La cara de Blanca Nieves se iluminó.

— ¿Es Papa? ¿Va a volver hoy? ¿Podemos tener una fiesta como la que tuvimos cuando inició el invierno?

— Pequeña... — la voz de la Reina se le quebró.

— Madre, ¿qué pasa?

La Reina sacudió su cabeza y cerró los ojos fuertemente para retener las lágrimas.

Nieves miró a su madre con ojos negros y tristes, y dijo— No va a volver, ¿no es así? ¿No aún?

La Reina sacudió su cabeza— Nunca.

— Creo que tal vez te equivocas, Madre, él prometió que volvería pronto, y Papa nunca rompe sus promesas.



El dolor de la Reina se intensificó. Se lo tragó, y sintió cómo la apretaba, cortando sus entrañas como piezas de vidrio. Se sintió rota, sin poder contener sus lágrimas.

— Lo sé, querida, pero no me equivoco. Él no pudo evitarlo, cariño, él no va a volver a casa esta vez.

Los labios de la pequeña niña temblaron y ella empezó a sacudirse. La Reina abrió los brazos, y Blanca Nieves se desplomó en el regazo de su madre y bramó un sollozo sobrenatural. La joven estaba temblando tan fuerte que la Reina sentía que iba a romper a la pequeña niña por abrazarla tan fuerte. Mientras abrazaba a Nieves deseó poder quitarle ese dolor a la niña y guardarlo dentro de ella junto al propio.

Ella no tenía esperanza y era impotente.

Mientras guiaba a Nieves de vuelta al castillo se dio cuenta de que estaba caminando a un mundo totalmente diferente... un mundo en donde todo iba a ser alterado por siempre. No podía imaginarlo. Se sentía perdida, flotando en una pesadilla, entumecida e inhumana. Se vio a sí misma en el espejo que colgaba en el gran salón, simplemente para recordarse que aún estaba en este mundo. Todo esto se sentía como si no estuviera pasando. Y, aún así, estaba pasando.

Verona apareció al final del pasillo, destrozada.

— Verona, por favor ven a buscar a Nieves — dijo la Reina.

— ¡No! ¡Madre! ¡No me dejes! — gritó Nieves. Verona llegó al lado de la Reina y tomó a la niña. Pero Nieves se aferró fuertemente



a las piernas de la Reina— ¡No ¡Madre! ¡No me dejes! ¡Tengo miedo! — gritó mientras Verona la arrancaba de su madre.

La Reina se mantuvo firme y fría, y caminó hacia su recamara, donde pronto colapsó bajo la terrible mirada de desdén de Slave en el espejo.



CAPITULO XI DESPEDIDAS

Con el paso de los días, la Reina sentiría la mano del Rey en la suya mientras dormía. A veces ella escuchaba sus pasos sobre las escaleras, o sus golpecitos en la puerta de su habitación. Ocasionalmente ella escuchaba una risa que pensaba que pertenecía a él. En esos momentos, se dijo a sí misma que todo había sido un terrible error u que él estaba en casa, vivo, con ella. Pero esos momentos se desvanecieron rápidamente como la brumosa nube de desesperación y la realidad se forzó a sí misma sobre ella.

Ella solía hacer promesas a los dioses, jurando ser una mejor esposa si pudiera tener a su marido de vuelta. Se sintió malvada por avergonzarlo en el festival del solsticio de invierno. Ella quería decirle cuánto lo amaba. Él tenía que haber sabido. No podía soportar el hecho de que él no lo sabía.

Cuando la hora llegó, ella no podía mirar su cuerpo. En vez de eso, le dijo a Verona que lo hiciera por ella. Y ella había estado retrasando los arreglos funerarios tanto como pudo. Días ¿o habían sido semanas? habían pasado desde su muerte y la Reina había sido bombardeada con peticiones para los detalles del funeral. Parecían haber venido de todas las tierras, pilas de ellos traídos en bandejas de plata por mujeres con ojos inflamados, todo el lugar afligido, el



castillo lleno de asistentes con brazaletes negros, caras pálidas e hinchadas, y preparativos silenciosos.

Todos andaban con cuidado junto a la Reina, como si se fuera a romper en cualquier momento. Tal vez algunos de ellos se preguntaban cómo es que aún no lo había hecho.

Y todo este tiempo, el Esclavo en el espejo no mostró su cara. Extrañamente, ella había empezado a desear su presencia. Si él podía ver todo en el reino, ¿entonces por qué no más allá de él? ¿Y aún más lejos a lo desconocido? Pero ahora que ansiaba que su imagen apareciera, él no se veía por ningún lado.

Su anhelación, su agonía era tan grande, pero sólo Verona la vio llorar. La Reina se encerraría en la habitación de la mañana, viendo más allá del jardín hacia el patio real y el pozo, sólo viendo las flores moviéndose con la briza, recordando el día de su boda. Un sirviente había traído un plato con sándwiches y té, retirándolo sin haber sido tocado poco tiempo después.

A veces Ella pensaba haber visto al Rey caminando por su sendero usual a casa, a ella. Se imaginaba a sí misma corriendo para saludarlo, besando su cara mientras él la levantaba como a una niña pequeña. Las pilas de cartas que se acumulaban descansaban frente a ella sin ser abiertas.



Mi pobre niña.

Una mujer mayor con cabello plateado brillante recogido en dos grandes chongos en cada lado de su cabeza estaba parada en el umbral de la habitación en la mañana. Su cabello resplandecía bajo la luz del sol, sus ojos relucían con lágrimas y amabilidad. ¿Quién era esta mujer? ¿Un ángel viniendo a proclamar a la Reina?

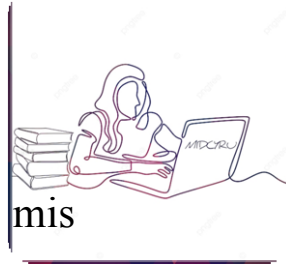
Luego una cara familiar se paró detrás de la mujer, el tío Marcus. La mujer debe haber sido la tía Vivian.

La Reina se paró para saludarlos, y Marcus se acercó y la abrazó. Él se sentía tibio y real; ella se sintió segura y protegida en sus brazos. Su corazón amenazaba con romperse bajo el peso de su amabilidad.

—Hola, tío, estoy muy feliz de verte— dijo desinteresadamente, como si apenas pudiera creer que algún día volvería a sentir algo cercano a la felicidad.

—Ya estamos aquí, querida. Tu tía Viv y yo, estamos aquí para ayudarte.

—Sólo pídelo querida, y lo haré— dijo Vivian. —Cualquier cosa, querida, si hay algo que yo pueda hacer, por favor házmelo saber. He estado donde tú estás, querida. Enferma por meses. No podía levantarme de la cama. Oh. Me sé todos los trucos. Te tendremos de



vuelta y trabajando tan pronto como sea posible. Recuerda mis palabras. La Reina asintió ausentemente.

—No te molestes en ir en contra de ella, Majestad, —dijo Marcus. — Te tendrá llena antes de que puedas decir que no. Cede. Aprendí hace tiempo que es mucho más fácil. Y delicioso también— Marcus se golpeó ligeramente en su estómago redondo.

La Reina sonrió por primera vez desde que perdió a su marido. Fue una sonrisa débil y casi forzada, pero una sonrisa aun así. Era lindo tener a alguien mayor con quien contar. Alguien que había sido tan cercano a su marido.

Con la ayuda de la tía Viv, los arreglos para el funeral estaban finalmente completados. El cuerpo del Rey fue llevado al mausoleo en una mañana lluviosa. Fue trasladado en un carruaje ornamentado que había llevado al padre del Rey y todos sus ancestros a sus tumbas. Delante del carruaje iban dos caballos negros grandes, que parecían estar sufriendo la muerte del Rey como el resto del reino.

Adentro del carruaje, el ataúd del Rey estaba cubierto de flores. Rosas rojas. Las favoritas de la Reina. Él lo había pedido en los papeles que dejó antes de su primera campaña lejos de ella. La Reina llevaba un vestido negro con encaje rojo. Su cabello estaba recogido en una trenza elaborada que se enrollaba en su cabeza. Nieves, la niña rota, estaba portando un vestido del rojo más intenso.



La Reina se preguntó si la niña volvería a ser feliz otra vez. Y si así lo fuera, ¿tendría el derecho de serlo?

La Reina, quien no había aparecido públicamente desde la muerte del Rey, se paró, con la ayuda de Verona, mientras el cuerpo era guardado en el mausoleo. Verona puso un brazo alrededor de su reina, su amiga y las guio a ella y a Nieves de vuelta al carruaje, para ser transportadas de vuelta al castillo.

—Es una pena

—Qué lástima, en verdad

—Tan joven, tan

—Hermoso que era, y ahora... se fue.

La Reina alzó la mirada hacia las hermanas

—Necesitábamos estar aquí,— dijo Lucinda.

—Esperamos que no te moleste,— continuó Martha.

—Después de todo, quedamos en tan malos términos la visita pasada— terminó Ruby.

La Reina estaba muy agotada a causa del duelo como para sentir algo además de apatía hacia las hermanas. Ahora no era el momento de indignarse.



—Gracias— respondió la Reina.

—Asumimos— prosiguió Lucinda.

— ¿Qué ya recibiste nuestro regalo?— terminó Martha.

La Reina asintió ausentemente, ni siquiera procesando de qué regalo hablaban. Sin siquiera pensar en el espejo.

—Puede ser un poco frío y bruto, ese padre tuyo— dijo Ruby. —Por favor avísanos si necesita ser domado.

Verona miró ferozmente a las hermanas paradas ahí, empapadas por la lluvia. Estaba cansada de sus acertijos y charla ambigua. Arrastró a la reina y a su hija más cerca de ella, alejándolas de las hermanas y metiéndolas al carruaje. Las hermanas dieron pasos pequeños y cortos, como de pájaro, alejándose del funeral, y la Reina no estaba segura de si era su dolor jugando con su mente o si en realidad había escuchado una risa proveniente de las hermanas mientras se alejaban.



CAPITULO XII LA REINA EN SOLEDAD

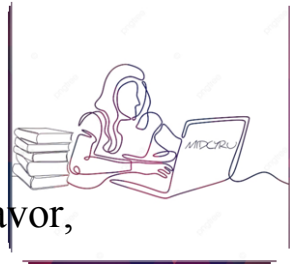
La Reina se quedó en cama por varias semanas después del funeral. Se sentía mal por rechazar a Nieves cada que la iba a visitar. Quería tan desesperadamente reconfortar a la niña, pero no podía. Verla sólo le recordaba a su esposo. Los ojos de él parecían verla desde los de la cara de Nieves. Y así mismo, ver a la Reina en este estado seguramente molestaría a la niña.

Pero no solo era Nieves. Desde la muerte de Rey, la Reina había rechazado a todos los visitantes excepto a una. Verona había estado todo este tiempo junto a la Reina, rogándole que saliera a luz del sol.

—Mi Reina, ¿acaso no verá a su hija el día de hoy? — Imploró Verona. —Tal vez podrían caminar por las tierras. Ella la extraña demasiado. Han pasado semanas desde que salió. Ella ama al tío Marcus, a la tía Viv y al Cazador, pero la necesita.

—No me siento lista todavía, Verona— respondió la Reina.

—Muy bien. Recuérdele cuando este en sus momentos más oscuros. Estaré aquí cuando sea que me llame.



—Lo sé, hermana. Y estoy agradecida por ello. Ahora, por favor, déjame sola.

Verona hizo una reverencia y abandonó el cuarto, pero la Reina sabía que tenía intenciones de regresar. Verona no era capaz de pasar mucho tiempo lejos de la Reina.

Tan pronto como confirmó que la puerta tenía seguro, la Reina caminó hacia el espejo —un ritual que realizaba diario desde el funeral. Ella ansiaba que el Esclavo apareciera ahí. Ella quería —necesitaba— noticias de su esposo y afirmaciones de que se encontraba bien en el más allá.

Pero lo único que la miraba de vuelta cada que buscaba, era su propio reflejo. Se miró a sí misma, rota y entumecida. Se veía andrajosa y demacrada. Sus ojos y mejillas hinchadas acentuaban sus manchas y otras imperfecciones. Y su cabello no había sido lavado ni trenzado en semanas.

Despreciaba en lo que se había convertido. Tal vez su antigua belleza había sido simplemente un encantamiento después de todo... uno conjurado por su esposo. Y cuando él murió, su belleza —una falsa— murió con él. ¿Cómo es algún día pensó que era bonita? ¿Que lucía como su hermosa madre, o rivalizaba, de cualquier manera, a la primera esposa del Rey, o incluso a la pequeña Nieves?



Luego, mientras veía su odiada cara, al borde de un desprecio del cual nunca podría recuperarse, algo empezó a tomar forma en el cristal. En una niebla giratoria dentro del espejo, el Esclavo apareció. La Reina sintió un dejo de esperanza y posiblemente hasta alegría, emerger dentro de ella.

—Ha sido un largo tiempo, hija. ¿Disfrutaste el funeral? —preguntó el esclavo.

Los labios de la Reina se endurecieron.

—Fue una hermosa ceremonia correspondiendo a un hermoso hombre y celebrando su hermosa vida. Ahora necesito algo de ti.

— ¿Y qué es eso?

—Noticias de mi esposo.

La cara en el espejo se rio.

—Las noticias sobre él se terminaron al igual que su vida.

— ¿Acaso tú no ves todo? —preguntó la Reina.

—No puedo ver más allá de la tumba. Pero tengo la habilidad de ver cualquier cosa en estas tierras. Puede ver cosas que te pondrán sumamente triste. Y puede ver cosas que probablemente te harán muy, muy feliz.



— ¿Qué podría hacerme feliz ahora que mi esposo está muerto? —
preguntó la Reina.

—Creo que lo sabes, —respondió la cara, y después se desvaneció.

La Reina golpeó el cristal y llamó al esclavo, pero éste se había ido.
Aunque la Reina no sabía cuándo volvería, sospechaba que lo haría.
Cuando lo hiciera, ella estaría preparada.

Mientras tanto, ella tenía un mensaje que mandar.

A pesar de que vivían a casi una tierra de distancia, las hermanas llegaron sólo un día después de que la Reina las mandó a llamar. Verona se quejaba y fruncía el ceño mientras entraban al castillo, apresurándose y parloteando como lo hacían usualmente. Ella veía la velocidad de su llegada como otro acontecimiento raro para agregar a la lista de los que las hermanas habían acumulado. Blanca nieves desapareció por sí sola, y los asistentes en la corte parecían molestos por la presencia de las mujeres.

Sin embargo, no tuvieron que lidiar con ellos por mucho tiempo. La Reina había pedido que las hermanas fueran llevadas a su habitación inmediatamente después de su llegada a la corte.

—Hermanas, —dijo la Reina, —bienvenidas.



—Nos sentimos —dijo Lucinda.

—Privilegiadas, —terminó Ruby.

—Las cicatrices de la pérdida de tu marido sobre ti —dijo Martha, arrancando un cabello gris de la cabeza de la Reina.

La Reina se removi6 inc6moda. Hace un tiempo la Reina hubiera desterrado a las hermanas del reino por hacer tal cosa. Pero haba algo que necesitaba y sabia que s6lo las hermanas podian darselo.

—La 6ltima vez que nos vimos... —comenz6 la Reina.

—El funeral —un d6a tan triste— s6, triste, triste, muy triste, —las hermanas cacarearon.

—La 6ltima vez que nos vimos, —la Reina comenz6 de nuevo, ignorando sus interrupciones, —ustedes hablaron de mi espejo.

Tres sonrisas espeluznantes aparecieron en los rostros de las hermanas.

—El espejo m6gico, —dijo Lucinda.

—El portal al Otro Mundo, —continuo Ruby.

—El que contiene el alma del Creador de Espejos, —dijo Martha.

—As6 que saben sobre 6l, —reconoci6 la Reina.



— ¡Claro que sabemos! Fuimos—

—Nosotras quienes lo creamos—

—Aunque no lo creamos, como en templar y recubrir—

—Pero nosotras capturamos el alma del Creador de Espejos—

—No capturamos, —escupió Lucinda —él nos la cedió—

—Y nosotras la capturamos, atamos en telaraña mientras flotaba fuera de su cuerpo y arriba, arriba, arriba—

—Y nosotras quienes la tomaron y encerraron—

—En el Espejo Mágico. No lo olviden, hermanas—

—Fue él quien lo pidió, él quien suplicó—

—Él quien intercambió su alma.

Las hermanas comenzaron a cacarear de nuevo.

La Reina miró a las hermanas fríamente.

—Exijo que me digan más. ¿De qué intercambio están hablando?

Las hermanas empezaron una historia que estaba menos fragmentada de lo que la Reina alguna vez las había escuchado decir.



Hablaron como una sola.

—Verá, el Creador de Espejos, su esposa quería un hijo, lo quería más que a nada. Pero ella era estéril. Y el Creador de espejos no soportaba verla infeliz. Y nosotras, nosotras no podemos soportar ver a alguien tan infeliz, así que atrapamos al creador de espejos. Le dijimos que podíamos hacer que su esposa pudiera tener un hijo. Pero el costo no era pequeño—

—Su alma, —completó la Reina

Las hermanas asintieron de acuerdo, después continuaron.

—Así que la niña era de ella —y de él— pero él nos debía bastante...

La Reina se quedó perpleja con sus emociones. Ella debía odiarlas por lo que le habían hecho a su padre, pero la Reina odiaba tanto al hombre que se reconfortaba con su manera de aprisionarlo.

Continúen, la reina ordenó.

—Así que cuando el niño nació, cerramos el trato por su alma, él tenía su regalo —su hijo. Reclamaríamos su alma una vez que se deshiciera de su hilo mortal. Una lástima —una ironía— que tu madre no viviera para apreciar su sacrificio.

—Le entregamos el espejo a tu marido, —dijo Lucinda.



—Y te hicimos el favor de que él te lo entregara a ti, —concluyó Ruby.

—Oh cielos, debió ser muy duro para ti haber estado sin ninguno de tus padres amorosos, —dijo Martha sonriendo.

—Pero ahora, con el Espejo Mágico, tu padre estará siempre cerca, —dijo Lucinda quien también estaba sonriendo.

—Creo que me dijeron algo en el funeral. Acerca del espejo. Acerca de mi padre. Acerca de domar el espíritu dentro, — dijo la Reina, volviéndose cada vez más ansiosa.

— ¿Estás teniendo problemas? ¿No está funcionando bien? ¿Estás teniendo problemas llamando a tu padre, querida?, —preguntaron las hermanas cambiando confusamente de una oradora a otra.

—Sí, —dijo la Reina. —¿Podrían enseñarme a domar al espíritu?

Las hermanas ahogaron una risa.

— ¿Estás segura de que eso es lo que deseas? —preguntaron.

La Reina asintió.

—Podrías ser llevada a la ruina por las cosas—

—Que él te diga,

—Prosigan. Es una orden, —la Reina chasqueó.



Las hermanas se juntaron frente al espejo y se tomaron de las manos. Sostuvieron sus brazos sobre sus cabezas y empezaron a recitar:

Esclavo en el Espejo Mágico,

Ven desde el lugar más lejano.

A través del viento y oscuridad t e invocamos.

¡Habla! Déjanos ver tu cara.

Un viento frío empezó a soplar por el cuarto, y las cortinas bailaron como fantasmas. Una flama apareció en el espejo, y luego la cara apareció en una niebla morada giratoria, justo como lo había hecho todas esas veces anteriores. Pero algo era diferente. La cara en el espejo era casi inexpresiva y mucho más dócil de lo que antes había sido, ¿Lo que habían dicho era cierto? ¿Su encantamiento lo había domado?

— ¿Qué desean saber, hermanas?

Las hermanas ahogaron una risa,



—¿Por qué has sido tan revoltoso con tu nueva ama? —preguntaron las hermanas.

—No he sido amable con Su Majestad, eso lo sé, pero como verán, ella nunca me ha invocado con el poder que me encadenó por ustedes.

Las hermanas se rieron otra vez.

—Puedes retirarte ahora, Esclavo, —dijeron las hermanas. Y la cara en el Espejo Mágico se disolvió en un remolino de niebla morado.

— ¿Este tutorial fue apropiado, Su Majestad? —preguntaron las hermanas.

—Bastante, —dijo la Reina sonriendo. —Pueden irse.

—Antes de que nos despida — dijo Lucinda.

—Le hemos dejado otro regalo— continuó Ruby.

—Lo encontrará en su calabozo. Úselo — dijo Martha.

—Bien — terminó Ruby.



Cuando la tarde cayó y las hermanas habían abandonado el castillo, la Reina se acercó al Espejo Mágico, aún cansado, pero más esperanzada ahora que encontraría lo que estaba buscando ahí. Estaba tan concentrada en el espejo que no le dedicó ni un pensamiento al segundo regalo de las hermanas. Observó el cristal reflectivo y consideró qué es lo que iba a preguntar. Luego recitó el encantamiento de las hermanas e invocó al Esclavo del espejo.

— ¿Qué desea saber, mi Reina? —preguntó el Esclavo.

—Deseo saber sobre mi esposo, ¿él está bien? ¿Está entre los dioses o entre los demonios?

—Se lo había dicho antes, mi Reina, no puedo ver más allá de lo que puede ser visto.

La Reina Consideró esto. Todas sus esperanzas por saber qué había sido de su marido tras su muerte la fueron abandonando lentamente. Apenas y podía ver su reflejo más allá de la cara en el espejo. Pero lo que podía ver la asustaba. Era tan fea como su padre había dicho que era. Sólo había otra cosa además de noticias sobre su marido que podría levantarle el ánimo.

—Dime, espejo, ¿quién es la más hermosa del reino? —dijo desesperadamente.



— ¿Está segura de que desea que yo le responda? —preguntó el Esclavo

—Lo estoy —dijo la Reina apretando sus dientes.

—Sepa que estoy atado a la verdad —contestó el Esclavo.

—Entonces, si no soy yo, dime quién es, —la Reina dijo, enfureciéndose.

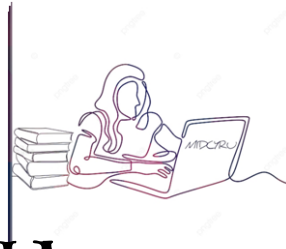
—Nunca dije que no fuera usted. Le dije que no podía mentir. Pensé que debería saberlo antes de meterse a este territorio.

La Reina se burló y asintió. — ¿Quién es ella, Esclavo? ¿Quién es la más hermosa de todas? —preguntó la Reina.

—Usted ha sido desgastada por esta experiencia. Está deteriorada y... —dijo el Esclavo.

— ¡Dilo de una vez! —gritó la Reina, golpeando sus puños sobre el manto de la chimenea y vociferando. — ¿Quién es la más hermosa de todo el reino?

—Usted lo es, mi Reina, —respondió el Esclavo. Luego desapareció en un remolino de niebla y la Reina pudo ver su cara una vez más. Entrecerró sus ojos y una sonrisa malvada apareció en un extremo de su boca.



CAPITULO XIII ENVIDIA

Poco tiempo después de su intercambio con el Esclavo del espejo, la Reina finalmente salió de su habitación, luciendo tan regia como siempre. Y había sido como Verona dijo que iba a ser— el reino había esperado para reconocer a la Reina como su única gobernante. Y lo hicieron de la manera más grande posible.

El día era in remolino de pétalos rojos flotando mágicamente en el aire, evocando al día en el que se casó con el Rey, lo que causó una punzada de dolor en su pecho y la amenaza de lágrimas. Nieves se acercó corriendo a la Reina y la abrazó por las rodillas. Verona se paró al lado de ellas y sonrió.

—Oh mamá, ¡te he extrañado tanto! —chilló la niña. El tío Marcus y la tía Viv saludaron desde los lados mientras la Reina tomaba a Nieves entre sus brazos y la multitud vitoreaba.

El día estaba lleno de festivales, banquetes y alegría. Y mientras la noche caía y la Reina regresaba a su habitación. Se encontró a sí misma llena de una nueva confianza. Se acercó al espejo en cámara y dijo a su reflejo:

—Yo soy la más hermosa de todas.



Se sintió renovada, no sólo por la aceptación del reino hacia ella, sino por algo completamente diferente. Todos esos años atrás, después de la muerte de su padre, ella pensó que había exorcizado su fantasma de su mente. Pero no había sido así. No hasta que vio su cara diciéndole lo bonita que era —la más hermosa del reino, de hecho— fue que sintió un gran peso liberado. Ella tenía poder sobre él ahora, de la manera en que él lo había tenido sobre ella todos esos años atrás. E iba a hacer uso de él.

Invocó al Esclavo del espejo, justo como las hermanas le habían enseñado. Cuando apareció en remolinos de flamas y plumas de humo morado, recitó el encantamiento y luego continuó:

—Espejo mágico en la pared, ¿quién es la más hermosa de todas?

El Esclavo, quien estaba atado a la honestidad, le admitió a la Reina que ella era la más hermosa de todas, y la Reina se tranquilizó. El miedo de que se hubiera convertido en la bruja demacrada que su padre creía que era se desvaneció. Cualquier inseguridad que ella pudo tener desapareció. Hasta su profundo dolor por la muerte del rey fue aminorado cuando escuchó y vio al Esclavo en el espejo.

El alma, la misma cara de su padre que alguna vez la lastimó con palabras degradantes u despectivas, admitió que ella era bonita, que era la más hermosa del reino.



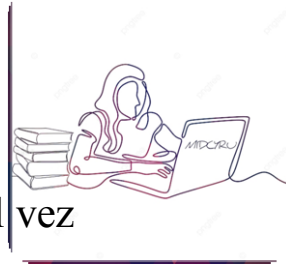
La Reina pronto se dio cuenta de que en los días en los que se olvidaba consultar al espejo, ella se sentía desagradable, amargada y ansiosa. Se enojaba fácilmente con sus asistentes, hasta a los más cercanos, Verona y Nieves. Se encontraba a sí misma corta de aire, con una opresión en su pecho. Y ella sabía que la única manera de curar esa afección era ceder a su obsesión de regresar al espejo, a la cara de su padre, para escucharlo decir que ella era encantadora. Que era bonita. Que era la más hermosa de todas.

Y así se convirtió en un ritual de la Reina. Cada día ella consultaba el Espejo Mágico, envuelta y poseída por su vanidad, aún dolida por la muerte de su marido. Ella usaba la validación de su padre para curar todas sus pesadillas de pérdida, de envejecer, de ser la cosa, la terrible y fea mujer que su padre siempre le había dicho que era.

El Espejo. Por su parte, siempre le dijo a la Reina la verdad. Que era la más hermosa del reino. Y luego, inesperadamente. Le dio a la Reina otra respuesta.

—Conocida es su belleza, Su Majestad, pero otra doncella encantadora veo...

Una terrible rabia hirvió dentro de la Reina. Se sintió transformada. Nunca había experimentado un sentimiento como este. Se sentía terrible y absolutamente genial al mismo tiempo. Jamás sintió tantos



celos, o que una emoción así podía desencadenar tanto enojo, tal vez hasta odio. Y con ese odio un poder innegable.

—¿Quién? ¿Quién es ella? ¡Habla, Esclavo! —ladró la Reina

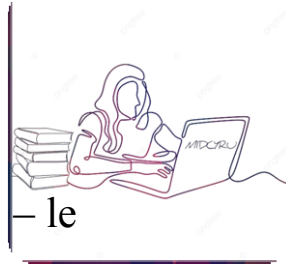
—Pena y pérdida, mi Reina, aún no han disminuido su belleza; su cara no está rayada con la tragedia. Tampoco está marcada con dolor y sufrimiento como usted claramente lo está. Esta sirvienta—

— ¿Sirvienta? — la Reina preguntó bruscamente.

—No puedo negar que usted es bonita, mi Reina. Pero tampoco puedo mentir. Usted es opacada por Verona. Ella es la única mujer en el reino que la supera en belleza.

— ¡Cuánto deseé tu amor cuando era niña, cuánto habría prosperado si tan sólo me hubieras mostrado un poco de aprobación! ¿Y ahora, lo usas para destruirme y a la mujer que más quiero en este reino, la única familia que me queda? No, no te creo. De hecho, no creo que nada de esto esté pasando en realidad. ¡Debo estar soñando o bajo un hechizo, estoy segura de que despertaré y encontraré que esto sólo fue un sueño horrible provocado por mi sufrimiento y dolor! — dijo la Reina.

—¿entonces estaría más feliz sin mí, mi Reina? Fue su llamado el que me trajo aquí en primer lugar; pero si mi presencia le causa



sufrimiento, la dejaré felizmente, hasta que me vuelva a invocar, — le dijo el Esclavo. Y la imagen de su padre desapareció del espejo.

Justo después, Verona entró a la habitación, tomando a Nieves de la mano y brillando con regocijo. Verona era tan hermosa y encantadora. Y por primera vez en su vida, la Reina la odio por ello.

—Me disculpo por molestarla, Su Majestad —dijo Verona. —Pero la recepción para celebrar una luna entera desde su regreso está por comenzar, y pensamos que podríamos acompañarla al gran salón donde todos esperan para recibirla.

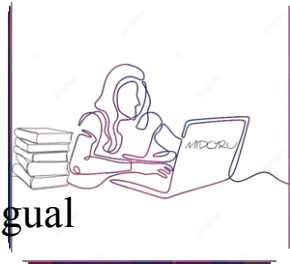
—Sí claro, gracias, Verona, —dijo la Reina. Pero de pronto no sintió ese amor fraternal que siempre había experimentado hacia Verona.

—Entonces, ¿continuamos?— preguntó Verona, claramente incomodada por las miradas de la Reina.

—No hasta que haya besado a mi encantadora hija, Nieves. —
¿Nieves, cómo te encuentras en este día, mi preciosa criaturita?

—Feliz de verte, mamá. Te extrañé cuando estabas enferma y estoy muy feliz de que hayas estado bien por tanto tiempo.

—También te extrañé, mi pajarita, lamento no haberte visto tanto como debía mientras estaba indispuesta.



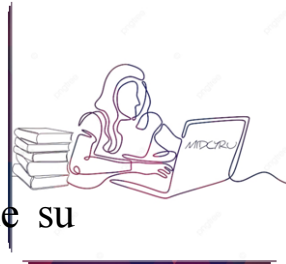
—Estoy feliz de verte ahora, mamá. Te ves muy linda hoy, al igual que Verona. ¿No lo crees, mamá?

—Sí, se ve bastante encantadora, —la Reina respondió inexpresivamente. —Muy bien, entonces prosigamos y disfrutemos de este día como era lo planeado.

Y las tres bellezas se encaminaron hacia el gran salón. ¿Podría haber sido la imaginación de la Reina o realmente había muchas miradas puestas en Verona mientras entraban? La Reina intentó borrar todos los pensamientos de lo que el Esclavo había dicho sobre Verona. Pero le resultaba imposible distraerse a sí misma de sus palabras. Y con el paso de la tarde y los días siguientes, el Esclavo en el espejo siempre respondía de la misma manera.

Verona era la más hermosa de todas.

La Reina se estaba en una encrucijada entre el amor que sentía hacia esta mujer que había sido como una hermana para ella, y su — ¿también era amor? — que sentía por su padre. No, era algo más terrible que el amor. Su aprobación era una obsesión y una adicción. Y Verona, simplemente por estar en la corte, impedía que la Reina recibiera la afirmación diaria de su padre que ella tanto necesitaba.



¿Y por qué quería esa aprobación de su padre? ¿Qué diría de su naturaleza que él la encontrara bonita otra vez simplemente por actuar a causa de los celos? ¿Qué diría de la de *ella*?

Así que la Reina se dijo a sí misma que no era la vanidad lo que la había hecho mandar a Verona o un reino vecino para una tarea diplomática. No, era simplemente por el bien de la salud mental de Reina y por conservar la amistad de la mujer.

Para Verona, la despedida implicó varias lágrimas. Nieves tampoco podía contener su tristeza. Después de todo, la niña había perdido tanto. Y ahora la mujer más cercana a ella, además de su madrastra, se estaba yendo también. La Reina permaneció como piedra, helada, indiferente. Y justo después de que el carruaje de Verona partiera, la Reina se puso su capa y regresó a su habitación con el Espejo Mágico.

La Reina azotó la puerta y se dirigió hacia el espejo. Dudó. ¿Y si no había funcionado? ¿Y si Verona solo era la primera de muchas en el reino que eran más hermosas que ella? La Reina finalmente encontró el valor e invocó al Esclavo en el espejo. Buscó en su corazón sus motivaciones. Mientras las flamas empezaron a aparecer en el espejo, parte de ella deseaba que el Esclavo no se materializara. Ella realmente no sabía qué posibilidad le daría tranquilidad: encontrarlo o no.



Y luego, el Esclavo apareció en su remolino de humo morado.

—¿Qué desea saber, mi Reina?

—Espejo Mágico en la pared, ¿quién es la más hermosa de todas?

— dijo.

—Usted, mi Reina, es la más hermosa de estas tierras ahora que Verona puso pie en arenas distantes.

La Reina toda la tensión ser liberada de su cuerpo, cada uno de sus músculos se relajó. Inhaló profundamente y suspiró. Pero algo dentro de ella seguía intranquilo. ¿En qué se estaba convirtiendo? ¿Cómo es que eligió su propia belleza sobre su más querida compañera?

—Esclavo, tengo otra pregunta para ti, —dijo.

—Estoy atado a la honestidad, mi Reina.

—Tal vez sea la más hermosa del reino. ¿Pero cómo puedo ser feliz otra vez?

—La felicidad es belleza, y la belleza es felicidad. La belleza causa alegría ya sea poseída por un hombre, mujer, niño o niña.

—Cómo desearía que eso fuera cierto.



CAPITULO XIV INOCENCIA

ENCANTADA

No pasó un día después de la partida de Verona en que la Reina no se sometiera a la compulsión de consultar el Espejo Mágico. Escuchar a su padre decirle lo hermosa que era la ayudó a levantarle el ánimo. Pero se sintió más sola que nunca. Quizás era la pérdida de su esposo y su soledad lo que la llevó al espejo todos los días, pero sintió que había algo más que la impulsaba a buscar la aprobación y el amor de su padre. A veces sentía que tenía que mirarse en el espejo simplemente para asegurarse de que estaba en el mundo. Que ella era humana y no simplemente una niebla gris flotante que acechaba las paredes del castillo.

Se sentía real y viva cuando se miraba en el espejo; se sentía empoderada por su belleza. No, no solo empoderada, sino invencible. La vida de la reina se convirtió en una rutina monótona. Cada día, después de consultar el Espejo Mágico, se retiraba a su mazmorra. No fue hasta mucho después de la partida de las hermanas que la Reina recordó el regalo del que las hermanas habían hablado durante su última visita. Estaba tan consumida por el espejo que no pensó en nada más. Pero meses más tarde, llegó una nota de las tres donde únicamente decía:

¿CÓMO TE ESTÁ YENDO CON NUESTROS REGALOS?

La nota le había recordado a la Reina que las hermanas le habían dejado algo en el calabozo. Quizás era algo que podría apartar su



mente del espejo. O tal vez era algo que poseía un poder similar y solo podía acentuar sus habilidades mágicas.

En el calabozo, la Reina descubrió un viejo baúl gastado. Lo abrió y los murciélagos volaron hacia ella, y rápidamente se levantó la capa para protegerse de las repugnantes bestias.

Luego descubrió los dones: libros de hechizos y encantamientos; frascos de cosas extrañas, polvo de momia, ojos de sapo, costras para dormir; vasos de precipitados y morteros y majaderos. Y un caldero.

La reina rápidamente se interesó mucho en los libros y pronto aprendió a usarlos en conjunto con las cosas extrañas que las hermanas habían dejado. Sus primeros hechizos fueron torpes y no funcionaron muy bien, o no funcionaban en absoluto. Al principio, intentó un hechizo para hacer que su cabello, ya negro, fuera más oscuro que la pluma de cuervo. Pero en lugar de transformar su cabello al color del ala del pájaro, le impartió la textura, y la Reina pasó días intentando esconder su cabeza cubierta de plumas de la corte hasta que descubrió una manera de revertir el hechizo. En otra ocasión, sin darse cuenta se tiñó las manos de verde y las marcó con verrugas. Y luego intentó una poción que haría que su voz fuera más meliflua que la de nadie en las tierras, lo que resultó en que croara como un sapo. Cuando trató de crear un antídoto, cantó como un pájaro y siseó como una serpiente, antes de que finalmente recuperara su propia voz. Lo que los ciudadanos del reino asumieron que era solo otro de los lapsos de la reina en la tristeza solitaria resultaron ser retiros de una semana, luego un mes, luego un año en su cámara, antecámara, mazmorra y la sala de la mañana para practicar las artes místicas. Aparte de sus aposentos y la mazmorra, pasó mucho tiempo en los parapetos, inspeccionando el



reino. Quizás buscando a alguien, cualquier cosa que pudiera ser un desafío para su belleza. Debería haber desconcertado a la Reina que se hubiera vuelto tan cerrada, tan fría. Pero ella razonó que era comprensible; nunca quiso experimentar el dolor que sufrió cuando perdió a su esposo. Nunca más. En su belleza, tenía algo que haría que la gente la amara y la admirara, tal vez incluso la temiera. Y tenía la intención de mantenerlo por todos y cada uno de los medios a su disposición. Se imaginó su corazón como un espejo roto, sus pedazos tintineando dentro de ella, un pensamiento que la hizo sentir completamente inhumana. Se había vuelto distante con aquellos a quienes una vez amó. Incluso su hija, Blancanieves, fue mantenida en un lugar apartado, por el miedo de la Reina a destrozar su corazón por completo si sucediera algo que pudiera arrancar a Nieves de su mundo. No se atrevía a pasar más de unos momentos en compañía de la chica. Porque con cada año que pasaba, la belleza de Nieves aumentaba y la Reina comenzó a sentir algo más que amor por la niña. Algo terrible. Pero ella no podía pensar en eso. Una mañana temprano, años después de la muerte del Rey, alguien llamó a la puerta de la Reina. Era Tilley, la dama de honor de la reina desde que Verona fue expulsada hace tanto tiempo. Tilley siempre hablaba en voz baja, y esto era lo que a Nieves le encantaba de la mujer: la reina lo resentía, y lo veía como una prueba de una naturaleza débil.

—Mi Reina, ¿Dónde le gustaría romper su ayuno?— Preguntó Tilley.

La Reina parecía frustrada y Tilley hizo una mueca de anticipación.

—En el gran salón, por supuesto, niña estúpida. He estado comiendo allí desde que estás aquí. —



Tilley parecía angustiada

— ¿Qué es, Tilley? ¡Sal con eso!— La Reina le ladró.

—Es solo que Blanca nieves mencionó que quería desayunar en la sala de la mañana. Pensó que sería un buen cambio—.

La Reina sonrió y le preguntó a la pobre niña: — ¿Es Blanca nieves la reina de estas tierras?—

Tilley parecía nerviosa, —No, mi reina. Lo es usted, por supuesto—.

La Reina prosiguió: —Entonces, por favor, lleve mi comida al gran salón y dígle a Blanca nieves que se espera que rompa su ayuno conmigo—.

—Sí, mi Reina. Haré que una de las mujeres traiga su agua de baño ahora. —

—Eso es todo, Tilley, gracias. —

La reina se preguntaba cómo podía estar rodeada de mujeres tan emplumadas. Seguramente no era tan insolente cuando era joven. ¡Desayuno en la sala de estar, si claro! La reina salió de la cama, abrió las cortinas y miró hacia el patio.

Nieves estaba sentada junto al pozo, el pozo de la Reina, alimentando a los pájaros azules. Se había convertido en una hermosa joven. Nieves no pareció darse cuenta, pero un joven apuesto cabalgaba por los jardines y detuvo su caballo para poder mirarla. Parecía hechizado por su belleza. De hecho, parecía como si se estuviera enamorando allí mismo. La reina cerró las cortinas de un tirón firme y se acercó al espejo.

—Espejo mágico en la pared, ¿quién es la más bella de todas?—



—Tú, mi Reina, eres la más bella—.

La Reina sonrió, pero algo dentro de ella se sintió frío y helado. Algo la inquietaba sobre este hombre que se acercaba a Blanca nieves. ¿Celos? ¿Era eso lo que había obligado a la reina a correr hacia el espejo? ¿Estaba resentida con Nieves por su belleza? ¿Su juventud? ¿O era más benévolo? ¿Estaba protegiendo a Nieves del amor? Después de todo, mira donde el amor había dejado a la Reina.

La Reina se dirigió hacia el gran salón. Había llegado a amar esta habitación por las mismas cosas que le causaron incomodidad cuando llegó por primera vez: era cavernosa e imponente. Se sentía como una reina aquí, y le agradaba sentarse regiamente en el trono mientras las vidrieras arqueadas proyectaban una hermosa luz azul en la recámara.

Nieves estaba sentada a la derecha de la cabecera de la mesa luciendo pura, inocente y hermosa. La Reina se dirigió a su asiento y se quedó mirando a Nieves, que ya estaba sentada. Le dio a la niña una mirada y asintió con la cabeza para indicarle a Nieves que se levantara para saludar a su madre.

Nieves vaciló y luego se puso de pie: —Buenos días, madre—.

—Buenos días, Nieves.— La Reina tomó asiento e indicó a Nieves que hiciera lo mismo. —¿Entonces escuché que preferirías romper tu ayuno en la sala de la mañana?— ella dijo.

—Sí, pensé que podría ser un buen cambio; esta habitación es tan grande solo para nosotras dos. Recuerdo que cuando era niña teníamos comidas familiares en el comedor más pequeño o por la mañana —.



— ¡Suficiente!— espetó la Reina. Pero por dentro, la Reina recordó lo felices que fueron esos días. Ahora no se atrevía a cenar en esas habitaciones. Le dolía demasiado sin su marido. Y Nieves, toda mayor, la niña inocente que se convierte en una mujer hermosa. La reina miró hacia la belleza de piedra sobre la repisa de la chimenea. Parecía severa y con desaprobación, como si estuviera leyendo los pensamientos de la reina.

—Prefiero esta habitación, Nieves. Ya hemos hablado de esto antes. Si quieres comer en la sala de la mañana, hazlo, pero no me importa dónde rompes tu ayuno. Pero no me uniré a ti —. Nieves parecía decepcionada.

—Nunca te vería si desayunáramos en diferentes habitaciones—, dijo.

—En efecto. —

Nieves simplemente negó con la cabeza.

—Me estoy cansando de tu actitud, Blanca nieves. No permitiré que me mires así. Dije que podrías comer en cualquier habitación que desees. ¿Qué más quieres de mí?—

Blancanieves miró a su madre con ojos tristes. —Nada, madre. No importa. —

—Muy bien entonces, hay algo que he querido mencionar desde hace un tiempo, creo que es hora de que asumas la responsabilidad. No tienes habilidades de las que hablar, y como no parece tener pretendientes, no podemos asumir que te casaras —.

Nieves pareciera confundida.



—Le he dicho a Tilley que te proporcione algo de ropa de trabajo para que puedas ayudarla con algunas de las tareas del castillo. Creo que te hará bien—.

—No me importa ayudar a Tilley. A menudo lo hago de todos modos—, dijo Nieves.

La Reina prosiguió: —Pero no permitiré que arruines tu linda ropa. Deberías usar algo más apropiado para las tareas que tienes entre manos—.

—Por supuesto, madre—.

—Ve con Tilley y ella te vestirá con ropa de trapo. Eso será adecuado para el tipo de trabajo que esperamos de ti—.

Nieves se puso de pie y salió apresuradamente del gran salón. La Reina respiró hondo. Pensó en sí misma al borde de la feminidad, y en algo que Nanny le había dicho entonces

No creas las mentiras de tu padre, mi pequeña. Él no te ve cómo eres y temo por tu alma si alguna vez permites que su oscuridad permanezca en tu corazón. Eres hermosa, querida, de verdad. No lo olvides nunca, incluso si no estoy aquí para recordártelo

Ella siempre había sido hermosa y ahora su padre, cuyo espíritu fue capturado en el espejo, estaba obligado a decir la verdad. La Reina sintió un inmenso poder en eso. Se levantó de la mesa, atravesó la puerta arqueada, luego avanzó por el pasillo y se detuvo en el tapiz con la imagen de un gran manzano lleno de mirlos. Recordó la historia que le había contado a Nieves tantos años atrás sobre la mujer que podía convertirse en dragón. Ahora se sentía muy parecida a esa mujer, aislada y sola, tan diferente de todos los que conocía. Movié el tapiz a un lado y reveló un pasadizo que

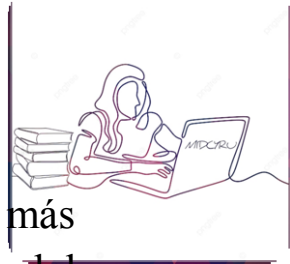


conducía a la mazmorra. Mientras la reina bajaba las escaleras, arrastró la mano por las paredes de piedra. Se sentían frías y duras al tacto, y eso le gustó. Abrió las ventanas para dar un poco de aire a la habitación y vio un gran cuervo negro sentado en la repisa. No había pasado tanto tiempo en la mazmorra como cuando descubrió los libros y las pociones, cuando todo era nuevo. Pero todavía pasaba muchas de sus tardes y noches allí. Con el tiempo, se había familiarizado con los libros de las hermanas y los hechizos que contenían. Muchos de ellos la hacían lucir joven y hermosa. Pero recientemente había estado experimentando con otros tipos de hechizos. Tenía belleza y poder. Pero ella quería más. Los libros y hechizos habían sido intimidantes y extraños cuando empezó a incursionar en ellos. Pero ahora sus cubiertas de cuero polvoriento, algunas grabadas con calaveras plateadas, otras claramente marcadas por qué aspecto de la magia se detallaba en su interior, parecían menos siniestras y más hermosas. Recordó lo torpes que fueron sus primeros hechizos. Ahora, los libros eran tan familiares como viejos amigos.

—Mirlos en huelga que buscan en el cielo, traigan sus noticias del mundo exterior—, dijo la Reina, recordando la historia que le contó a Nieves esa tarde lluviosa hace tanto tiempo. Un cuervo saltó por la ventana como convocado y la miró con sus ojos amarillos. Decidió dejarlo quedarse y hacerle compañía mientras leía los libros de las hermanas. Entonces, una voz la llamó desde arriba.

— ¿Disculpe? Mi Reina, ¿está usted aquí abajo? ¡Es muy urgente!—

La reina estaba enojada consigo misma por haberle dicho a Tilley dónde pasaba las tardes. Es cierto que la cámara en la que se encontraba era remota, pero eso no significaba que un visitante entrometido no tropezaría con su laboratorio. Inmediatamente



pediría a uno de los trabajadores que instalara una puerta más resistente con un cerrojo más fuerte para sellar la cámara del calabozo.

—Sí, Tilley, estaré arriba—. La Reina le dio unas palmaditas en la cabeza al cuervo y luego subió las escaleras para ver de qué se trataba todo el alboroto. Tilley parecía inusualmente angustiada. —¿Entonces qué es?— preguntó la Reina.

Tilley se quedó de pie, temblando, incapaz de hablar.

— ¡Sal con eso, niña!—

La sirvienta finalmente encontró su voz. —Es Blancanieves, me estaba ayudando a sacar agua del pozo y de alguna manera ella... ella... ¡se cayó por el borde!—

La Reina salió corriendo de la habitación y entró en el patio donde encontró a Nieves tendida en el suelo, empapada e inconsciente. Un joven angustiado, el mismo que la Reina había visto cabalgando por los jardines, se inclinaba sobre su cuerpo. Ahora que lo vio de cerca lo reconoció como un joven príncipe de una tierra vecina. La Reina centró su atención en la forma inerte de su hija y su corazón se detuvo. Su madre, su marido y ahora su hija, muerta. La reina estaba paralizada por el miedo y el dolor. Y luego Nieves empezó a toser. El agua se derramó de sus labios rojo rubí y parpadeó para abrir los ojos.

—¡Gracias a los dioses!— dijo la Reina, apretando sus manos contra su pecho y abrazando a la niña.

El príncipe pareció completamente aliviado.

Él le puso la mano en la mejilla con ternura y dijo: —Gracias a Dios que estás viva—.



Nieves lo miró con los ojos de su padre, buenos ojos, y dijo: —
Gracias—.

Claramente estaba enamorada de este joven.

La Reina intervino y dijo: —Gracias, joven señor, pero yo tomaré el relevo desde aquí—.

—Por supuesto, mi señora, ¿puedo llamar de nuevo mañana por la tarde para ver cómo está la hermosa doncella?—

La reina se dio cuenta de que se estaba enamorando de ella. —Tal vez, si ella está a la altura. Tilley te llevará por la parte trasera del patio si quieres refrescarte antes de partir. Gracias por tu ayuda. —

Luego, la Reina agarró a Nieves por el brazo y se la llevó al castillo.



CAPITULO XV UN REGRESO



Habían pasado meses desde el accidente de Blancanieves en el pozo, y el joven príncipe que la había salvado había venido a visitarla varias veces. Esa mañana, en el jardín, mientras Nieves ayudaba a Tilley, el príncipe pidió una audiencia con la reina.

La reina sabía que pediría la mano de Nieves en matrimonio. Antes de que pudiera hacer su solicitud, la Reina quería dejar lo más claro posible que no regresaría al castillo. Así que rápidamente decidió que dejaría el asunto en paz de inmediato.

—Estoy tratando de no herir tus sentimientos, jovencito, pero me has puesto en una situación muy incómoda en la que me temo que no debo ser más que perfectamente franca. Blancanieves no te ama y no puedo dejar que mi hija se case con alguien a quien ella no ama —, dijo.

El príncipe pareció abatido.

—Puedo ver que pensaste lo contrario. Lo siento, querido Príncipe. Quizás ella estaba intentando no herir tus sentimientos; realmente debería haber sido honesta contigo—, dijo la Reina.

El príncipe se fue sin decir una palabra más. La Reina le diría a Blancanieves que el Príncipe había dejado una nota diciendo que no la amaba y que quería terminar su noviazgo antes de que Nieves pensara que sentía más por ella de lo que realmente sentía. Había



hecho lo correcto, incluso si eso significaba mentirles a ambos. Incluso si les rompía el corazón ahora, no era nada comparado con perderse el uno al otro por la tragedia, la traición o la muerte. Pero ella no pudo evitar sentirse malvada también. Y eso la aterrorizó y la consoló a la vez. En algún lugar de su corazón sabía que sus motivaciones también estaban impulsadas por los celos. Sentía envidia de que Nieves tuviera a alguien que la quisiera y ella no. ¿Cómo podía quedarse allí y verlos prometerse el uno al otro amor cuando su amor fue amurallado? ¿Y qué pensaría el Rey de su Reina ahora? A veces se imaginaba que la estaba mirando desde dondequiera que estuviera, juzgándola por lo que se había convertido en sus malas costumbres. Sintió que algo más dentro de sí, se estaba apoderando de ella y que ya no tenía ninguna capacidad para controlar sus propias acciones.

Pero no, Blancanieves le agradecería algún día por evitar su dolor de corazón. Ella lo entendería. La reina corrió a su habitación y se dirigió de nuevo al espejo. Necesitaba consuelo y lo recibió. Como de costumbre, ella era la más bella. Pero cuando la Reina se miró en el espejo, no parecía la misma mujer. Sí, era hermosa, pero había algo diferente en sus ojos. Había una dureza en su belleza, era fría y distante. Pensó que añadía elegancia y majestad a su comportamiento, algo que una reina debería poseer. Pero no sofocó sus temores de que se estaba perdiendo en el dolor, el miedo y, sobre todo, la vanidad. Su único consuelo al parecer era su Esclavo, su padre, en quien había llegado a confiar en sus años de soledad.

Ella le preguntó: —¿Te parezco muy cambiada?—

—De hecho, mi reina, sí—, dijo.

—¿Cómo es eso?— ella preguntó.



—Eres majestuosa y elegante—.

—¿Te parezco fría?— preguntó la Reina.

—No, mi Reina, no eres fría, simplemente has madurado y te has convertido en una mujer distinguida de alto rango. Eres la Reina y no puedes ser molestada con asuntos del corazón—.

Asuntos del corazón: no parecía que fuera hace mucho tiempo que su corazón la gobernaba. Pero ahora, gobernando un reino en soledad, su corazón parecía casi perdido. Como si sus pensamientos estuvieran abiertos para él, el hombre en el espejo continuó

—Una mujer de su altura no puede ser gobernada por sus emociones, no sea que sea incapaz de manejar las tareas que tiene entre manos—.

Y con ese consejo se ocupó de los asuntos del día. Pero pronto se enfrentó a algo que no esperaba. Tilley llegó corriendo por un pasillo.

—Mi Reina—, gritó, sonriendo. — ¡Ha llegado una fiesta!—

—No esperaba a nadie. Pídales que se vayan—, dijo la Reina con amargura.

Pero antes de que Tilley pudiera darle la orden, alguien había entrado en el pasillo.

—Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que la vi, Majestad. La he extrañado durante muchos años—.

La Reina sintió un torrente de emoción —Verona.

Rápidamente se miró en el espejo del vestíbulo para disipar cualquier temor de que se viera harapienta. El pobre corazón



destrozado de la reina dio un salto y luego se hundió rápidamente. No sabía qué pensar de esta visita.

Verona se enamoró de su misión y se casó con un Lord. La reina sintió esa emoción que ahora le resultaba familiar: una mezcla de alegría y celos por su amiga. Habían estado muy unidas en algún momento y ahora se preguntaba cómo había pasado tantos años sin la compañía y la amistad de Verona. La idea la confundió, pero lo enterró profundamente en sí misma, resuelta a no dejar que su amor debilitara su sentido de la fuerza. A pesar de su alivio por tener a Verona fuera del reino, la había extrañado mucho, especialmente durante los primeros meses después de su partida. Se sintió helada y horrible cuando pensó en eso, enviando a su amiga más querida por el bien de la vanidad y el egoísmo. Ver a Verona en el castillo despertó algo en la Reina, algo humano y cálido. Sí, estaba feliz de tener a su amiga de vuelta en su compañía. La Reina organizó una espléndida velada solo para ellas dos en el gran salón. La habitación estaba iluminada con velas y la mesa estaba llena de alimentos ricos y sabrosos que sabía que eran los favoritos de Verona. La comida fue maravillosa, pero la conversación fue incómoda. ¿De qué se habla con un viejo amigo después de haber recordado lo suficiente? Después de la comida, las dos señoras se retiraron a la sala de estar, donde disfrutaron de buenos espíritus, lo que ayudó a la conversación.

—Lamento haberte enviado lejos, Verona—, dijo la Reina, aunque en realidad sólo una parte de ella lo lamentó. —Si tuviera la oportunidad de tomar la decisión nuevamente, no creo que la enviaría desde este tribunal—.



—Oh, pero nunca hubiera conocido a mi señor. Le estoy agradecida, Majestad. Ha traído una inmensa felicidad a mi vida, y se lo agradezco—, dijo Verona.

—¿Lo amas , entonces, a este esposo suyo?— preguntó la Reina.

—Sí, por supuesto, ¿por qué harías esa pregunta?— Verona dijo.

—Solo estoy cuidando tu corazón, mi querida amiga, eso es todo. Me angustiaría verte herida por la pérdida de él. Él está de campaña, ¿no? Deberías prepararte para su muerte—.

—¡No lo haré! ¿Por qué dirías tal cosa?— Verona dijo, levantándose de su cómoda silla.

—Porque así es la vida, querida Verona. Nos toca perder nuestros amores y sentir que nuestros corazones se rompen a raíz de esa pérdida. Te protegería de eso si pudiera, amiga mía, pero no hublo nada que nadie pudiera decirme que me preparara para la ruptura de mi alma cuando el Rey partiera de mi vida —.

Los ojos de Verona se llenaron de tristeza.

—Recuerdo bien ese día, mi Reina, y mi corazón está contigo, lo hace; pero no puedo vivir con el temor de perderlo, por temor a no vivir mi vida en absoluto. ¿Puedo hablar francamente con usted, Majestad? —

—Sí, siéntase libre de hablar con franqueza como siempre, Verona. Eres una vieja amiga y eso tiene sus privilegios—, dijo la Reina con frialdad.

—Me parece que ha cambiado mucho, Majestad. Está más hermosa que nunca, pero algo dentro de usted ha cambiado. Temo por su infelicidad y soledad—. Verona continuó, —Blancanieves me ha



escrito varias veces, expresando su preocupación por ti. Está preocupada de que estés tan cerrada a ella. Ella te ama tanto, Majestad, y me rompe el corazón pensar en ustedes dos solas en su dolor cuando se tienen la una a la otra en busca de consuelo y fuerza —.

—Nieves sabe lo querida que es para mí, Verona. Sin ella moriría— dijo la Reina.

—¿Por qué, entonces, nunca buscas su compañía? Nieves es una joven extraordinaria, Majestad. Incluso ahora, después de muchos años de casi abandono, todavía sería una gran amiga para ti, si tan solo extendieras tu mano— Verona suplicó.

—¿Te atreves a insinuar que he abandonado a mi hija?— espetó la Reina.

—Perdóneme, Su Majestad, pensé que podía hablar honestamente con usted—.

—Eso dije, pero me rompe el corazón, Verona, escuchar estas palabras. No sabes lo que es sentir que tu corazón se rompe a raíz de la tragedia, ¡y deberías rezar para que nunca lo hagas! —

Verona negó con la cabeza. —Por favor, mi Reina y mi amiga. Por favor, ve con tu hija, ella no está muy lejos de esta corte, ya que se acerca a la edad apropiada para casarse, y no la vería irse de este reino sin conocer el amor de su madre—.

El amor de su madre. Las palabras resonaron en la Reina. Había abandonado a Blancanieves por espejos mágicos y libros de hechizos de las extrañas hermanas. ¿Estaba tan enojada, tan trastornada por la pérdida de su esposo, que debería tener demasiado miedo de amar a su hija por temor a perderla? ¡Seguro que era una



locura! ¿Y por qué se necesitaron las palabras de Verona para hacerle ver esto claramente por primera vez? Nunca debería haber enviado a su amiga, esta mujer a la que una vez llamó hermana, lejos de la corte, para pasar tanto tiempo sin su compañía, sin su consejo y su amor. Quizás se podría haber evitado mucho si Verona hubiera estado aquí durante tantos años. Entonces la Reina encontró algo dentro de ella que no había sentido en mucho tiempo.

Su corazón destrozado se sintió repentinamente reparado.

—Me complacería mucho que extendieras tu estadía, Verona. Por favor, di que permanecerás aquí durante toda la campaña de tu esposo. He estado sin tu compañía durante demasiado tiempo y no deseo que te alejes de mí de nuevo tan rápido. —

—Sí, por supuesto, Majestad, estaría feliz de quedarme en la corte con usted y Blancanieves—.

—Gracias, Verona. ¿Hacemos un picnic en el bosque mañana, como en los viejos tiempos, las tres?—

—Eso sería lindo, Su Majestad. Estoy segura que eso hará muy feliz a Nieves también.

—Muy bien, entonces —respondió la reina—. Dejaremos atrás a ese idiota de Tilley. Nunca en mi vida me había encontrado con tanta incompetencia.

La Reina se rió y Verona se rió con ella, pero de camaradería. La risa de la Reina fue de poder y desdén, y la de Verona ya no fue la risa incómoda. Mientras la Reina estaba sola en su habitación, comenzó a sentirse inquieta. Ya había interrogado al Esclavo hoy. Pero eso fue antes de que Verona regresara. Necesitaba volver a visitarlo. Necesitaba saber. Tropezó a través de la habitación oscura.



Se acercó al Espejo Mágico y convocó al esclavo. Luego hizo su pregunta.

—No puedo determinar quién es más bella con Verona en la corte, mi Reina—, respondió el esclavo. —Tu belleza está tan cerca, los elementos de ella casi superan a los tuyos. Mientras que los elementos tuyos casi eclipsan a los de ella. —

La Reina luchó contra el impulso de desterrar a Verona, incluso de matarla. El impulso era poderoso, pero la Reina encontró una vieja fuerza dentro de ella, forjada en torno a la amistad y el amor, que le permitió luchar más duro.

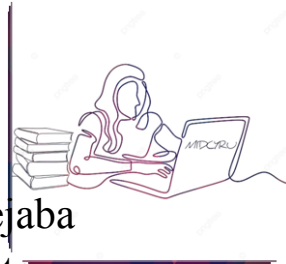
Arrancó las cortinas de sus ventanas y las envolvió alrededor del espejo. Luego llamó al buen amigo del tío Marcus, el Cazador. Él era quizás el hombre más fuerte de la corte y podía realizar fácilmente la tarea que tenía entre manos. Llegó rápidamente y ella empujó el espejo hacia él.

—Llévate esto y entiérralo en lo profundo del bosque. No dejes ningún marcador de su paradero, y nunca, no importa cuánto te implore, nunca me digas dónde lo has enterrado — esta parte es primordial, ¡nunca me digas dónde lo has enterrado! ¿Entiendes? —

—Sí, mi Reina—, respondió el Cazador.

—Y no le cuentes absolutamente a nadie de esta conversación o dónde la has escondido, y hagas lo que hagas, no busques saber qué está envuelto en esta tela. Yo sabré si me has engañado de alguna manera—.

—Nunca te engañaría, mi Reina. Nunca. Solo deseo buscar tu favor—, dijo el Cazador, inclinándose.



La Reina observó desde su ventana mientras el Cazador se alejaba en un carruaje de dos caballos, con el Espejo Mágico envuelto y guardado en la parte trasera. El Cazador desapareció en el bosque, llevándose consigo lo que había reforzado a la Reina desde su mayor pérdida, pero que también se había convertido en su mayor debilidad



CAPITULO XVI TORMENTO



Tener a Verona en la corte debería haber sido un gran consuelo para la Reina, pero no pudo evitar que su mente se desviara hacia el Espejo Mágico o su ubicación, y esto la hizo especialmente molesta y fácilmente agitada. Era una locura que estuviera tan consumida. Sin duda, si le preguntaba al Cazador, él no tendría más remedio que seguir sus órdenes. Quizás después de persuadirlo, revelaría la ubicación. Pero, ¿se sometería a ese tormento, el conocimiento de que era demasiado débil para mantenerse alejada del espejo? ¿Y le haría saber al Cazador también esta debilidad? Los días que siguieron fueron pura agonía. La Reina estaba tan absorta en su necesidad del Espejo Mágico que la perseguía incluso en sus sueños, dejándola insomne y enferma. Cada día que se separaba del espejo, parecía enfermarse, tanto que a menudo se sentía cerca de la muerte. A menudo se despertaba aterrorizada por un sueño que la dominaba dejándola inquieta ... En el sueño estaba en el bosque, buscando frenéticamente el espejo. El dosel de los árboles oscurecía el cielo, dejándola sola en la oscuridad y con miedo. Las hermanas también estaban allí, yendo y viniendo, cambiando de forma como ocurre en los sueños. La Reina se encontraba con un montículo de tierra recién removido y comenzaba a cavar con sus propias manos. Desesperada por encontrar el espejo,



cavaría durante lo que parecía una eternidad, sus manos sangraban, su cuerpo débil y su mente giraba fuera de control. Finalmente, sentiría algo suave y húmedo cubierto de tela. Después de desenvolverlo, descubriría allí, en la tela, un corazón, con la sangre cayendo por sus manos.

—¿Mamá?—, Oía ella. Sería Nieves, una niña una vez más, de pie con una expresión de terrible tristeza en su carita, su bata blanca cubierta de sangre, goteando de donde alguna vez estuvo su corazón. Su rostro en blanco; sus ojos hundidos y ennegrecidos, su piel pálida y su expresión de reproche. Las hermanas siempre estaban cerca, riendo con su risa espeluznante. La Reina se movía para gritar, pero no llegaba ningún sonido, estaba tan paralizada por el miedo. Todas las mañanas se despertaba empapada en sudor, ansiosa por este sueño exacto o uno similar. Envió un temblor a través de ella y la hizo sentir débil. Ella no tenía control sobre su propia voluntad. Ella se sintió derrotada. Una noche soñó con las hermanas.

—¡Por ahí!— gritaron, de pie en el bosque, apareciendo y desapareciendo bajo el cielo de medianoche sin luna.

—Guardo

—aquí

—el

—espejo

—mágico

—tu

—esclavo.



Charlaron y rieron, y la luna iluminó sus horribles rostros de muñecas con un brillo azul pálido. Y cuando se despertó a la mañana siguiente de este sueño, encontró algo envuelto en tela sucia sentado en el suelo junto a su cama. Sus manos también estaban cubiertas de tierra y su camisón estaba hecho jirones y cubierto de barro. Pensó que todavía debía estar soñando. ¿O se había ido al bosque en busca del espejo mientras dormía? Por primera vez en más de una semana se sintió renovada, su fuerza regresó a ella y su sentido de sí misma regresó. Desenvolvió el gran objeto y allí, mirándola, estaba su reflejo. Se derrumbó sobre el espejo y lo abrazó como un amante perdido regresó. Algo dentro de ella había cambiado. Verona tenía razón. No era la misma mujer que se había casado con el rey tantos años atrás; ella era algo completamente diferente y la asustó. Pero también le dio una sensación de fuerza y poder. Nunca volvería a separarse del Espejo Mágico. Su vida, su alma, parecía depender de ello. Abrió la tela que cubría el espejo dejando al descubierto su rostro.

—Espejo mágico en la pared, ¿quién es la más bella de todas?—

—Tu belleza es incomparable, pero Verona es la más hermosa—.

—Quizás entonces—, dijo la Reina, sonriendo con malicia, —es hora de que se vaya—.



CAPITULO XVII OTRA DESPEDIDA



A la mañana siguiente, la Reina estaba rompiendo su ayuno con Verona en el salón de la mañana cuando el Cazador trajo a Blancanieves. Se veía hecha jirones, sus trapos sucios y rasgados más de lo habitual, y su rostro estaba muy magullado.

—¿Qué ha pasado?— Preguntó la Reina mientras se levantaba de su asiento casi derribando una tetera.

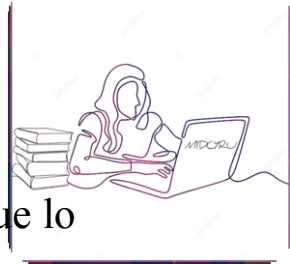
—Mi caballo estaba asustado, no podía controlarlo—. El Cazador interrumpió a Nieves —Ella estaba montando a Lurid, mi Reina, el nuevo semental. Le advertí que no estaba en condiciones de montar, pero ella lo sacó mientras yo cazaba—.

La Reina se enfureció, —¡Podrías haber muerto, Nieves! ¿Qué estabas pensando viajando sola?—

Nieves no respondió.

—Estabas sola, ¿no es así?—

Nieves miró sus zapatos.



—¿Estabas con él? ¿Después de que te prohibí expresamente que lo volvieras a ver?—

Nieves bajó la cabeza en admisión.

—¡Vete ahora, antes de que te golpee; ni siquiera puedo mirarte!— gritó la Reina.

Nieve se mantuvo firme. —¡Me dijo lo que dijiste, madre! Le mentiste, dijiste que no lo amaba. ¿Cómo pudiste?—

La reina abofeteó a Nieves en la cara. Verona parecía horrorizada.

—¡Mi Reina, por favor!— Verona gritó.

La reina giró la cabeza como una víbora enojada y le espetó a Verona: —¡Silencio!—

Nieves estaba llorando, sollozaba tan fuerte que no podía hablar. Verona fue a su lado y la rodeó con sus brazos.

—Ya ni siquiera sé quién eres—, dijo Verona amargamente a la Reina. —Te has convertido en una mujer fría y malvada, y no hay nada de la amiga que una vez amé dentro de ti—.

—Entonces no tendrás ningún problema con que te desterre de este reino, querida Verona. Para siempre. Y tengo la intención de desterrar a esa niña incorregible junto contigo. Pero pensándolo bien, hay una vida para ella aquí. Este castillo tiene un uso para ella. Los establos de los caballos nunca han estado tan limpios. Las dependencias nunca han olido tan frescas —, dijo la Reina con sarcasmo.

—Majestad...— comenzó el Cazador.

— ¡Silencio! O sufrirás la misma suerte—, le ladró la Reina.



Nieves hundió la cara en el pecho del Cazador y sollozó. La hizo salir de la habitación y Verona la siguió de cerca. Entonces Verona pidió a los sirvientes que recogieran sus pertenencias y, tras despedirse de los rostros familiares de la corte que no había visto en años, abandonó el castillo. La Reina la vio irse y luego se retiró rápidamente a su habitación. Se acercó al espejo, pero temió la respuesta del Esclavo. No se atrevió a preguntarle. No podía soportar escuchar que no era la más bella, no esta noche. Entonces se retiró a la cama. Y a la mañana siguiente se despertó sintiendo una nueva oleada de energía. Verona estaba lejos de la corte. Estaba segura de que el esclavo del espejo tranquilizaría su corazón.

—Espejo mágico, en la pared, ¿quién es la más bella de todas?—

—Lo eres tú, mi Reina...—

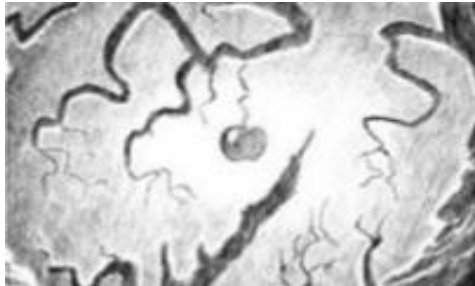
La Reina se sintió incómoda. —Siento vacilación en tu voz, Esclavo. Háblame—, dijo la Reina.

—Usted es la más bella, Majestad. Pero no me pida que le aconseje sobre el estado de su corazón—.

La Reina escupió sobre el espejo, luego se levantó la capa y salió furiosa de la habitación mientras el Esclavo del Espejo Mágico desaparecía en una nube de humo púrpura.



CAPITULO XVIII ENFERMEDAD DE LOS SUEÑOS



— ¡Muéstrame a Blancanieves! — Blancanieves corría por el bosque oscuro, llena de miedo y angustia. Estaba presa del pánico, sola y volvía al castillo. Volviendo a su madrastra, quien seguramente castigaría al Cazador por intentar lastimarla, y tejiendo mentiras de que ella planeó la muerte de su propia hija.

— Niña tonta. — El bosque cobró vida; era visceral y peligroso. Quería la vida de Blancanieves. La rabia de la reina penetró los árboles, dando vida a sus ramas sin hojas. Como si fueran manos, las ramas de los árboles rasparon y agarraron a Nieves, atrapándola, inmovilizándola contra el suelo. Se envolvieron alrededor de su cuello, ahogándola y arañando su pecho por su corazón. El bosque haría lo que el Cazador no pudo.

Los ojos de Nieves se llenaron de terror, gritó: — ¡Mamá, por favor ayúdame! —

El corazón de la Reina se derritió en ese momento. Los árboles liberaron a Blancanieves de sus garras. La niña corrió hacia el interior del bosque, donde los árboles oscurecían el cielo por completo. Ella estaba en pura oscuridad, rodeada de ojos brillantes



que la miraban amenazadoramente. Estaba sola en el miedo y corrió, sin saber si el camino la llevaría a un lugar seguro o a la muerte. La magia de la Reina no podía ir donde Nieves vagaba, ella escapó del bosque y fuera de la vista de la Reina.

La Reina se despertó de un sobresalto. Sintió un escalofrío y no deseaba nada más que el calor y la comodidad de su cama. Se quedó allí durante días, conjurando solo la energía para hacer una visita diaria al Espejo Mágico y una caminata ocasional hacia la ventana para asegurarse de que Blancanieves estuviera limpiando el castillo y evitando al Príncipe entrometido. Incluso desde lejos, se dio cuenta de lo hermosa que se había vuelto Nieves. No solo en apariencia sino, como su padre, en su corazón puro. No pasaría mucho tiempo antes... No, la Reina no podía permitirse pensarlo. Se sentía sola, abandonada por su marido, y ahora Nieves también estaba lejos de ella. No, eso fue un sueño. ¿O no lo era? Todo en su vida parecía estar enredado ahora: sueños y realidad, fantasía y pesadillas. Sintió que se había convertido en algo más que humano, algo completamente ajeno a sí misma. Se preguntó si su padre había vivido sus días en ese estado. En estos días ella vio mucho de él dentro de ella. Una noche, tarde, se despertó con el camisón empapado en sudor; se sentía débil y le dolía todo el cuerpo. Se levantó y vertió un poco de agua en su lavabo para refrescarse cuando notó algo en el suelo. Eran charcos de sangre mezclados con huellas, que iban desde la cabecera de la cama de la reina hasta la puerta de su habitación. La Reina tomó una antorcha para encenderla y siguió el rastro sangriento fuera del castillo y hacia el bosque. El bosque estaba ennegrecido, como devastado por un incendio; no había luz de la luna ni de las estrellas. Era un lugar muerto, arruinado por sus celos y su odio. La única fuente de luz era la antorcha que llevaba. El rastro sangriento finalmente terminó.



Un corazón estaba apretado dentro de las ramas como garras de un árbol muerto, que parecía una fruta extraña y sangrante, la sangre brillaba en las ramas a la luz de las antorchas. La Reina se quedó allí, sintiéndose vacía y sola, el terror se apoderó de su propio corazón.

—¿Mamá?— La Reina se volvió sobresaltada.

Allí estaba Nieves, una niña una vez más. Su rostro más blanco que la muerte, sus ojos como agujeros negros y su vestido blanco cubierto de sangre.

—Mamá, ¿puedo por favor recuperar mi corazón?—, la Reina gritó ¿Qué había hecho?

—¡Su Majestad, por favor despierte! Está teniendo una pesadilla —, insistió Tilley.

— Mi niña me necesita. Vino aquí anoche ... ¡porque me necesita! ¡El bosque se apoderó de su corazón! —

Su doncella se limitó a mirarla, desconcertada.— No, mi Reina, Blancanieves está en el patio; ella está bien. —

— ¡Pero la sangre en el suelo! ¡Está ahí, mira! —

—Debe haber roto algo en la noche y pisado el cristal. Majestad, ha estado enferma. —

—No, es sangre de Blancanieves. ¡Vino aquí en la noche, lo juro!

—Mire sus pies, Majestad, están sucios y sangran. Está enferma, por favor vuelva a la cama, necesita descansar.

— Déjame en paz, moza idiota. —



La Reina miró la sangre y el vidrio en el piso de su habitación. Nieves se le había acercado durante la noche, ¡lo sabía! Su pequeña estaba perdida y sola y buscaba su corazón. Aunque había estado haciendo poco más que dormir estos últimos días, se desmayó de cansancio una vez más.

—Debes matar a Blancanieves si quieres sobrevivir, si deseas recuperar tu belleza—.

Preferiría deshacerse del espejo y dejarse morir.

—Si Blancanieves vive, será lento y doloroso, hija. Te quedarías hasta la muerte durante muchos años, tu alma pudriéndose dentro de ti, marchitando tu cuerpo hasta convertirse en una cáscara; todos te mirarán con lástima y disgusto. desearas la muerte y no sentiras liberación incluso después de que te hayan enterrado profundamente en el suelo. La magia del espejo —los hechizos de las hermanas— te mantendrán con vida incluso en la oscuridad. Sufrirás por la muerte, sentirás la necesidad de ella, querrás buscarlo, pero tu cuerpo no podrá hacer cumplir tu voluntad. Estarás atrapada dentro de ti, sola y en agonía —.

—¿Por qué estás haciendo esto?—

—Te he odiado desde el día en que viniste a este mundo—.

—¿Entonces todo esto eran mentiras? ¿Por qué?—

—Venganza, por la muerte de tu madre, por la ruptura de mi alma.

La Reina se despertó de nuevo, recordando las palabras de su padre en su sueño. Recordó haber dicho palabras similares a Verona sobre la pérdida de su esposo. Tenía fiebre y estaba enferma, y su mente no era la suya. ¿Por qué estos pensamientos la invadían? Luchó contra ellos, pero no pudo evitar sentir que había desperdiciado su



vida, por deseos vanos y un amor que su padre nunca tuvo por ella. Y ahora se iba ver obligada a matar a su hija. No, eso era un sueño. El espejo no la dominaba. Su mente estaba confusa; no podía determinar la realidad a partir de las pesadillas y descubrió que no podía mantenerse despierta, sino que retrocedía en su febril paisaje onírico ... Se miraba en el espejo, —Soy como tú, Padre. He abandonado a mi hija. Desprecio su belleza. —

— Siempre has sido como yo. Una parte de mí vive dentro de ti; compartes mi sangre. Estamos atados por eso y por la magia del espejo. Parte de mi alma está en ti—

—Somos dueñas de tu alma—, llegaron las voces de las hermanas. —Si tu alma está en ella, ella también es nuestra. ¡Tal como lo estaba tu esposa, antes de que la tomáramos!—

—¡Nadie es mi dueño !— gritó la Reina.

Las hermanas se rieron y luego se desvanecieron. La Reina salió a trompicones de su habitación sintiéndose entumecida y caminó por el camino familiar que ella y Blancanieves solían vagar cuando Nieves aún era una niña. El tiempo se le había escapado por completo y terminó caminando mucho más lejos de lo que pretendía. Ella estaba de nuevo en el Bosque Muerto. Todo estaba ennegrecido y apestaba a azufre. Ella había hecho esto. Su odio y miedo no solo arruinaron este bosque sino la totalidad de su vida. Todo estaba perdido para ella ahora. Por el rabillo del ojo vio algo verde y rojo en el negro vacío. Era una manzana brillante y reluciente que colgaba de un árbol en este Bosque Muerto. Se preguntó cómo no lo había notado de inmediato; se veía extraordinario y extraño entre los árboles muertos. Algo en eso le dio esperanza. Cogió la brillante manzana del árbol muerto, la puso en los pliegues de su sencillo



vestido, se tapó la cabeza con el chal y se dirigió a una pequeña cabaña en las profundidades del bosque.

Cuando la reina despertó de su sueño febril, Tilley se estaba poniendo un paño frío en la cabeza.

—Necesito algo de comer. Una... una manzana—, murmuró la Reina con los labios resecos.

Tilley tomó el paño de la frente de la reina y lo colocó en un cuenco con agua de rosas fría. —Ha estado soñando, mi Reina.— Y ella prosiguió: —Nieves está afuera y le gustaría verle—.

La Reina casi la rechazó, pero luego se lo pensó mejor. —Sí, pídale que entre. —

Tilley llamó al asistente de la puerta y Blancanieves entró en la habitación. Ella era tan bella. El sol parecía seguirla adondequiera que fuera. Los harapos que vestía solo acentuaban su belleza al contrastarla con su andrajosidad. Ella era tan joven, tan dulce, tan hermosa.

—Siento que estés tan enferma, madre. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?—

—La hay. Por favor, ¿podrías buscarme una manzana? ¿La más roja y brillante que puedas encontrar?— preguntó la Reina, mientras Tilley continuaba limpiándole la frente.

Nieves miró a la moza que le devolvió la mirada cansada. —Por supuesto, madre, te recogeré una manzana si quieres—, dijo Blancanieves.

—Gracias, mi pajarito—, respondió la Reina, entrando y saliendo de su estado de sueño.



La Reina se acercó a un gran árbol cubierto de musgo donde sabía que crecería una raíz que induciría el sueño, porque prosperaba en la oscuridad y la humedad. Sintióse helada y malvada, cavó en la tierra. La raíz estaba allí como había pensado. Sacó su pequeña daga y abrió la raíz; sus aceites se derramaron por todas sus manos, recordándole sangre. Sintió maldad, un escalofrío la inundó. ¿Qué la había llevado a cometer actos tan horribles? Frotó la sustancia aceitosa de la raíz sobre la manzana. Haría dormir a Nieves, un sueño mortal. Quizás la Reina también debería darle un mordisco a la manzana, y luego podría estar con su hija sin temor a lastimarla. Se aventuró por el bosque y llegó a un claro en el bosque, y allí estaban reunidas las hermanas.

—Entonces—

—Has descubierto —

—La manzana venenosa, ¿verdad?— Luego, las hermanas tomaron a la Reina por los brazos y la arrastraron hasta el otro extremo del claro. El Espejo Mágico estaba allí, y Lucinda sostuvo a la Reina frente a él, mientras Martha y Ruby estaban a su lado, mirando boquiabiertas el reflejo de la Reina. Su rostro, su hermoso rostro, se fundió en un viejo y arrugado desastre, surcado por las marcas de la edad y salpicado de verrugas. Podía oler su propio aliento y era asqueroso, acorde con sus dientes podridos. Ella era una bruja, una bruja vieja, vil y repugnante. Las hermanas se rieron cuando la Reina se apartó de ellas. Fue difícil para ella correr, ya que su espalda ahora estaba encorvada en este nuevo cuerpo. Corrió y corrió por el bosque, tan rápido como sus piernas la permitían. Y luego llegó a una cabaña. Allí estaba Nieves. Pero ahora no la reconocería. La niña —ahora una mujer— era tan hermosa. Pero algo andaba mal, no parecía su yo vibrante, algo dentro de ella había



cambiado. En ese momento, la Reina entendió. Ella había tomado su corazón. No físicamente. No, ella todavía vivía. Pero la reina se había apoderado del espíritu de su hija cuando la abandonó. Nieves estaba hablando con animales callejeros; parecía tener muchos de ellos en la cabaña y dentro. Se preguntó si la terrible experiencia había hecho que la mente de Nieves estuviera enferma; el pensamiento aplastó su corazón. La Reina se preguntó si incluso en este estado —con aspecto de una vieja bruja y Blancanieves delirando de miedo y dolor— la niña podría reconocerla. Algo en los ojos de Nieves le dijo que sí. Pero no era posible. Con un pajarito en la mano, Nieves sonrió a la anciana con esa pequeña sonrisa suya. Ella parecía una niña de nuevo. Una niña hermosa. Una mujer hermosa. Seguramente, más bella que la Reina. —¿Hola cariño Cómo estás hoy?— Blancanieves se quedó allí mirándola como hipnotizada.

—Tengo un regalo para ti, cariño—, dijo la Reina, entregándole la manzana a su hija.

Nieves miró a su madre a los ojos mientras tomaba la manzana.

Ahi Blancanieves dio un mordisco casi distraídamente y luego rápidamente cayó al suelo, con la manzana todavía en la mano. Y justo antes de cerrar los ojos dijo:

—Pero mi sueño ya se ha hecho realidad, mamá. Viniste por mí como sabía que lo harías. Te amo...—

La Reina se inclinó y besó a su hija y le susurró al oído, —Oh, yo también te amo, mi pajarito. Te amo mucho—.



CAPITULO XIX UNA HORRIBLE POSESION

La Reina se levantó de su cama sintiéndose mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. Ella sintió fuerza, poder, una oleada de coincidencia. En realidad, su sueño demostró que estaba en problemas y que había perdido la motivación. Pero el recuerdo de Nieves mientras estaba soñando — enferma, pálida, muerta — se quedó con ella.

Pero en lugar de eso calentar su corazón y hacerla correr hacía su hija y abrazarla, feliz de que esté viva, las imágenes solo le dieron renovados ánimos al espíritu de la Reina.

—¿Cómo podría una niña — una con vacíos ojos negros, y sin corazón— ser la posible rival de la belleza de la Reina?

Comenzó a preguntarse cómo su mente pudo estar plagada de la debilidad y sentimientos. Había estado enferma. Simple, se levantó de la cama por primera vez en muchos días, abrió las cortinas, y vio a Blanca Nieves en el pozo de los deseos, fregando sus harapos. Ella era hermosa, sin duda. Pero ni de cerca tan hermosa como la Reina.

Llamó a sus sirvientas para que le preparen la bañera, y pronto se refrescó y se vistió con su mejor vestido. Su corona descansaba cuidadosamente sobre su cabello azabache cubierto, y su capa favorita de color púrpura y negro estaba sujeta a su vestido con un colgante de oro y rubí.



Se observó en el Espejo Mágico y sonrió. Realmente, ella nunca
Había estado más hermosa.

—Esclava en el Espejo Mágico—, inició, —ven desde lo más lejano, a través del viento y la oscuridad, yo te invoco— habla. Muéstrate—

Las llamas llenaron el espejo, después disminuyó, revelando el rostro del Espejo Mágico.

— ¿Qué quiere saber, mi Reina?—

—Espejo Mágico en la pared, ¿quién es la más bonita?—

—Famosa es su belleza, majestad, pero espere. ¡Veo a una hermosa doncella! Los harapos no pueden ocultar su gentil gracia. ¡Ay! ella es más hermosa que tú.— dijo el esclavo.

— ¡Un latigazo para ella!— gritó la Reina indignada — ¿Quién Podría ser esta mujer? Revélame su nombre—ordenó la Reina.

—Labios rojos como las rosas, cabello negro como el ébano,piel blanca como la nieve...—

La Reina se sintió débil. La habitación comenzó a darle vueltas y casi pierde el equilibrio. Juntó las manos alrededor de su broche y retrocedió con horror.

—Blanca Nieves— dijo

Corrió a la ventana. Nieves seguía limpiando los escalones juntos al pozo. Mientras lo hacía cantaba y bailaba, y la Reina sintió algo muy cercano al odio por la chica. Nada, al parecer, podría amortiguar el espíritu de Blanca Nieves. ¿Cómo la chica podía estar tan recuperada después de la pérdida de su padre? ¿Qué acaso no



recordaba todos los buenos momentos que pasaron juntos? ¿Cómo pudo encontrar el corazón para sonreír, para reír y para cantar? ¿Para amar?

La Reina observó cómo el joven Príncipe pasaba junto a Blanca Nieves. Nieves se incorporó rápidamente y corrió lejos del Príncipe, sin duda temiendo la ira de la Reina, quien le advirtió que no tonteara con el chico. La satisfacción de la Reina fue breve, hasta que Blanca Nieves reapareció en el balcón debajo de ella y comenzó a cantar junto al Príncipe, quien ahora le estaba dando una serenata, no solo era la chica que estaba superando a la Reina como la más bella de la tierra, sino que también se había enamorado. Un insulto para su padre y para la Reina.

La Reina rápidamente cerró las cortinas y se sobresaltó cuando al darse la vuelta vio a las tres hermanas en su dormitorio.

—Ustedes tres. ¿Cómo pudieron llegar aquí?—

—Tenemos nuestros métodos, Majestad.— dijo Lucinda

—Y usted tiene los suyos— finalizó Ruby

— ¿Qué quieren?— preguntó amargamente la Reina.

—La pregunta es— preguntó Martha

— ¿Qué quiere usted?— terminó Lucinda

—Creo que ustedes ya conocen la respuesta, queridas— contestó la Reina.

Las hermanas comenzaron a hablar, recogiendo las frases de las demás.

—El poder es suyo, Majestad



— las respuestas que busca están en los libros que dejamos aquí
hace mucho tiempo atrás

—sobre las Artes Oscuras

—Pociones y venenos, disfraces.

— Si usted sabe dónde están

—Usted podría tener las respuestas

—Después de todo

—Viene de una gran línea de brujas

—el poder no solo está en esos libros

—Está en su sangre

—Así como estuvo

—En la de su madre

— Mentirosas— dijo la Reina, lanzando un delicado jarrón a las
hermanas.

— Oh, querida— dijo Lucinda.

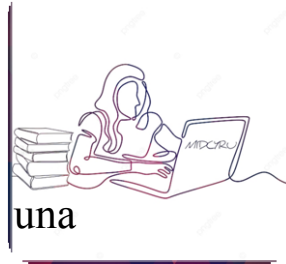
—Has desarrollado carácter— terminó Martha.

—Podría ser útil en las circunstancias actuales. — — dijo Lucinda.

—Mira, hay una manera más fácil de reclamar tu puesto como la
más hermosa. — continuó Ruby

— ¿Y cómo sería eso? — preguntó desconfiada la Reina.

—Mata a la chica— dijeron al unísono las hermanas y estallaron en
una risa enfermiza.



— ¿Matar a Blanca Nieves? Están locas— dijo la Reina. Pero una parte de ella estaba contemplando aquel destino para la chica.

Las hermanas continuaron con su risa.

— La locura está en la mente del espectador, Reina

— Es la única manera. Ella deberá morir por usted o por alguien más. ¿No quieres volver a ser la niña de los ojos de tu padre? ¿Acaso no quieres escuchar decir a Slave que eres la más hermosa?

— Claro, pero

— El amigo de tu tío Marcus, el cazador. Ordenale— dijo Lucinda.

—Que haga el trabajo,— finalizó Ruby. —Su esposo—

— Se vengará de que su hija no honre su memoria por su felicidad con ese chico real, y usted tendrá de nuevo su legítimo

—Lugar como la más hermosa de la tierra.

—Y lo mejor para todos, su sangre no estará en sus manos.

Las hermanas volvieron a soltar una carcajada. La Reina sacudió la cabeza. Podría parecer que no estaba de acuerdo con las hermanas, pero en realidad estaba luchando con el impulso de sucumbir a la sugerencia de las hermanas.

— Parece que necesitas— dijo Lucinda.

—Un poco de ayuda— finalizó Ruby.

Martha abrió su bolso y sacó una taza de té vacía.



Lucinda dijo —Mineral y metal, bondad no más— Se inclinó y escupió en la taza.

—Amor y ternura, huir; en cambio, aquí, ten una parte de mí,— dijo Ruby, inclinándose sobre el hombre de Ruby y escupiendo también en la taza.

— De una reina dolida, a una reina que gobierna,— dijo Martha, levantando la taza hacia sus marchitos labios y escupiendo también en ella. Luego, las hermanas agitaban una mano sobre la taza, y cuando la Reina pudo verla una vez más noto que estaba llena de un líquido humeante.

— Bebe— le dijo Lucinda.

La Reina se veía escéptica, pero tomó la taza. Si eso ayudaba a fortalecerla, que es lo que entendió del encantamiento, ella estaría feliz de aceptarlo.

Mientras el líquido bajaba por su garganta, sintió una infinita rabia. Pero era extraño, era un tipo de rabia focalizada que sintió que podría ser blandida como un arma. Parecía que su cuerpo finalmente había tomado el control de una parte de ella con la que había estado luchando por mucho tiempo. Y se dio cuenta que le encantaba.

—Hermanas...— dijo malvadamente la Reina, —déjenme. Ahora. O yo misma me encargare de que cada una de ustedes sea destripada, y que sus entrañas cuelguen de los árboles que rodean el castillo. Y el resto de sus restos sirvan de alimento a las bestias del foso del castillo. —

Lucinda sonrió oscuramente, y Ruby y Martha hicieron lo mismo.

—Llamanos si nos necesitas, querida,— dijo Lucinda. Después las tres desaparecieron tan misteriosamente como habían llegado.



CAPITULO XX EL CAZADOR

—¿Ha vuelto el cazador?— le preguntó la Reina a Tilley, a quien había ordenado ir a su habitación.

—No, Su Majestad, no todavía. De cualquier forma, debería de estar por llegar. Es aproximadamente mediodía. — contestó el sirviente.

—Envíalo conmigo inmediatamente después de su llegada, y dile que no se moleste en estar presentable. Entiendo que es lo que él quisiera después de un largo día de caza, pero es de vital importancia que lo vea de inmediato. —

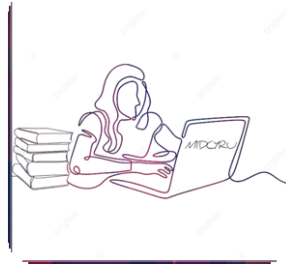
—Sí, mi Reina.—

Y con eso, Tilley abandonó la habitación. La Reina estaba demasiado nerviosa para comer. Quería desesperadamente acercarse de nuevo al espejo — y preguntarle quien era la más bonita, para escuchar a su padre decir que era ella, pero sabía que esa no iba a ser la respuesta. La idea de volver a escuchar una vez más que Blancanieves era la más bonita convirtió su corazón de piedra en polvo. Caminaba. Esperaba. El tiempo se ralentizaba, ella miraba los rostros bestiales de las mujeres a cada lado de su corazón, se imaginó transformada en dragón y matando a Blancanieves ella misma, solo si sus poderes fueran así de geniales.

Se sentó en su trono y espero la llegada del cazador. Y después escucho que tocaban la puerta de la habitación.

—Pase— llamó

Era el Cazador. Se veía rudo y sucio, con tierra pegada en sus sudorosas cejas.



— Me llamo, mi Reina.

— En efecto. Quisiera que te lleves a Blancanieves de aquí. Llévate lejos dentro del bosque. Encuentra algún claro aislado y cuando ella esté recogiendo flores——

—Sí, su Majestad— dijo el cazador.

—Y ahí, mi fiel cazador, la vas a matar— dijo la Reina

—Pero, Su Majestad, la princesa— suplicó el cazador.

—¡Silencio! Conoces el castigo si fallas— dijo la Reina.

—Sí, Su Majestad—dijo el cazador, posando sus ojos en el suelo.

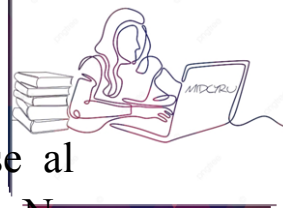
Era la vida de la chica— o la suya. O peor, la de su familia. La Reina continuó, —Para estar segura de que no fallarás, me traerás su corazón en esto.

La Reina levantó una caja de madera decorada y la empujo hacia delante para dársela al cazador. Era una caja hermosamente decorada, con un corazón atravesado con una espada como candado. Un testimonio de cuánto se había transformado la Reina, cuánto había perdido de vista las cosas que alguna vez le fueron queridas, fue que ni siquiera lo reconoció como la caja de dote de la primera esposa del Rey. La misma caja que alguna vez contuvo las cartas de la mamá de Nieves.

—No me falles.— le ordenó la Reina.

——No lo haré, Su Majestad.

El Cazador abandonó la habitación y la Reina Malvada miró desde la ventana como se llevaba a Blancanieves felizmente. La Reina sonrió felizmente. Después inició la espera.



Se paseó en su habitación durante horas. Pensó en acercarse al Espejo Mágico, pero no lo quería hacer demasiado pronto. No podría soportar escuchar una vez más que no era la más bella de todas. Ahora era el crepúsculo, y el cazador todavía no había regresado. Temió que haya perdido los nervios y haya huido de la ciudad con la chica. Después la Reina Malvada escuchó que golpeaban la puerta.

El Cazador se quedó ahí, con la mirada aturdida. Le entregó la caja a la Reina. Él le trajo el corazón de Blancanieves, justo como le había pedido la Reina. La Reina sintió un perverso sentimiento de excitación. Los antiguos miedos y debilidades no perturbaron sus pensamientos, ni atenuaron su euforia. Había tomado la decisión correcta matando a la chica. Era por el bien de toda la familia. Se sentía liberador. Y lo más importante, ella volvía a ser la más hermosa en toda la tierra.

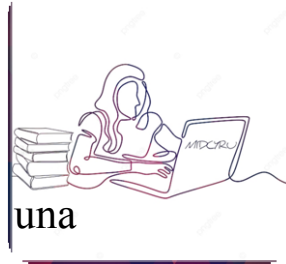
—Gracias, mi leal caballero, serás muy bien recompensado por esto. Te lo aseguro. Ahora déjame, — dijo la Reina.

El Cazador salió sin decir nada, y la Reina fue directamente al espejo. Ella había estado esperando por esto.

—Espejo mágico en la pared, ¿quién es ahora la más bella de todas?— preguntó, con una sonrisa en sus labios y la caja que contenía el corazón en sus manos.

La esclava apareció y habló. —Sobre las Siete Colinas de Joyas, más allá de la séptima caída, en la cabaña de los siete enanitos habita Blancanieves— la más bella de todas.—

La Reina no pudo reprimir una sonrisa maliciosa.



—Blancanieves yace muerta en el bosque. El Cazador me trajo una prueba. Mira, su corazón.—

La Reina abrió la caja y la levantó hacia el Espejo Mágico.

—Blancanieves sigue viva.— dijo la esclava. —La más bella de la tierra. Lo que tienes en tus manos, es el corazón de un cerdo. —

—¡El corazón de un cerdo! Me han engañado.— dijo la Reina.

La Reina se enfureció tan violentamente que los sirvientes de los pisos inferiores creyeron que el castillo podría estar cayéndose a su alrededor. Bajó las escaleras como un huracán, cruzó las puertas delanteras, atravesó el patio y los establos, donde el Cazador estaba desmontando su caballo.

—¡No la mataste!—

—No, Su Majestad, no pude. Lo siento, pero temí que usted se arrepintiera de su decisión si yo hubiera seguido sus órdenes.—

—Cometiste un gran error.— Y de su cinturón tomó su daga y se lo metió en su estómago y la retorció violentamente.

Él cayó al suelo y ella sacó la daga con la sangre todavía goteando. Su sangre se sentía caliente. Miró sus manos por un momento y después al hombre que estaba agonizando en el suelo del establo. Debería apuñalarlo de nuevo, pensó, para terminar el trabajo. Pero entonces la sangre que goteaba de la daga le llamó la atención.

Roja y reluciente.

Brillante.



CAPITULO XXI LA BRUJA Y LA MANZANA

La Reina fue directamente a los calabozos sin decirle nada a nadie, su furia le daba una gran sensación de poder. Bajo las sinuosas escaleras de piedra y la cámara se oscurecía a medida que ella descendía. En las profundidades más profundas de los calabozos estaba el cuarto donde guardaba los libros de las hermanas y practicaba las Artes Oscuras.

—¡El corazón de un cerdo! ¡ El tonto torpe! — chasqueó la Reina.

El cuervo que había volado meses antes había permanecido ahí y ahora estaba posado sobre un cráneo cerca de los libros de las extrañas hermanas. Sus alas se agitaron cuando la Reina Malvada entró en la mazmorra.

La Reina decidió que si quería a Blancanieves muerta, debería hacerlo ella misma. Pero ella era conocida por todas partes. Tendría que esconderse de alguna manera si iba a viajar por las Siete Colinas de Joyas, más allá de la séptima cascada por Blancanieves. Corrió hacía el estante donde guardaba los volúmenes de las hermanas de todo tipo de magia

—Artes Oscuras, brujería, alquimia, pociones...disfraces.

Sacó un gran libro viejo y polvoriento y lo puso sobre la mesa. Transformaría su apariencia real y majestuosa en la de una vieja vendedora. Hojeó con impaciencia las páginas manchadas y andrajosas hasta que encontró la que decía



—Disfraz de vendedora ambulante.—

La Reina preparó los vasos y puso las pociones a hervir. Después, cuidadosamente siguió las instrucciones de la receta de la poción, añadió una pizca de polvo de momia, para hacerse vieja, seguido de otros ingredientes para cubrir sus hermosas ropas, envejecer su voz, y blanquear su cabello.

Cuando la fórmula estuvo completa, la colocó en un envase de cristal y lo acercó a la ventana donde se mezcló con la fuerza del viento y de los elementos. Acercó el cristal a sus labios y bebió.

Nunca había mezclado una poción tan poderosa —y nunca había sentido una sensación como esa antes. La habitación comenzó a moverse, y la Reina estaba segura de que iba a morir. Los colores se arremolinaban a su alrededor, agarró su garganta, como si se le estuviera cerrando. Después sus manos comenzaron a hormiguear.

Las extendió ante ella y las miró. La transformación había comenzado, marchitándose en viejas manos huesudas con dedos como garras.

Su garganta le empezó a quemar. —Mi voz— dijo. Pero la voz que salió de ella no era regía y audaz —era agrietada y ronca.

Después de un tiempo la extraña sensación disminuyó. Miró dentro de un vaso de precipitación bien pulido y vio su reflejo. Era una demacrada anciana —como la de su sueño. Su barbilla estaba afilada. Una verruga adornaba la punta de su nariz puntiaguda. Y sus cejas se habían vuelto pobladas, espesas y negras. Sus ropas también habían cambiado.



Ya no estaba vestida con su vestido real, sino con un viejo saco negro con una capucha para cubrir su cabello andrajoso. Era la antítesis de todo lo que había sido. El disfraz perfecto.

No pudo evitar reírse de sí misma. Y ahora crearía una fórmula de muerte especial para la más hermosa. ¿Qué podría ser? Palpó su capa, la cual todavía contenía la manzana que le había dado Blancanieves. ¡Una manzana envenenada! La Reina recordó cuando Blancanieves era una niña, y el cuento que le contó a la Reina donde las hermanas mencionaban la fruta encantada.

Hojeó frenéticamente el libro de pociones de las hermanas y finalmente lo encontró. Una receta sobre manzanas envenenadas y los ojos de la víctima se cerrarán para siempre en el Sueño de la Muerte.

La Reina rebuscó en los botes que estaban acumulados en la mazmorra. Llenó su caldero con una cantidad saludable de caldo de zorrillo y luego agregó el resto de la fórmula —La mayoría hierbas como la dedalera y la acónito —con una pizca de cosas mucho menos ordinarias, cosas que se encuentran en funerarias en lugar de bosques.

Pronto, el caldero estaba burbujeando con un líquido verde grisáceo. La Reina examinó la manzana y sonrió. Luego ató un hilo alrededor de su tallo para poder bajarla al elixir sin tocar la poción mortal. Todo lo que tenía que hacer ahora, de acuerdo al libro de las hermanas, era recitar el encantamiento y meter la manzana en el caldero. Después el encantamiento estaría completo.

—Sumerja la manzana en la infusión, y deje que el Sueño de la Muerte se filtre. — recitó.



Y con eso, sumergió la manzana en el caldero, Cuando lo hizo, el líquido verde se volvió de un azul enfermizo, y ahora cuando la manzana emergió del baño, estaba negra y con una marca siniestra en ella, la cabeza de la muerte. Era la confirmación de que el encantamiento había sido un éxito, justo como decía en el libro de las hermanas que tenía que ser. Solo tenía que recitar un encantamiento más, y el hechizo estaría sellado

—Ahora vuélvete roja para tentar a Blancanieves —para hacerla tener hambre de un bocado.—

La manzana rápidamente pasó del negro al rojo más brillante que la Reina haya visto. Ella echó la cabeza hacia atrás y se rió locamente. Ahora estaba bien armada. Pero vaciló ¿Y si hubiera un antídoto? Volvió al libro de las hermanas y lo hojeó frenéticamente. Sí, había un antídoto

—La víctima del Sueño de la Muerte podría despertar, pero solo con un beso del Verdadero Amor. Por un momento la Reina estaba abatida y enfurecida. Después de todo, el Príncipe podría buscar a Blancanieves. ¿Qué pasaría si la encontrara, acostada allí, y besara su cadáver con dolor? Podría despertar. La Reina Malvada quitó rápidamente ese pensamiento de su cabeza. No había posibilidad de eso. Blancanieves estaba en el bosque con los Siete Enanitos. Ellos encontrarían su cuerpo y pensarían que está muerta. Y la enterrarían viva.

La Reina se rió, sorprendiendo al cuervo que habitaba el calabozo, solo tenía una cosa más por hacer, entregar la manzana. Muy pronto volvería a ser la más hermosa de todas.



CAPITULO XXII LA ANCIANA, EL CLARO Y LA CABAÑA

La Reina empacó la manzana envenenada junto a otras en una cesta. Era la única roja, para que pudiera identificarla llegada el momento. Recogió la canasta y levantó la trampilla del calabozo. Descendió una escalera oculta que conducía a un pasaje subterráneo, donde hace mucho tiempo el Rey había ayudado a la Reina y Nieves a salir invisible y apresuradamente del castillo durante un ataque. Saltó al bote y remó por el río subterráneo, que eventualmente se abrió al foso del castillo, y finalmente al pantano que rodea el bosque.

Todavía era de noche y estaba segura de que nadie la había visto

—un testimonio— pensó, del mal trabajo que hacían los guardias del castillo.

La Reina se escabulló por el pantano y salió en el bosque camino a las Siete Colinas de Joyas. Pero con su nueva forma, un cuerpo encorvado y articulaciones doloridas — no era fácil navegar por el paisaje desigual, y necesitaba detenerse para descansar.

Luego llegó a un claro que estaba iluminado por la poca luz de la luna que había logrado penetrar las nubes.

—¿Entonces vas a cumplir la escritura?— escucho una voz.

—¿Quién anda ahí?— preguntó la Reina, todavía sin acostumbrarse a su nueva voz cascarrabias.



Tres figuras emergieron de las sombras.

—Ustedes— jadeó la Reina.

—Has elegido

—El camino

—Correcto— dijeron las hermanas.

La Reina Malvada las empujó fuera del camino, y procedió cojeando adentrándose en el bosque. Ella ya tenía lo que necesitaba de ellas, sus hechizos y sus pociones. No tenía más uso para ellas.

—Esperamos que te vaya bien,— llamaron las hermanas después de que ella continuara su camino hacia las Siete Colinas de Joyas.

Fue después del amanecer cuando finalmente llegó. Escucho el rugido de las siete cascadas y siguió su sonido. Evitando cuidadosamente las bestias y criaturas de la noche. Se vió obligada a trepar árboles talados para cruzar ríos y arroyos, que en su estado no era nada fácil. Pero su determinación era tan fuerte, su voluntad de matar a Blancanieves tan grande, que logró llegar a las Siete Colinas de Joyas. Y un poco más allá de las colinas se encontraba la cabaña de los Siete Enanitos, y en ella Blancanieves.

La Reina se irguió en lo alto de la colina y contempló el paisaje de abajo. Notó un pequeño sendero desgastado que conducía dentro del bosque. El humo de la chimenea colgaba sobre las copas de los árboles cerca de donde sospechaba que terminaba el camino. La Reina echó la cabeza hacia atrás y rió. Después se dispuso a seguir el camino.

Pronto sus esfuerzos fueron recompensados. La Reina se detuvo detrás de un árbol y observó la pequeña casa. La puerta estaba



abierta y los hombrecitos de los que había hablado la esclava partieron para su trabajo diario en las minas.

Y después, la vio ¡Blancanieves!

La chica se acercó a la puerta y despidió a cada uno de los enanos. La Reina estaba disgustada y llena de odio y veneno. Cabello negro, labios como rubies, tez como la nieve, corazón de oro... bah!

La Reina era mejor. Blancanieves era una chica egoísta a quien no le importaba conservar la memoria de su padre y estaba conspirando para sobrepasar a su madre en la única cosa que le quedaba en el mundo a la mujer —su belleza.

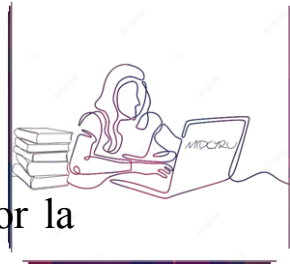
La Reina observó cómo los hombrecitos abandonaban la casa. El sol se filtraba a través del dosel de ramas de árboles llenas de pájaros. Blancanieves salió al jardín, donde alimentaba con migas de pan a los pájaros azules. La Reina salió de detrás del árbol donde estaba escondida, sus dedos se envolvieron como garras alrededor de una rama baja e hicieron un sonido un sonido enfermizo mientras clavaba las uñas en la corteza del árbol deseando que sea la carne de Blancanieves.

—No ha cambiado ni un poco, — se susurró a sí misma con su nueva voz ronca.

Espero a que Nieves regresara dentro de la casa antes de acercarse a la cabaña. La vio en la ventana abierta, feliz haciendo pasteles.

La Reina asomó la cabeza rápida y repentinamente por la ventana abierta.

—¿Estás sola, mi pequeña?— preguntó ella.



Nieves levantó la cabeza de su trabajo, claramente asustada por la repentina aparición de una anciana delante de ella.

—Por qué? sí, lo estoy, pero—— contestó la dulce chica.

— ¿Los hombrecitos no están aquí?— preguntó la Reina.

—No, no están, — contestó Nieves.

La Reina se inclinó hacia adelante y olfateó la cabaña.

— ¿Haciendo pays?— preguntó. —

—Sí, de grosella espinosa.—

Dulce.

Repugnante.

Hora de morir.

—Son los pasteles de manzana los que hacen que a los hombres se les haga agua la boca.— dijo la Reina. —Pasteles hechos con manzanas como esta.—

Tiró la manzana roja brillante de la cesta y se la mostró a Blancanieves. La chica dudaba pero la Reina utilizó cada hueso persuasivo de su frágil y viejo cuerpo para convencerla de que tome un mordisco. Blancanieves miró extasiada la manzana, y extendió su mano para tomarla y acercarla a sus labios.

Entonces de repente, la Reina se vio atacada por una horda de murciélagos. Pero no podrían ser murciélagos, era mediodía. Sintió a las criaturas picándola y golpeándola con sus alas, garras desgarrándole la piel y picos feroces que le alcanzaban los ojos con avidez. Estaba azotada por plumas.



Pájaros.

Estaba siendo atacada por bandadas de ellos. Levantó los brazos para bloquearlos y dejó caer la manzana.

Blancanieves rápidamente fue a su rescate, saliendo de la cabaña y persiguiendo los pájaros lejos. La Reina rápidamente tomó la manzana y la revisó para asegurarse de que no estuviera dañada de ninguna manera. Blancanieves se acercó para disculparse, y la Reina vio la oportunidad de ser invitada a la cabaña quejándose de un corazón débil y con la excusa de sentarse. Nieves fue al otro lado de la cabaña para llevarle un poco de agua a la Reina, y mientras lo hacía, la Reina sacó la manzana y formuló su plan. Entonces algo inesperado... No podía hacerle eso a su pajarito.

Le dolía el corazón.

Debilidad.

Quería empujarla lejos.

Enterró el impulso profundamente dentro de sí misma junto con su dolor, y se concentró en el asunto en cuestión.

—Porque eres tan buena con esta pobre anciana, te voy a compartir un secreto. Esta no es una manzana ordinaria. Es una manzana mágica de los deseos, — dijo la Reina.

— ¿Manzana de los deseos? Preguntó Nieves.

La Reina se levantó de su asiento y comenzó a acercarse a Blancanieves con la manzana extendida delante de ella.

—Sí. Una mordida y todos tus sueños se harán realidad. —

— ¿Enserio?



La Reina se acercó más.

—Sí, ahora pide un deseo y dale un mordisco...—

Nieves parecía dudosa y comenzó a retroceder conforme la Reina avanzaba hacia ella con la manzana extendida.

—Debe haber algo que tu pequeño corazón desee. Tal vez ¿Alguien a quien ames?— preguntó la Reina.

—En realidad, hay alguien...— contestó Nieves.

—Lo sospechaba, lo sospechaba— dijo la Reina riendo. —La vieja abuelita conoce el corazón de la joven chica. Ahora, toma la manzana, y pide tu deseo.—

La Reina puso la manzana en las manos de Blancanieves. Sonrió y asintió con la cabeza mientras miraba como la chica consideraba la manzana.

Después la chica pidió su deseo. Pidió por todas las cosas que alguna vez tuvo la Reina —por amor, por un apuesto príncipe cabalgando en su corcel y llevándola a su castillo para hacerla su esposa— pero también pidió por algo que la Reina sabía que nunca había tenido, un vivieron felices para siempre.

La Reina miró, retorciéndose las manos con anticipación.

—¡Rápido! No dejes que tu deseo se enfríe. — le dijo.

Con eso, Blancanieves hincó sus dientes en la más hermosa y brillante manzana que había visto.

—Oh, me siento extraña,— dijo.

La Reina observó con anticipación cómo se producían los efectos del veneno. Nieves vaciló de un lado a otro. La Reina se frotó las



manos y se balanceó hacia adelante y hacia atrás... esperando. Esperando volver a ser la más hermosa de todas. Y después, finalmente, Blancanieves cayó al suelo. La manzana mordida rodó de su mano, y la malvada Reina Malvada estalló en una risa maníaca que se pudo escuchar en todo el reino. Como en respuesta, un fuerte trueno resonó desde arriba, y el cielo se abrió con una lluvia torrencial.



CAPITULO XXIII EL ACANTILADO

Blancanieves yacía a los pies de la Reina mientras la vieja mujer soltaba risotadas. Ella creía que estaría exaltada. Eufórica. Rebosante de júbilo. En cambio, se sentía débil. El largo viaje la tenía abrumada. ¡Si tan solo no estuviera atascada en este miserable cuerpo anciano! Le tomaría una eternidad volver al castillo. No quería más que preguntar al espejo quién era ahora la más bella de todas.

No se había molestado es ver lo que necesitaba para revertir la poción de Disfraz del Vendedor. Seguramente las hermanas tenían algo escondido en ese maletero que dejaron.

— Mis disculpas, mi Reina. — Era la voz de una de las hermanas, aunque a la mujer no se le veía por ninguna parte.

— No existe ningún antídoto —Replicó otra voz, seguida de la molesta risa castaÑeante de las hermanas.

Pánico.

— ¡Sin antídoto! ¿Sin manera de revertirlo? Imposible. ¡Tiene que haber alguna forma! —repasó mentalmente las hojas del viejo libro, su corazón golpeando en su pecho, sus manos temblando; tuvo que sentarse de nuevo, su corazón era el de una anciana.

— Contrólate — Se dijo.



Su cabeza daba vueltas, y no podía recuperar el aliento. — ¡Todo para nada! — se sentía entumecida. No podía enfrentarse al reflejo de su padre así. Vieja, horrenda, sin valor alguno. Y entonces se encontró a sí misma haciendo lo único que podía. La Reina irrumpió en carcajadas histéricas. Su vida, este día... habían sido tan ridículos. ¿Cómo había llegado hasta aquí? No podía controlarse y soltaba risotadas escandalosas mientras salía por la puerta hacia la lluvia. Tal vez eso la limpiaría. La renovaría. Le daría algo de perspectiva.

Había odiado a su padre, pero ahora ella era cómo él. Sin corazón. Perversa. Cruel. Había arruinado su vida para nada. Ella nunca sería la más bella, no en su estado actual. ¡Nada! Había matado a su pajarita por nada. Su cabeza se partía por el dolor, se sentía aturdida, desconcertada por la culpa y el arrepentimiento. ¿Pero de qué era de lo que más se arrepentía, de arruinar la vida de Nieves o de haber arruinado la suya propia?

De repente, los hombrecitos aparecieron estrepitosamente en el jardín, ya se habían enterado de lo que había pasado y clamaban la muerte de la reina. El shock la sacudió de su ensimismamiento de sentimentalismo, y ahora ella era de nuevo malvada, perversa — preocupada e interesada en nada más que en preservar su propia vida.

Saltó sobre sus pies y corrió tan rápido cómo pudo. Los hombres no se parecían a lo que ella había imaginado. Sus caras se arrugaban de ira, ellos sabían que ella estaba ahí, sabían por qué estaba ahí, sabían lo que había hecho; de alguna forma, estos hombres poseían su propia magia.



Huyó de los hombrecitos presa del pánico, su corazón latiendo a mil por hora y el terror envolviéndola con sus garras. Cómo sus zancadas eran más largas que las de ellos, se las había arreglado para poner una buena distancia entre ella y los hombrecitos, incluso bajo la lluvia torrencial y en su debilitado estado.

Pero ellos no cedieron, y la persiguieron dentro del bosque. Aun así, ella se mantenía muy por delante de ellos.

Y entonces llegó a una bifurcación. Un camino conducía a un acantilado, en la cima del cual había un gran peñasco. El otro se adentraba más en el bosque. Si corría hacia el bosque, podría perderse entre los árboles. Si corría a la cima del acantilado, estaría atrapada.

De la nada, las hermanas aparecieron de nuevo.

— Mi Reina, le podemos asegurar que tomar el camino que conduce al peñasco va a significar una muerte segura para usted.

Las hermanas estaban más serias de lo que nunca las había escuchado. Sus voces vacías de su siniestra risa.

— Se lo imploramos, tome el camino hacia el bosque. Estará segura ahí. Podemos encontrar una forma de revertir el hechizo de la bruja. Perdone nuestra deshonestidad...

— La Reina consideró sus opciones. El bosque... seguridad. Un paraíso para ella. Una nueva oportunidad de vida.

¿Pero qué clase de vida? Pensó en el día que conoció al Rey en el pozo. Recordó lo cálidas que sus manos se habían sentido en las suyas —cómo nunca nadie la había tocado de esa manera, cómo nunca nadie la había amado antes— *nunca*. El día de su boda vino a



su mente, el júbilo que había sentido y el cual había emanado de cada rincón del reino —no, de todas las tierras.

Y entonces ahí estaba Blancanieves... Ah, ella amaba a la niña. La amaba cómo a la hija que, por derecho de matrimonio, era. Tan hermosa y pura. Una pequeñita preciosa. Una belleza real que amaba al Rey y honró su memoria viviendo su vida plenamente incluso después de su muerte. No cómo la Reina, quien permitió a la perfidia, el dolor y la vanidad destruirla. Recordó sostener a Blancanieves cuando le dijo que el Rey había sido asesinado... y el Festival de Brotes de Manzana, y todos aquellos días con Verona, y todos los picnics mañaneros y desayunos en el salón.

La Reina tenía un futuro prometedor —demasiado poder con el cual podría mejorar el mundo. Pero en lugar de eso, permitió a la oscuridad guiarla, ciega a cualquier otra opción.

Los hombrecitos estaban muy cerca, podía oírlos. Las hermanas se habían desvanecido de nuevo.

La Reina echó un vistazo al acantilado mientras las nubes la azotaban con lluvia y el cielo con látigos centelleantes.

Después de todo, ella ya había escogido su camino mucho tiempo atrás.



EPILOGO

Blancanieves parpadeó mientras despertaba ante el Primer Beso de Amor.

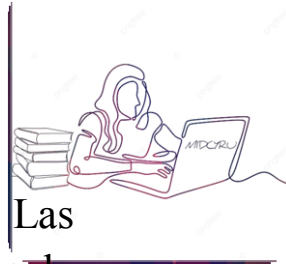
Se sentía aletargada y extraña, pero jubilosa. Su Príncipe había venido. Él había roto el hechizo. La había salvado. Tal vez la manzana de la bruja era en verdad mágica después de todo, por los deseos de Blancanieves que se habían hecho realidad.

Los dos se casaron pronto después, y en la noche de su boda los árboles estaban repletos de luciérnagas parpadeando en la oscuridad. El cielo estaba cubierto de estrellas centelleantes, cómo fragmentos de espejos rotos dispersos sobre el océano. El castillo estaba decorado con sus flores favoritas, el olor trayéndole recuerdos preciosos. Nieves bailó con su esposo en el gran salón, imaginando a sus madres bailando con ella, sonriendo, y deseándole lo mejor mientras el espejo cilíndrico de la Reina giraba, proyectando patrones gloriosos sobre las paredes de piedra. Ella besó a su príncipe.

Blancanieves sostuvo la mano de su príncipe, preguntándose cómo sería su nueva vida. Ya que su madrastra se había ido, ella era ahora la reina. Y ella pensó que reinaría tan justa y apasionadamente cómo su padre lo había hecho, y su madrastra podría haber hecho si las cosas hubieran sido diferentes.

Besó de nuevo a su príncipe y miró hacia las estrellas, sintiendo una oleada cálida de amor que nunca antes había sentido.

Era feliz.



Lo único que le había faltado ese día era su padre y sus madres. Las había perdido cuando era muy joven —al menos, así es cómo lo pensaba ahora. Nadie entendía por qué aún sentía amor por la Reina. Pero para Nieves, su madrastra había muerto el día que su padre fue asesinado, y hasta este día, la mujer había sido un ángel guardián para ella.

Más tarde esa noche, sola en su alcoba, después de un largo día de festividades, Blancanieves se dio cuenta que su doncella había apilado algunos de los regalos de bodas a un lado de la chimenea. Se acurrucó en una silla mullida de terciopelo, meciendo su pie de un lado hacia el otro y sintiéndose repentinamente muy pequeña — cómo un pajarito.

Pajarita. Así solía llamarla su madrastra.

Cómo deseaba que ella estuviera aquí ahora. Cómo deseaba que no hubiera sido destruida por su vanidad y aflicción. Tomó uno de los paquetes más grandes y rasgó la envoltura.

Era el espejo favorito de su madre. En el que se veía tan obsesivamente.

Blancanieves estaba aturdida mientras el cristal se llenaba de flamas danzantes, seguidas de un remolino de humo.

Y entonces apareció una cara.

—Te amo, mi hermosa pajarita —dijo la Reina desde el Espejo Mágico—. Siempre lo he hecho y siempre lo haré. —La Reina sopló un beso a la chica. Y Blancanieves sonrió.



SERENA VALENTINO es una escritora de comics, establecida en San Francisco, conocida por trabajar en *Gloomcookie* (Artista: Vincent Batignole) y *Nightmares and Fairy Tales* (Artista: Camilla D'Errico). Valentino es conocida por su estilo único de narración, llevando a sus lectores a exquisitos mundos escalofrantes llenos de terror, belleza y extraordinarias protagonistas. Ha estado tejiendo historias que combinan mitos y engaños por los últimos ocho años con su trabajo en la serie de comics *Gloomcookie* y *Nightmares and Fairy Tales* publicados con SLG Publishing.

Su más reciente trabajo, *Nightmares and Fairy Tales: 1140 Rue Royale*, una historia de terror histórica basada en la real Madame Lalaurie, famosa por la tortura de sus esclavos, ha ganado la aclamación de la crítica en ambos de los dominios del terror y los comics. Con arte de Crab Scrambly, esta serie ahonda en los aspectos más terroríficos de la historia americana.

Actualmente, Valentino está escribiendo dos nuevas series de comics, *Enchanted* y *Hell's Café*. Ahora, está regresando al formato de cuentos de hadas con la artista Camilla d'Errico, colaborando en historias sobre una bella durmiente, una sirena capturada y el infame Barba Azul.

También ha escrito la obra *The Bride of the Mummy*, presentemente en pre—producción en Nueva Orleans. Actualmente, está escribiendo dos filmes cortos basados en cuentos de hadas para la compañía independiente End of Sky Productions, y escribió una novela para Disney Press basada en la Reina Malvada de *Blancanieves y los Siete Enanos*, titulada *The Fairest of All*, la cual fue publicada el 18 de agosto de 2009.